



**La cultura
es de todos**

Mincultura



DOS VECES ALICIA

Albalucía Ángel

Prólogo

Alejandra Jaramillo Morales
e Ivonne Alonso-Mondragón

Ministerio de Cultura

2021





Dos veces Alicia

© 1971, del texto: Albalucía Ángel
© 2021, de la presente edición: Ministerio de Cultura
Calle 9 n.º 8-31, Bogotá, D. C., Colombia
www.mincultura.gov.co

Coordinación editorial: Pilar Quintana

Edición: María Antonia León

Transcripción: David Espinosa

Corrección: Ludwing Cepeda Aparicio

Comité asesor: Adriana Rosas Consuegra, Adriana Villegas Botero, Alejandra Jaramillo, Álvaro Castillo Granada, Amalia de Pombo Espeche, Ángela Inés Robledo, Camila Charry Noriega, Diana Patricia Restrepo Torres, Felipe González, Gloria Susana Esquivel, Graciela Maglia, Lina Flórez, Luz Mary Giraldo, Margarita Valencia, María Orlanda Aristizábal, Paloma Pérez Sastre, Silvia Castrillón, Yijhan Rentería

Diseño de la colección y diagramación: Tragaluz editores S. A. S.

Producción: Laguna Libros

Foto de portada: 2006, Edgar Céspedes, cortesía de Albalucía Ángel

Impresión: Diverarte S. A. S.

Primera edición: Barral Editores, Barcelona, 1971

Segunda edición: Círculo de lectores, Barcelona, 1973

Tercera edición: Alcaldía de Pereira – Secretaría de Cultura, Pereira, 2019

Cuarta edición: Ministerio de Cultura, Bogotá, 2021

ISBN 978-958-753-445-0

ISBN Biblioteca de Escritoras Colombianas 978-958-753-424-5

Impreso en Colombia/*Printed in* Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angélica María Mayolo Obregón

Ministra de Cultura

José Ignacio Argote López

Viceministro de Fomento Regional y Patrimonio

Adriana Patricia Padilla Leal

Viceministra de Creatividad y Economía Naranja

Claudia Jineth Álvarez

Secretaria general

Ángela Marcela Beltrán Pinzón

Directora de Artes (e)

Diana Patricia Restrepo Torres

Directora Biblioteca Nacional

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora Grupo de Literatura

Vanesa Morales, Ángela Amarillo,
Daniela Mercado, Felipe Martínez,
Cristian Velásquez, Carlos Cómbita

Integrantes Grupo de Literatura



CONTENIDO

Presentación	11
Prólogo	13
De esta edición.	23

Dos veces Alicia



PRESENTACIÓN



Desde los tiempos de la Colonia, cuando se escribieron los primeros textos en lengua española en nuestro territorio, pasando por los albores de nuestra historia republicana y bien entrados en la modernidad, las escritoras han estado relegadas a un lugar marginal dentro de la tradición literaria de Colombia o se las ha excluido del todo por prejuicios que apenas en la historia reciente se han comenzado a derribar.

Como es de esperarse, los procesos de reconocimiento e inclusión de las mujeres en nuestra literatura han aumentado y seguirán haciéndolo en su importancia y complejidad. Colombia es cuna de estupendas escritoras, como bien podrán comprobarlo quienes lean esta Biblioteca de Escritoras Colombianas, conformada por dieciocho títulos de las autoras más relevantes del país desde la Colonia hasta las nacidas en la primera mitad del siglo XX.

Con esta colección, el Ministerio de Cultura busca rescatar y promover el trabajo de nuestras escritoras, en respuesta a las necesidades identificadas en un estudio que supuso el diálogo con un comité de especialistas conformado por escritoras, editoras, académicas, librerías y gestoras de lectura.

Si bien el común denominador de la Biblioteca de Escritoras Colombianas es el enfoque de género, su piedra de toque es la diversidad. Entre las dieciocho escritoras reunidas

en la colección hay mujeres que escribieron sus obras en condiciones y épocas diferentes, atendiendo a temas disímiles en distintos géneros literarios y con perspectivas estéticas y sociales ricas en contrastes. Las hay de la región Andina, de la costa Caribe, del archipiélago de San Andrés y Providencia, del nororiente, del suroccidente, del Pacífico y del Eje Cafetero; hay escritoras mestizas, negras, raizales e indígenas; privilegiadas y excluidas; amas de casa y profesionales; religiosas y laicas, y también en condición de discapacidad.

En el mundo de hoy, donde cada día se hace más obvia la urgencia de reconocer, reivindicar y respetar los derechos de la mujer, resultan fundamentales tareas como esta de rescatar libros de autoras sobresalientes que están descatalogados o que no han tenido el reconocimiento que merecen y ofrecérselos a los lectores en bellas y pulcras ediciones prologadas por especialistas.

Quiero agradecer a quienes hicieron posible esta Biblioteca de Escritoras Colombianas: a las escritoras, por supuesto, y también a las prologuistas, a los equipos de edición, corrección e impresión, así como a los herederos y familiares de las escritoras ya fallecidas, por su generosidad, y al equipo del Ministerio de Cultura. El entusiasmo y el compromiso que todos ellos aportaron a este proyecto auguran un porvenir próspero para las mujeres en la literatura colombiana.

ANGÉLICA MARÍA MAYOLO OBREGÓN

Ministra de Cultura

PRÓLOGO



LA ESCRITURA COMO REFLEJO: «PORQUE YO ESTUVE AHÍ»

Leer a Albalucía Ángel es leer a una mujer que tiene plena conciencia de ser testigo de un mundo fragmentado; un mundo hecho de partes, niveles y muchas voces. Leerla es ser testigo, con ella, de una apuesta narrativa también fragmentada, plural. No hablamos de una literatura testimonial —de hechos—, sino de una literatura *testigo* —de experiencias—: haber visto un mundo, una época, y haber sido parte de ella; haber estado ahí.

La presencia en la vida, ser la testigo que siempre está allí, es quizás la idea que más le hemos escuchado a la autora desde el año 2015, cuando regresó a Colombia para el lanzamiento de la reedición de *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. La escritura para ella se trata de contar lo que la rodea, y nos lo ha recordado insistentemente desde que las editoriales, la academia y las feministas la retornamos a su lugar esencial en nuestra literatura. «Pero, Albalucía, ¿cómo pudiste contar todo eso?», le preguntamos. «Porque así era, mis niñas, así era todo, ahí estaba; yo solo miraba, yo solamente contaba lo que había».

De esa manera, su forma de mirar nos ha enfrentado a la historia; Colombia, Europa, el mundo. Albalucía Ángel ha sido testigo de esa historia, ha estado cerca; ha observado como una niña curiosa a través de la rendija. Una niña que mira y comprende, también que canta, inscribe, narra el mundo que ve, con la sorpresa y la fluidez de alguien que supo desde siempre que contaba con la inteligencia abrumadora de una mujer libre.

De niña ya había sido testigo de la violencia colombiana. La sangrienta lucha entre liberales y conservadores, el despojo y las gestas familiares de paisas que se hacían a la fuerza un espacio en la colonización de los territorios en Colombia. Luego vendrían los años sesenta y ella viviendo esa época como ciudadana del mundo; y ahí se encontraría el germen principal de *Dos veces Alicia*.

Albalucía Ángel viajó a Europa en el barco *Donizetti* en 1964. Cruzó el mar que desde Barranquilla había visto tantas veces y se había prometido atravesar —para ser testigo, para ir muy lejos—, y cuando lo logró se encontró con la Europa de los años sesenta, con una juventud dispuesta a transformar el planeta. Italia fue la base principal, de allí se movía por todo el continente. Descubrió que con la guitarra podía mantenerse, cantando música de protesta en restaurantes y bares europeos; allí también encontró el movimiento estudiantil, participó en manifestaciones y, como muchos jóvenes latinoamericanos, vivió la represión de los estados que protegían el capitalismo, que años después terminaría triunfando.

En esa época también llegaría a París y coincidiría con Alberto Baeza Flores, un chileno que había trabajado con Pablo Neruda, y que fue el primero en decirle que ella había nacido para escribir. Él había leído sus textos

de crítica: esa joven estudiante de cine en Roma que también hacía crítica de arte; en especial, había leído una crónica sobre Picasso que lo llevó a sentir que Albalucía era más que todo una escritora. Así, le regaló un cuaderno para que escribiera una novela y ella, luego, recorriendo diferentes países, fue haciéndolo. *Los girasoles en invierno* nació de ahí, su primer libro, y, con él, la primera exploración por los bordes de la literatura, por las orillas poco transitadas pero, especialmente, por una realidad que cuenta historias en muchas capas —la música, la política, el amor, la muerte—. Fue la primera aproximación a la escritura; ella siendo testigo del mundo, siendo testigo de su propio momento de escribir.

Desde esa primera novela, la autora oscilaba entre el adentro y el afuera del ser mujer, escritora, migrante, andariega; en donde la posibilidad de crear un puente entre tantos territorios siempre ha sido la palabra como experiencia vital. En esa, su primera novela, la escritura es la excusa, pues trata la historia de Alejandra, quien desde París encuentra en el fluir del pensamiento, la soledad y las hojas en blanco, el camino para legitimar su existencia. Sobre esa novela escribimos un prólogo para la publicación que hizo la Universidad de los Andes, en conjunto con Eafit, Panamericana y la Universidad Nacional, en 2017. Y ahora le toca el turno a *Dos veces Alicia*, la novela que la Biblioteca de Escritoras Colombianas, del Ministerio de Cultura, eligió para reconocer y promover la obra de esta importantísima autora colombiana; «la Virginia Woolf de Latinoamérica», como le decían las escritoras chilenas en los años ochenta.

Entre Italia, Grecia, Austria y Francia, entre ser testigo y estar siempre allí, en el Mayo del 68, en las protestas

contra la guerra de Vietnam, contra la invasión rusa a Checoslovaquia, Albalucía Ángel escribía. Y en los encuentros con los compañeros y compañeras de viaje hablaba de la novela que iba a escribir. Esa historia rara con un lago y un parque y esa Londres maravillosa que serviría para narrar el crimen desde el no crimen; hablaba de esa novela y de *Alicia a través del espejo*, y todas las historias que narraba eran ya los apuntes mentales de la novela, y llegaría por fin el día en que iba a escribirla: *Dos veces Alicia* ya empezaba a existir.

Mientras tanto, la historia de las nuevas generaciones continuaba. Esa década en que lograron el desarrollo de la píldora anticonceptiva, la liberación sexual de las mujeres, la Guerra Fría en su máximo esplendor, quedaba el eco de la crisis de los misiles en Cuba, y cuando Albalucía Ángel llegó a Londres el movimiento juvenil era imparable. No solo un movimiento de nuevas modas —la minifalda, el arte rompiendo con las técnicas y las maneras de pensar de las décadas anteriores—, era también un movimiento de la liberación, era el nacimiento del jipismo. Llegaban las drogas como una opción para la mente, como la posibilidad de viajar de una manera diferente, de existir en lo inconexo y conocer lo que no puede entenderse. Esa década y esos movimientos culturales permitían ir más allá de la realidad mimética que el mundo burgués quería imponer. Y Albalucía estuvo ahí.

Ella estaba en Inglaterra, en Londres, en el Hyde Park, en una calle minúscula, sentada frente a un lago, filmando con una cámara que le permitió contar las historias de lo que sucedía en Europa. Allí, siendo testigo de su propia vida y de su estar en Londres, vivió la celebración de los cien años de la publicación de *Alicia en el país*

de las maravillas (1865). «Londres estaba lleno de conejos, de gatos sonrientes, de Alicia cantando, gritando, hablando por todas partes», cuenta Albalucía. Realidades alternas que se abrían por todos lados y en las que, como autora, aprendería a viajar de otra manera.

¿Quién más que Albalucía Ángel podría haber tomado un personaje literario, cruzar el espejo de ida y vuelta, rehacerlo todo, reinventar a una niña y terminar escribiendo *Dos veces Alicia*?

Toda la apuesta estética y literaria de la autora está determinada por los acontecimientos que han atravesado su vida —los viajes, la lectura, la escritura, la intelectualidad, la espiritualidad—, y *Dos veces Alicia* es una evidencia de ello. Publicada en 1971, esta novela se construye estructuralmente con la misma ambigüedad que tiene la vida: el mundo espectral del que había hablado un siglo antes Lewis Carroll en 1871, cuando publicó *Alicia a través del espejo*, un mundo que es muchos a la vez y que cuestiona constantemente qué es eso que entendemos por «realidad»; cuáles son las capas de la cebolla. Y así, su segunda novela apareció, por fin, con una estructuración narrativa que se eleva al intertexto: «Un símil de Carroll, parodia de la novela policial, mirada cinematográfica (al estilo) “Swinging London” de los años sesenta, reflexión humorística sobre la experiencia y los límites de lo literario», como escribió Alberto Cousté en el prólogo a la edición de 1973, publicada por Círculo de Lectores en Barcelona. Esos intertextos marcan, entre varios factores, uno determinante para la configuración poética de la autora: una intromisión en el mundo masculino, no solo el político y público del que ya hablamos, sino al literario y cultural del siglo XX.

Dos veces Alicia cuenta, por un lado, la historia de una pensión en Londres en donde ocurre un asesinato; en ese mismo lugar vive una escritora que está haciendo un cuento en donde la protagonista es un personaje llamado Alicia. El relato sobre la pensión es contado en primera persona adoptando la tradición detectivesca, el género policial del que habló Cousté. Una historia argumentada, con elementos de tensión y secreto, la construcción compleja de los personajes extendida hacia una profundidad psicológica, la atmósfera como parte de la trama y la conciencia plena de un contexto social presente en la historia. Así, un primer plano metódico y preciso está presente en la novela, el cual encarna lo racional, la realidad y la linealidad.

Pero hay un correlato, la historia de la escritora y Alicia, su personaje, que se introduce como rasgo metaliterario. Narrado en tercera persona, este segundo discurso surge de un diálogo con *Alicia a través del espejo*, el cual da un carácter lúdico a la novela, y así se interpone al discurso lineal del policial; aparece entonces un relato más dinámico, disruptivo y fantasioso. Esta segunda parte habla de personajes míticos y hechos inexistentes, en donde priman la extrañeza y lo maravilloso como herramientas de construcción narrativa. Ángel, como lectora ávida de ciencia ficción —por permitir la exploración de mundos menos lineales y exigir otros niveles de comprensión del mundo—, dialogó desde su primera novela con autores como Bradbury; y en *Dos veces Alicia* la presencia evidente de Lewis Carroll reafirmó este interés. Lo especulativo, donde la verosimilitud está sujeta no a los hechos, sino a lo simbólico, el papel determinante de la imaginación y la creencia en otros mundos posibles son una marca en su

novela; pues, como componentes, todos se integran para aportar sentido a la trama.

Claramente hay una contraposición entre estas dos manifestaciones del relato, pero Albalucía Ángel no construyó la novela para interponerlos, sino todo lo contrario. En una primera instancia vale mencionar que tanto el género policial y detectivesco, así como la fantasía y la ciencia ficción, fueron considerados géneros literarios trabajados exclusivamente por hombres durante siglos. Por lo tanto, allí aparece una apuesta de apropiación de la literatura y la escritura. Por otro lado, el conocimiento y puesta en práctica de estos géneros introduce el elemento de la escritura dentro de la escritura —las capas y el mundo fragmentado con que se construye todo el universo literario de la autora—, un juego con lo laberíntico, la incoherencia como virtud y la noción de lo espectral. Allí el espejo no refleja para un solo lado sino hacia todas las dimensiones posibles; como una esfera que refleja luz en todas las direcciones.

Estos dos planos, que se entretajan y se alternan, dan forma a la novela, y así la intromisión en el mundo masculino, anunciada anteriormente, se consolida.

Como ya lo veníamos diciendo, *Dos veces Alicia* tiene dos registros: el racional y metódico de la novela policial, y el especulativo y fantasioso de la ciencia ficción. Pero no se dan solo como marcas textuales y apuestas narrativas sino como parte de una estética híbrida. Hablar del mundo «real» y del «imaginario» son para la autora una apuesta espectral, en donde la Alicia de Carroll habita dos veces el mundo: Alicia siempre está adentro y afuera a la vez, multiplicada, fragmentada, como se percibe Ángel a ella misma como escritora, como mujer, como

ser galáctico. Los dos planos de la novela son independientes, pues son construidos con la solidez y rigurosidad propia de cada género, pero entre más uno se adentra en la novela y la historia avanza, los límites de ambos se van desdibujando y resulta difícil determinar cuál de los dos es real. Hay así un borramiento de las imposiciones discursivas de lo que está adentro y afuera, de lo que es correcto o incorrecto; es decir, un cuestionamiento de la realidad y también de los pactos tradicionales de la verosimilitud.

La novela pone a prueba la capacidad del lector y las propias limitaciones de lo que se entiende como literatura, pues, en el entrecruzamiento de géneros, personajes, planos —entre la realidad y la ficción—, se dota a la lectura de esta novela con la posibilidad interpretativa de múltiples sentidos. Se deja de lado la posibilidad de una interpretación única.

Así es como entramos al otro lado del espejo.

En medio de estas apuestas vemos que, para Albalucía Ángel, escribir es una suerte de testimonio. Es contar lo que la rodea, y hacerlo de muchas maneras posibles, rompiendo con el mimetismo que aleja al ser escritora del mundo que habita. Nunca le ha interesado copiar el mundo, a ella le interesa vivirlo, estar ahí. Entonces su manera de pensar se convirtió en su forma de vivir, y esta, a su vez, en su manera única de escribir: una cascada, una espiral de pensamiento.

Era ella reinventando las palabras, haciendo juegos con el lenguaje; era ella siempre la que estaba ahí para contar lo que pasaba, pero para contarlo en la potencia de unas palabras capaces de fracturar la realidad, una explosión de sentidos. Y vale la pena decirlo, una explosión de

sentidos que no buscaba hacer visible la imposibilidad de la representación en el conocimiento moderno. Albalucía Ángel no estaba solo en la búsqueda de mostrar problemas de la representación, o de demostrar si se debía o no hacer literatura desde lo ilógico; esa no era la única preocupación. Para la autora había una pretensión y búsqueda espiritual; una alta conciencia que tenía que entrar en la palabra, fragmentarla, crear una nueva expresión que la seguiría guiando desde *Los girasoles en invierno*, pasando por *Dos veces Alicia* y todas sus demás obras —crítica, teatro, poesía, cuento, novela— hasta el presente, en el que algunas obras siguen inéditas.

Este recorrido nos traza un camino, uno donde nos encontramos con que en *Dos veces Alicia* se expresan cuatro fuerzas principales de lo que es para Albalucía Ángel la escritura. En primer lugar, la ciencia ficción que, como ella misma dice, era lo que corría por sus venas; la sangre que la había alimentado desde niña. La segunda fuerza es ese ambiente político de la época que ella habitó en carne propia, siendo a la vez testigo y parte: el Hyde Park de Londres, el arte de la época, los Beatles, y el poder de la protesta contra las atrocidades que estaban sucediendo en el mundo. La tercera fuerza fue la de la Alicia de Lewis Carroll, a la que le conmemoraban cien años de su aparición vistiendo a Londres como un gran teatro; pero, además, permitiendo oír en los personajes de aquella obra una voz crítica de la cultura inglesa. Y la cuarta fuerza es la decisión de Albalucía Ángel de hacer una literatura sobre la vida propia; ella enfrentándose con su pasado, con sus visiones, con haber estado allí.

Dos veces Alicia es una novela, pero también es una vida, una que tuvo que soltar amarras con la lógica para

poder existir. Es la escritura impertinente de una mujer que en su deambular en libertad sería tan incómoda para el mundo colombiano; un espejo que reflejaría nuestra propia deformidad como cultura, como mundo, pero también la posibilidad de otra cara y una forma distinta de pensar.

ALEJANDRA JARAMILLO MORALES*
IVONNE ALONSO-MONDRAGÓN**

REFERENCIAS

- ÁNGEL, A. (1971). *Los girasoles en invierno*. Linotipia Bolívar.
- ÁNGEL, A. (1971). *Dos veces Alicia*. Barral.
- ÁNGEL, A. (1973). *Dos veces Alicia*. Círculo de lectores.
- ÁNGEL, A. (1975). *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección popular.
- ÁNGEL, A. (2015). *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Ediciones B.
- ÁNGEL, A. (2017). *Los girasoles en invierno*. «Colección Relecturas». Uniandes, Panamericana Editorial, Universidad Eafit y Universidad Nacional.

.....

* Alejandra Jaramillo Morales es una escritora bogotana. Ha publicado cuatro novelas para adultos, dos para adolescentes, tres libros de cuentos y numerosos artículos sobre literatura y cultura. Es docente de la Universidad Nacional de Colombia, donde trabaja en el Departamento de Literatura y en la Maestría en Escrituras Creativas.

** Ivonne Alonso-Mondragón es escritora, feminista y docente de creación literaria. Especialista en literatura latinoamericana; interesada por los estudios en memoria histórica y enfoque de género. Ha participado en la antología de cuento de ciencia ficción *Criaturas artificiales* (2014) y recientemente en la antología de poesía cuir colombiana *Como la flor* (2021).

DE ESTA EDICIÓN



Publicado por primera vez en 1971 en Barcelona, *Dos veces Alicia* nos permite habitar una pensión londinense donde pasan cosas insólitas, porque quien las cuenta entra y sale de la fantasía sin darnos pista de dónde se ubica el umbral.

En este lugar, las palabras vuelan libres como los reflejos en un espejo, la linealidad narrativa se rompe y bifurca, las expresiones brotan en otros idiomas, el parafraseo perfora el tiempo y los diálogos no se marcan con claridad sino con el contrapunteo de la prosa poética.

En esta nueva edición tradujimos, en notas al pie, los fragmentos en otros idiomas y agregamos, también en notas al pie, el significado de algunos términos poco conocidos.

REFERENCIAS

- ÁNGEL, A. (1971). *Dos veces Alicia*. Barral.
- ÁNGEL, A. (2019). *Dos veces Alicia*. Alcaldía de Pereira-Secretaría de Cultura.
- CARROLL, L. (1983). *Alicia en el país de las maravillas*. EDAF Ediciones.
- CARROLL, L. (1973). *Alicia a través del espejo*. Alianza Editorial.



DOS VECES
ALICIA



A Olga, mi hermana

*Let's pretend*¹.

LEWIS CARROLL, *Alice Through
the Looking Glass*²

¹ *Finjamos.*

² *Alicia a través del espejo.*

Las barcas en el lago

El médico le advirtió a la Elefanta que si continuaba aumentando de peso, si no paraba de engullir todo lo que encontraba a su paso, entonces algo muy serio iba a sucederle, ¡claro! Y de rebote a nosotros. ¡Dios! Había que hacer algo. Y entonces tratamos de encausar las conversaciones matutinas hacia el tema de los kilos de más o los kilos de menos. Muy suavemente. Con gran diplomacia y sin exagerar, no fuera a pensar que lo hacíamos a propósito y tomara sería venganza. La catástrofe triple, ¡los dioses no lo permitirán...! Por fortuna, ella también comenzaba a preocuparse y decidió suspender la mermelada en las tostadas del desayuno. No es una medida muy drástica, pero por algo se empieza, menos mal. Me imagino que el problema le produce también dolores de cabeza al pobre Charles. ¿Cómo hará...? Es imposible que un tipo tenga tanta paciencia junta.

Las barcas en

Las barcas en el lago, las barcas en el lago, las barcas en el lago, las... ¿qué quiere decir las barcas en el lago?, en un lago, las..., sufro de pereza mental. Eso es. Si me concentro, entonces de seguro que la historia resulta. Si me aplico, si trato juiciosamente de adquirir la disciplina, el buen gusto, el oficio, etcétera y demás.

Las barcas en el lago se mecen apenas. Los velámenes, a la espera del viento, forman en hilera, como si fueran corredores de cien metros planos atentos al pistoletazo, y los navegantes dormitan sin preocuparse por el rumbo de las embarcaciones. Se acomoda en una silla extensible, a poca distancia de la orilla. Decide dormir un rato, pero, apenas cierra los ojos oye una vocecita que dice: ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, voy a llegar tarde... ¡no! Qué absurdo. Y ahora cuando abra los ojos seguramente va a ver un conejo blanco, reloj en mano, sombrero de copa y guantes... Muy poco original. Entreabre el párpado izquierdo y observa con el rabo del ojo los alrededores. Nadie. Menos mal. Se dispone a disfrutar de una hermosa siesta, en medio del bosque, con árboles en flor y, por supuesto, sin conejos con prisa. ¡Qué tontería! ¡Que le corten la cabeza!, y esta vez el grito la hace saltar de la silla. Mira hacia los árboles lista para la sorpresa, pero tampoco ve ninguna cabeza de gato sonriéndose ni nada que se le parezca. ¡QUE LE CORTEN LA CABEZA!, grita, a su vez, mientras finge que duerme, a la espera de que la presunta reina de Corazones haga su aparición en escena. La mañana continúa quieta, sin brisa, y las barcas en el lago siguen balanceándose apenas. Silencio. ¡QUELECORTENLACABEZA!, dice de nuevo, con voz fuerte. Ninguna respuesta. Se cansa de jugar sola y cierra por tercera vez los ojos. Alguien la sacude, que son veinte centavos por la silla, le dice, no tengo dinero, responde, y se incorpora sin prisa mientras el hombre continúa su camino por el parque, cobrando por el aire y los colores de la primavera. Se tira en el suelo y ve, entonces, al niño, agazapado detrás de la silla como un cachorro miedoso, respirando apenas. Le pregunta cómo se llama; ¿y tú quién eres...?, ¿cómo te llamas?, es la desconcertante respuesta, ¿yo...?, pero él sale disparado

sin dejarla terminar, ¡tiene gracia! ¿Yo?, piensa que estuvo a punto de decir: yo soy Alicia.

Es la cuarta vez que pasa la negrita con su canasto al hombro. No parece muy pesado, me gusta verla contonearse, con ese vestido verde lora y el pañuelo amarillo. Ahí va. Siempre pasa a la hora exacta y siempre remeneándose como una gelatina Royal de chocolate. Si no tuviera reloj me bastaría quedarme en la ventana un rato, esperando, y ella cruzaría la calle, contoneándose, con ese traje verde lora y el pañuelo ondeante, amarrado al cuello, como persiguiéndola.

También la ronda que hace el policía montado marca la hora en el barrio. A las diez de la mañana baja por la gran avenida y mejor comienzo a escribir en serio. Se me va a gastar la mañana mirando a toda la gente que pasa por la calle.

Revisa su bolsillo, pero fuera de dos tiquetes de metro sin usar y una bola de cristal, no hay nada. Con los tiquetes podrá, al menos, ir y volver a alguna parte, porque la bola de cristal ni le quitará el hambre ni las ganas de comer. Ni siquiera sabe por qué se la puso en el bolsillo aquella noche. La encontró en la puerta del teatro, cuando salían precisamente de ver una película que se llamaba *Damas chinas*, aburrida, empalagosa, lenta, por añadidura, y con el calor que hacía no se podía mover, ni pensar en salirse; es buenísima, decía Lorenzo, pero si aquel tablero en primer plano y las manos moviendo las bolas de cristal como si fueran triglicina, las falanges nerviosas desplazando como arañas, reptando en zigzag hasta llegar a la pirámide y un montaje enloquecido de cabezas, manos, cejas, bocas; parecía más bien una propaganda de Helena Rubinstein: nunca había visto nada tan dislocado. Todo componiéndose y descomponiéndose sin pies ni cabeza y luego la cámara disparándose de un rostro a otro, de una mano a otra, de una bola de

crystal a otra, y ellas mirándose muy fijo, descuartizándose con la mirada, mujeres-gatas al acecho, mujeres-samuráis, máscaras enfurecidas, samuráis otra vez, no era agradable, y el calor la hacía sudar a chorros hasta que todo se puso en cámara lenta, y las manos buscándose, entrelazándose; si esto lo catalogan de «buenísimo», más el local atiborrado y lleno de humo, entonces hay que ir pensando en mudarse, qué carajo, le dijo a Lorenzo, y se salió del cine.

Los titulares de los periódicos anuncian que la policía está a la caza del asesino; que ya han capturado a sus cómplices, pero que Roberts se disolvió como Alka-Seltzer en agua. Disparó a sangre fría sobre los oficiales, dice la vieja con cara de vinagre, y su vecina que quién puede creer que esas cosas sucedan hoy en día, que todo eso es por lo del viaje a la Luna, y ella se cansa de oír construcciones y reconstrucciones, *Watson dear*³, y se va mejor a caminar por el parque.

No está mal. Lo único sería lo de la historia de la bola de cristal. Bueno. Se puede alargar lo de Roberts, o ambientado en otro sitio que no sea el parque, o menos complicado todavía escribir la historia de Susan. Pero ¡qué! Contar que Susan se lava el pelo todos los días, se sumerge como un elefante dentro de su bañera de porcelana, chapucea horas y horas mientras se lava su rubia, larga cabellera, con champú de manzanilla para mantener el color amarillo canario. Con el radio a todo volumen, por añadidura.

La mayoría dirá que no es muy llamativo el hecho de que la gente use tinas, duchas, totumas, se han visto baños más particulares, pero es que lo de Susan se está convirtiendo en un episodio sadomasoquista. No exagero. Creo que todos

.....
³ Querido.

los habitantes de la casa son de la misma opinión y si no lo reconocen en público es para demostrar a los otros que los tiene sin cuidado el baño nocturno de la Elefanta Susan en su tina de porcelana, de peltre, de terracota, de lo que sea, ¡no es cierto! No los tiene sin cuidado. A la hora del desayuno nadie se atreve a mencionar el asunto. Es más, parece como si estuvieran intencionalmente de acuerdo y recitan, al unísono, lindo día, ¿verdad? ¡Lo único que se les ocurre! Y por supuesto que tengo que tragarme las ganas de escupirles: ¿y la noche? ¿Ah...? Y la noche, ¿fue linda también? Con el radio y los chapuzones de la Elefantita... ¡bah! Es una historia estúpida.

Ella, claro está, baja tarde a la cocina por las mañanas. Envuelve con una mirada circular el auditorio —siempre produce la impresión de que se dirige a un público—, canturrea un buenos días, lindo día, ¿verdad?, con su voz de flauta, y se atraganta de tostadas con mermelada porque qué horror, es tardísimo, voy a llegar tarde... y todos en silencio. Nadie pronuncia palabra sobre lo del baño.

Y así está la situación desde hace seis meses, desde que ella regresó. La señora Wilson no me lo había advertido. Lo único que dijo fue que tengo una hija que está de vacaciones y se llama Susan. Si por casualidad hubiera mencionado lo del baño nocturno, estoy segura de que no se me hubiera ocurrido ni por asomo alquilar el cuarto. Fueron dos semanas de tranquilidad. En realidad, parecía mentira tanta paz, tanto silencio, tanta maravilla... pero era una calma chicha.

Llegó. Cargada de maletas, sombreros de paja, un perro azul de felpa, un tocadiscos, una botella de ron —venía de Jamaica—, todo eso y no sé cuántos más chécheres; parecía más bien desempacando el botín de un safari. No había pasado media hora de su llegada cuando sonó el timbre de la

puerta y entró Dido, como una tromba. Sí: Dido. Yo pregunté por qué se llamaba así y me dijeron que por lo de la historia de Dido y Eneas. Las bestialidades que se le ocurren a la gente. En fin. Dido tenía puestas unas boticas plateadas y daba saltos alrededor de Susan mientras gritaba ¡qué maravilla, qué maravilla, qué maravilla...! Era todo lo que decía. Y continuaba dando brincos. Susan hurgaba en sus maletas a la búsqueda de su regalo para Dido, y nadie se puede imaginar las cosas que caían desperdigadas en la cama o en el suelo. ¡Nadie! Sinceramente. Lo que dije antes sobre un botín de safari es un pálido reflejo. Conchas marinas, un colmillo de jabalí o de algún animal por el estilo, flores de papel, un muñeco de palo tallado a mano, cigarrillos, dos bikinis incompletos, es decir, la parte superior de uno sin los pantalones de otro, bueno, esa no es la parte importante. Lo peor eran los grititos de Dido. A cada objeto-trofeo que Susan exhibía como los magos de los circos —lo sacaba lentamente—, le daba vueltas de acá para allá, dejándolo caer luego sobre la alfombra, los chillidos aumentaban, ¡qué maravilla, qué maravilla!, tomando peligrosamente los síntomas de un delirio histérico, ¡qué mara-villa!, ¡ohhh!... ¡qué mara-vi...! ¡ohhhh!, hasta que el contenido de las maletas y baúles cubrió el piso y entonces las dos se tiraron sobre los trofeos, riéndose como posesas. Fue todo un espectáculo. Ni siquiera se enteraron de que yo estaba observándolas, sentada en mi palco de primera fila, en la escalera.

Así fue el comienzo. Y esa noche, luego de dos maravillosas, inolvidables, increíbles semanas de placidez, sucedió lo del baño nocturno. Confieso que ese primer día no le di importancia. Pensé que, al fin y al cabo, estaría fatigada por el viaje, por las emociones del encuentro con su amiga Dido, el cambio de ambiente y demás, y entonces no presté atención —ni siquiera me disturbó, de eso también estoy segura— al ruido de la tubería.

A esa hora estaba leyendo, pues regresé tarde del cine. Fue apenas a la noche siguiente, cuando aquel ruido infernal comenzó a recorrer las entrañas del edificio, a hacer temblar las paredes como si las sacudiera un terremoto y, de sobremesa, el radio tronando enloquecido, que me di cuenta de la situación. El resto de la casa dormía. Todo habría sido normal; las dos de la mañana en cualquier habitación de familia, todo quieto, en reposo, perfectamente corriente, si no se hubiera sentido de repente aquel extraño como silbido por dentro de los muros. Porque así comenzó. Un silbido ronco, continuo, deslizándose por las tuberías y luego gárgaras, gárgaras escandalosamente fuertes. Me pareció insólito, pero no estaba despierta lo suficiente como para definir qué podía ser y entonces me di vuelta en la cama, pensando, entredormida, que había sido producto de un mal sueño, que

el ruido era tal vez la continuación de una pesadilla de esas que no pueden definirse por imágenes sino por sonidos. Algo confuso, en todo caso. El remedio que el inconsciente propone a esa clase de situaciones es el de darse vuelta en la cama; son reflejos de autodefensa, me supongo, ya que el íncubo se esfuma enseguida, y entonces yo lo hice: me di vuelta, sin todavía precisar que lo que en ese momento estaba sucediendo era nada menos que la catástrofe.

Esa es la historia del baño de Susan. Todas las noches, absolutamente una detrás de otra, se repite. El silbido ronco, las paredes temblando como gelatina, el gargareo y, de sobremesa, el maldito radio a grito herido. Lógico que también se repite la historia del desayuno. Inútil insistir en lo que me produce su mirada, al escudriñar en torno, los ojos de Elefanta traviesa con que nos observa mientras repite, con tono que trata de ser indiferente, lindo día, ¿verdad? Como si alguno de nosotros ignorara que ella lo sabe, que estamos conteniendo el deseo asesino desde hace meses y meses, pero que, por supuesto, no vamos a decirlo; ninguno va a ser el primero en demostrar su debilidad, ¡nunca! A veces me desvelo noches enteras pensando: ¿y si cierro la llave del agua?, ¿y si bajo y le doy patadas a la puerta del baño...?, ¿y si...? ¡bah!, no pasa de ser un delirio de heroína frustrada. El chapaleo continúa, el radio desgañitándose continúa, el terremoto-estertor de la tubería continúa, continúa, continúa, y el día siguiente, lindo día, ¿verdad? ¡Tiene coraje!

Ha cambiado la báscula tres veces. ¡Tres! El médico le dijo que si no paraba de engullir todo lo que encontraba a su paso... Bueno, pero si me entretengo más contando esas cosas mi cuento no lo voy a terminar nunca.

CAPÍTULO NÚMERO DOS

Creo que lo dejo para mañana. Ya es la hora de la comida y mejor adelantármele en el turno a Susan. De otra manera, se me quitará el hambre, si tengo que presenciar el espectáculo de su cena o, en el peor de los casos, oír por milésima vez su historia con Charles. La paciencia de un idiota tiene el pobre hombre. ¿Cómo es capaz de soportar a la Elefanta comiendo?

La señora Wilson trata de disimular su aversión por Charles; eso se ve a la legua. La prueba es que cada vez que él baja a cenar invitado por Susan, ella encuentra un pretexto válido para escapar del compromiso porque o se me olvidaba que tengo que visitar hoy a la señora X... o ¿te importa que te deje sola, querida? Hoy precisamente es la reunión donde los Z... y nada más claro. Si por casualidad se tropieza en la puerta con Charles —yo los he visto encontrarse varias veces—, su tono es de una frialdad que congela el hígado y su acento sufre automáticamente la más afectada, insoportable y perfecta metamorfosis, como si de repente fuera la reina de Inglaterra, y en el buenas noches, Charles, hay tal dosis de amabilidad que pienso que de estar yo en el lugar de ese tipo saldría corriendo. De verdad. Se cuida muy bien de que algo la descubra, por supuesto, pero una mañana, cuando se creía que no había nadie más en la casa, la oí contándole a la señora Keller lo de la noche del tenedor y del cuchillo.

Oí el ¡imagínese usted, con las manos! ¿No es absolutamente terrible?, y luego la repetición del ab-so-lu-ta-mente... con énfasis en la primera sílaba, lo que me hizo imaginar su cara. No era difícil. Cada vez que acentúa una palabra en esa forma, su gesto es del más irreprimible fastidio. En dos segundos capté, analicé y sopesé la situación: ¡estaba contándole lo del tenedor y del cuchillo! Por primera vez sentí

por Susan algo que se parecía peligrosamente a la lástima. ¡No había derecho! La señora Keller, al fin de cuentas, no pertenecía a la familia y mucho menos podía catalogarse como persona apta, ni siquiera mediocrementemente calificada para tomar cartas en el asunto. ¿Por qué razón, entonces...? El que el primer marido de la señora Wilson hubiera sido descendiente de no sé qué casa de lores —anotación que ella hace con frecuencia a la hora de las comidas— no implicaba ni poco ni mucho. Era harina de otro costal. Y por supuesto que se lo tomaba así. Solo que no le interesaba en lo más mínimo lo de la harina, sino la diferencia fundamental entre el costal y lo que había dentro. De eso también me di cuenta casi desde el primer día: de que era una mujer que hacía diferencias fundamentales. Y no me gustó. Es difícil explicar la manera casi física como presiento cuando estoy delante de alguien que hace diferencias fundamentales. Siento un escalofrío pequeñito, subcutáneo, algo parecido a lo que llaman piel de gallina, pero sin el fenómeno externo, solo la sensación; y en ese momento, cuando oí el ab-so-lu-ta-men-te acentuado, aquella especie de fricción eléctrica interna me recorrió con tal fuerza que me vi obligada a sentarme en la escalera. Era un asunto muy desagradable. No recuerdo bien la respuesta de la señora Keller. Creo que se limitaba a decir algo así como sí, es terrible, sí... o cualquier fórmula parecida, no me acuerdo; lo único en que yo podía pensar era en el espectáculo que aquella mujer estaba ofreciendo, deprimente, ¡y qué hubiera pensado el señor lord!, ridículo. Todo por un simple tenedor y un simple cuchillo.

Bien entendido que la almendra del asunto no era aquella. Detrás del ab-so-lu-ta-men-te, inmediatamente después, como una lanza recién afilada, implacable, venía la conclusión. La atroz, estúpida e ingenua conclusión de la

señora Wilson. Otra de las cosas en la que con frecuencia reflexiono es sobre la manera como la gente agarra el rábano. O sea, cuando para ciertas personas del globo terrestre, con sus respectivas sociedades, cultos, ideas políticas, artes, guerras, catástrofes y demás, comienza a girar sobre un solo eje, y aquel se sostiene, se nutre, más bien, de frases como repugnantemente inculto, insoportablemente maleducado, definitivamente falto de roce social... y muchas más que se me escapan; cuando ese engranaje es la médula de todo lo que conforma su mundo cognoscitivo, entonces, sin temor a equivocarnos, podremos asegurar que ese alguien está agarrando el rábano por donde no es. Sobre todo si le es indispensable el cambio del adjetivo por el adverbio. Eso de seguro.

Por otra parte, la señora Keller no tenía espacio para ningún tipo de comentario. Era imposible, dada la avalancha de absolutamente, insoportablemente, repugnantemente y no sé cuántos más mentes que la señora Wilson producía sin respirar casi. Claro que no. Yo misma suspendí mis comentarios mentales. Por inútiles. El discurso de la señora Wilson llegó a la cúspide y desde allí saltó a la primera frase: ¿no es ab-so-lu-ta-men-te terrible? Con las manos, señora Keller, ¡con las manos comiéndose el pollo delante de mí sin importarle un rá-ba-no...! —y en ese punto fue donde se me ocurrió lo de la antes mencionada verdura y el asunto de las hojas—, yo estaba presente, sí señor. También delante de mí Charles agarró el pollo con las manos, señora Keller. Porque ni siquiera se enteró el desgraciado de que el tenedor y el cuchillo estaban ahí, debajo de su plato, o porque no le interesó más bien: es cuestión de principio. Porque cada cual y cada quien tiene derecho, mi estimada señora Keller, a hacer valer a los suyos, ¿no lo sabía? Desde los tiempos en

que el hombre pintaba muñecos en las cuevas, pero qué voy a explicarles lo que en su vida se tomarán el trabajo de analizar, no van a entender ni papa, estoy segura: es un problema de educación. Olvídelo.

Si el señor lord le hubiera enseñado a su esposa dilectísima en qué consisten las diferencias fundamentales, cuáles son las responsabilidades, alternativas, problemas y soluciones de quienes hacen parte del montón de harina, y cuáles las de los costales, no tendría en este momento tamaña confusión mental en su cabezota rubia. Es más, apostaría cien contra uno a que si Charles fuera blanco, de ojos claros, y en lugar de un par de bluyines y una camisa se vistiera con traje de *flannel*⁴, otra hubiera sido la historia del tenedor y del cuchillo.

⁴ Franela.

Para colmo de males, ese día se le ocurrió a Susan servir con los cubiertos de plata. Puede asegurar que fue lo que más profundamente fastidió a la señora Wilson. Entró intempestivamente en la cocina, diciendo que se le había olvidado no sé qué cosa y como un rayo fulminó la situación.

Siempre que la señora Wilson habla de su marido, el señor lord, abre el cajón izquierdo de la mesa de los cubiertos y con mucho esmero, con delicadeza y ademanes elegantes, saca un tenedor, un cuchillo, una cuchara sopera y una pequeña. De plata pura. Las cucharas están talladas por el reverso con flores diminutas, un trabajo como de filigrana, precioso. Cada vez que la señora Wilson exhibe los cubiertos y hace hincapié en lo del grabado por el revés, yo me pregunto para qué diablos se tomaron el trabajo si nadie los mira por ese lado. A no ser que sea un maleducado y decida examinar los cubiertos delante de los comensales, el dueño de la casa y demás, de pésimo gusto, creo. Tal vez si se usara ponerlos en la mesa así, al revés... pero tampoco es una forma elegante, yo diría que es incorrecta. Una vez vi una película donde se ve una mesa puesta así: con los cubiertos bocabajo, y me llamó la atención, bueno, era en los tiempos de María Antonieta, no tiene nada que ver con hoy en día; la señora Wilson los acomoda como si estuviera preparando

un gran banquete, los acaricia con los ojos, les da un poco de brillo con un pedazo de paño que tiene guardado en el cajón para oportunidades como esa, y con gran parsimonia comienza la historia de mi marido me los regaló el día de nuestro matrimonio; en aquella época la guerra amenazaba el país y, como la situación empeoraba día por día, tuvimos que esconderlos, primero en el sótano, y luego decidieron enterrarlos en una caja de hierro, debajo de un árbol del jardín, ¡qué tiempos terribles!, y continúa con la otra parte, la de su segundo marido.

A ese punto su voz cambia de tono y el acento melancólico de antes desaparece. De aquel deje saudadoso no queda ni el rezago, porque es un capítulo amargo para ella.

El señor Wilson ni pertenecía a la nobleza ni mucho menos le regaló una caja de cubiertos de plata. Todo lo contrario. Los cubiertos del señor lord fueron lo único que la señora Wilson logró salvar de las garras de su segundo marido gracias a que nunca le confesó ser poseedora de semejante tesoro, porque un no sé qué de prudencia me aconsejó no hacerlo, y menos mal. El señor Wilson malgastó la fortuna del difunto lord en menos de lo que un gallo, dice tres veces su canto matutino, ¿y saben lo que hizo para rematar su brillante faena...?, pregunta con voz rota, al borde de las lágrimas, ¿se imaginan ustedes cuál puede ser el último crimen de un ladrón? Es muy embarazoso. Siempre lo mismo. Todos sabemos la respuesta, claro que sí, de memoria: las raptó, señora Wilson; se las llevó como cualquier miserable caco de gallinas, pero no lo decimos, lógico; no se pueden gritar esas cosas así como así a una mujer que en ese momento padece semejante tortura, sería injusto. Mejor quedarnos mudos, dejar que el silencio se aposente en la cocina como un olor repugnante, nos atosigue, se

vuelva denso, tan espeso que ni con cuchillo pueda tajarse, y que nadie resuelle, atención, parece ser la consigna; que las maldiciones se hagan nudo en las tripas hasta producir retorcionas, no se puede ser cruel, y, después, lo de siempre, lo de darle el coñac, hablarle con dulzura, no es nada, cálmese, que no es nada, señora Wilson. ¿Qué no es nada...?, ¡es un asco!, no puede ser normal. ¡Odio definitivamente el momento en que abre su maldito cajón, saca sus malditos cubiertos de plata y cuenta su maldita historia!

Me pregunto por qué el ladrón de gallinas la hizo declararse mala madre, además, ante la Corte Suprema de Justicia; por qué llevó el asunto a tal extremo que los periódicos del país tomaron cartas en el asunto; yo lo encuentro inaudito: incomprendible, estúpido. Dan ganas de vomitar. Eso.

El capítulo de las niñas ofrece amenas variaciones. Depende. La historia fluctúa, siguiendo la corriente anímica de la señora Wilson o, en ocasiones, la del auditorio. Por ejemplo, en ciertas versiones, el marido desapareció una noche llevándose sus dos pequeñas, mientras la señora Wilson paseaba o iba al cine con una amiga. Así, sin más noticias. Ella dice que regresó a su casa más o menos a la hora en que todo el mundo regresa cuando sale del cine, no se atrevió a entrar en el dormitorio de las niñas para no despertarlas y que, fuera de la ausencia de su marido, todo estaba tranquilo, normalísimo. No tuvo ni la más leve sospecha, ni siquiera una corazonada... —a ese punto se detiene, ¿no creen ustedes que es muy extraño que una madre en esos casos no sufra una corazonada?, el instinto materno es algo tan sutil, tan fino, no, realmente no me explico por qué no sentí ni siquiera una...— y solo al día siguiente se dio cuenta del horrible crimen cometido por el esposo infame. ¡Oh desgracia!

En general, esa primera versión no alcanza nunca el clima esquizofrénico, de aquel en que interviene la Corte de Justicia, la opinión pública, la Iglesia y hasta el gato. Esa sí que es una historia. Allí es cuando hay necesidad del coñac, las palabras dulces y demás. Bueno. Hay que admitir la capacidad narrativa de la señora Wilson. De un auditorio congelado saca un volcán en erupción, de cuatro panes hace dos peces. ¡Admirable! Todo hay que decirlo.

En cambio, durante el período de su vida conyugal con el lord todo fue coser y cantar. Una preciosa casa de campo, otra en la ciudad, con jardín y patio interior, vajilla de porcelana, perro cocker, cubiertos de plata... Hasta que el pobre lord se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena. Fue en realidad su primer encuentro brusco con la cruel, injusta e inevitable cara de la existencia. Tarde o temprano nos toca en suerte y entonces la señora Wilson defendió con tesón y heroísmo su patrimonio, sus hijos, su vajilla de porcelana, el perro cocker y los cubiertos de plata, barricada en su casa de campo. Porque la de la ciudad había desaparecido, lógico: ya sabemos que lo único que se salvó fue la caja de hierro enterrada en el jardín.

A la señora Wilson no le gusta hablar de la época de la guerra. Lo comprendo perfectamente. A veces me arrebatada de las manos el diario y comienza a decir cosas, descontrolada, que si la gente de la nueva generación supiera lo que se les va a venir encima dejaría de jugar con tantos botones peligrosos, estoy de acuerdo, que eso de hacer desfiles en pro y en contra no funciona, que de todas maneras el día menos pensado cualquier cretino va a dar la orden y entonces adiós todo el mundo, que es inútil, que mejor quedarnos todos quietos, todos callados, bueno, bueno, de qué sirve, le digo yo, y entonces se pone fuera de sí, que yo no entiendo nada, claro que sí, claro que entiendo, ¡ni más faltaba! Sufre

descompensación psíquica de posguerra, eso es obvio. No se puede discutir con una persona en semejantes condiciones. Después le da el ataque por culpa mía y entonces todos los habitantes de la casa me miran como si yo hubiera cometido un atentado, claro que me entero, ¡ni que fuera tarada! Entiendo todo. Pero es inútil hacer discursos en los desiertos o en los púlpitos, da igual. La gente oye como si lloviera. Como aquel día en el teatro.

Menudo aguacero se armó cuando un señor resolvió que no aguantaba más tanto tiroteo ni tanto campo de batalla. Había muertos, heridos, mutilados, pedazos de edificios y de miembros humanos, todo volando en medio de una confusión atronadora; parecía verdad, espantoso, nadie reaccionaba, todo sumido en aquel caos, aquellos gritos de agonía, aquel fin del mundo. ¡Basta!, se oyó desde las filas delanteras, ¡basta!, pero eso no paraba; el muchacho rociándose con petróleo y prendiéndose fuego, insoportable, ¡baaaasta!, pero las bombas continuaban cayendo, destruyendo, masacrando, arrasando, incendiando, violando, destazando, descabezando, desmembrando, sembrando el más pavoroso e inimaginable desconcierto. Luego, silencio. Entonces el sollozo se escuchó tan nítidamente que fue como si alguien más se estuviera muriendo a pedazos. En platea.

Y claro, mi querida señora Wilson, si quiere que le diga la verdad, a nadie le importó cuando él empezó a gritar que quién era el siguiente, cabrones, que a ver quién le decía cuál era el próximo; mientras amenazaba con el puño como un profeta iracundo. El público de platea y balcón se quedó como en misa. Se levantaron en silencio, se enroscaron las bufandas, se acomodaron los abrigos, agarraron sus paraguas, sus bolsas, sus sombreros, y salieron en orden impecable hacia la noche húmeda y tranquila, a tomarse una

copa, mientras él insistía que si no había un verraco que le explicara dónde iba a ser la próxima invasión, que se lo dijeran, hijueputas, pero ellos tan orondos. A quién le importa lo que vocifera un loco, a quién los accidentes de ubicación, los errores colectivos, las conciencias universales y los botones de que usted tanto habla, señora Wilson. Ni siquiera se volvieron para el escenario, donde los actores permanecían como en foto fija, si usted lo hubiera visto, como estatuas de cera acusadoras, con los ojos muy abiertos y todos chisgueteados de salsa de tomate.

Por mi parte, creo que la participación o no participación en los errores colectivos no es un accidente de ubicación, como quisieran muchos. Los errores universales no pueden localizarse en un determinado país, ni hemisferio, ni muchísimo menos colgarse de conciencias o de cabezas determinadas. Los errores colectivos conciernen a todos y cada uno de los habitantes del planeta Tierra. Y si para algunos la conciencia —el error universal— se limpia con una buena acción, para el resto ni siquiera eso cuenta. Pero ¿qué cuernos se puede hacer...? ¿Qué velas tengo yo en ese entierro? No puedo suspenderla, ¿no? Claro que no. Por supuesto que no. Ni más faltaba, señoras y señores. Lo único que queda por hacer es ponernos nuestros abrigo, acomodarnos la bufanda y buscar un bar para tomarnos algo.

Solo una media docena de espectadores permaneció en la sala. Bajaron hasta las primeras filas de platea y se quedaron mirando como imbéciles a los que había en medio de la escena —al hombre con la caja llena de mariposas blancas—, que se aprovechaban de un pequeño oficio para escapar y andaban revoloteando por todas partes, pegándose a las cortinas o chamuscándose contra las luces; hasta que el escenario empezó a convertirse en un jardín grotesco del que al parecer no

se podría salir. Nadie se movía, esperando el gesto del vecino y este el del otro, y las mariposas se volvieron locas de claustrofobia, dijeron, porque comenzaron a golpearse contra las cabezas de los actores, a dar bandazos contra las bambalinas y los focos, y todos impertérritos, callados, hasta que al fin se apagaron las luces y vino un policía que los obligó a desalojar el teatro, qué opina de mi cuento. Lo leí el otro día en el periódico y no se lo mostré, por supuesto.



No escribí sino dos páginas ayer. No es mucho. Pero es que anoche leí hasta muy tarde y luego lo del baño de la Elefanta... ¡diantre!

Yo soy Alicia. Le hizo gracia nuevamente. ¿Yo? Por supuesto que me llamo Alicia y tú, sin lugar a dudas, eres él.

¡Yo soy Alicia! Le divierte de nuevo la idea y decide continuar con el juego. Pero el niño está casi al otro lado del lago, tirándole migas de pan a los cisnes.

De manera que te llamas Alicia. ¿Yo?, no, ¿quién te lo dijo? Tú, decías hace un momento ¡yo soy Alicia!, te oí muy claro. ¡Ah!, ¿sí? Pues sí, yo me llamo Peter, ¿qué tal? Muy bien. Por lo que veo, te gustan los cisnes, son bonitos, ¿no? Sí, pero prefiero las barcas. A mí también me gustan las barcas; ¿sabes remar? No, ni idea, ¿tú? Yo sí, y sé hacer vela. ¿En el mar? Sí, y esquiar también, qué calor, ¿no?, me estoy asando; me zambulliría como el cisne ese, ¿por qué no nos bañamos...? Porque no tengo plata. Pues yo tengo; te invito, ¡ven! No, gracias. O. K., como quieras: ¿quieres una cerveza? No, gracias. Entonces me voy a leer un rato; hasta luego. Hasta luego. Oye... si quieres te presto uno. Bueno... ¿qué es? Batman. ¿Y quién es Batman? Pues este, el hombre murciélago, ¿no lo conoces? Ni idea. ¿Nunca has oído hablar de Batman y su amigo Robin? No. ¡Vaya...! ¿Y qué tiene ese Batman que

hablas de él como si fuera el papa? Pues tiene que es un tipo más macho que el putas, ¿ves?, con la capa azul y su malla de un material especial. ¡Ahhh...!, ¿y vuela? Sí, obvio, como cualquier avión, la capa se le pone como si fueran alas, ¿ves?, es un tipazo, pega que da miedo, ¡paff!, bestial, ¿no? ¿Y por qué van enmascarados? Para que no los reconozcan, léete este, ya lo leí. *Do-bats-eat-cats?*⁵ ¿Quééééé...? Decía que si los murciélagos se comen a los gatos. No se me había ocurrido, me imagino que sí, ¿por qué? Porque es una frase de Alicia, *do-cats-eat-bats?*⁶, *do-cats-eat-bats?*, dice, y luego la invierte: *do-bats-eat-cats?*, siempre me quedé pensando en eso, nunca supe si los murciélagos se comen a los gatos, ¿tú leíste *Alicia*? Claro que la leí, pero no me acuerdo de ese pedazo. ¡Pero si es famoso!, cuando ella se está cayendo por el agujero, ¿no te acuerdas?, ¡es famosísimo! Pues mira, no, y déjame leer a Batman, ¿sí? Por supuesto que te dejo, tampoco es para tanto, yo decía lo de *bats-eat-cats* porque como Batman es un murciélago... ¡O. K.!, pues ni idea de si *bats-eat-cats*, y si quieres lo lees y si no pues no; yo creo que lo de los murciélagos lo puedes consultar en una enciclopedia; precisamente para eso las hacen, para la gente que se le ocurre averiguar cosas estrafalarias como tú. Pues a mí no me parece tan estrafalario, además se le ocurrió a Alicia, no a mí. Bueno, digamos que se le ocurrió a ella, ¿vas a leer el cuento o no? No, creo que no, ¿tienes un pedazo de papel? ¿Papel para qué? Para escribir. Escribir qué. Un verso. ¡Ah!, resulta que escribes versos... vamos a ver si tengo papel; a lo mejor te sirve este, ¿tienes con qué escribir? Sí, tengo un lápiz; ¿quieres hacerlo conmigo? Cómo que si quiero, hazlo tú, ¿no?, para eso

.....
⁵ ¿Los murciélagos comen gatos?

⁶ ¿Los gatos comen murciélagos?

eres poeta; yo, mientras, leo a Batman. Es que si lo hacemos juntos sale más bonito, ya verás, di una frase. ¿Y por qué no lo haces tú solita? Porque no me gusta. Ah, ¿no?, ¿entonces qué te gusta?; a ver si adivino: ¿te gusta bailar!, a que sí. Pues sí, me gusta bailar como a todo el mundo. Entonces un día de estos vamos a bailotear juntos, ¿quieres?, qué tal el sábado, por ejemplo; conozco un sitio chévere. ¿Cuál...? Uno... ¿Es una discoteca que queda en la esquina del parque? No, no es ninguna discoteca, yo ya no voy a ninguna de esas; ya está pasado de moda. ¿Pasado de moda?, ¿las discotecas?, ¿desde cuándo? Pues desde hace tiempo, yo voy a sitios mejores; si quieres te llevo el sábado. Bueno, pero explícame qué son si no son discotecas. Lo que pasa es que son y no son, cómo te dijera, son hangares con muchas luces y música, claro, ya lo verás, y todo el mundo anda embaretado. ¿Anda qué? Embaretado, bareta, enmarihuanado, ¿no?, y ponen un montón de cosas en las paredes... ¿Un montón de qué cosas? Pues vidrios móviles y cosas de esas. ¿Para qué? Pues para ver mejor. ¿Para ver mejor qué? ¡Ah, carajo!, no te me hagas el angelito, pues para que te haga más efecto todo; a ver, ¿qué más se te ocurre preguntar?, ¡pareces marciana! Pues sí, a lo mejor... ¿Nunca has fumado? No, porque dicen que es dañino, produce cáncer. ¿Produce quééé?, ¡no digas pendejadas! No son pendejadas. Bueno, ¿por qué no te dedicas a tu poesía? Ya te dije que no me gusta hacerla sola. O. K., O. K., la escribimos, ¿qué hay que decir? Lo que cada uno quiera. Cómo... ¿y así se hace un verso? Sí, así se hacen los que yo hago... explícame por qué ponen esos vidrios en las paredes; a mí eso me parece muy raro. Por lo que veo, a ti cualquier cosa se te hace rara; que si los ratones no sé qué, que si Batman vuela, pues no es nada raro, es chévere, tienes que venir... bueno, y ¿cómo es lo del verso?; ¿quién empieza?; tú, ¿no? Bueno,

empiezo yo, pero hay que poner un tema. O. K., el tema es lo que cada uno quiera. ¡Ni hablar!, así no es, ¿quién te lo dijo? Nadie; mariposa vagarosa rica en tintes y donaire, nadie me lo ha dicho, lo inventé yo, yo solito, ¿no te gusta? Qué haces tú de rosa en rosa, de qué vives en el aire, me lo aprendí en el colegio; podemos poner el tema de las mariposas. ¡Qué va!, ya está muy traqueado, vamos a poner el tema de los pastores. ¿De los pastores cómo...? De los pastores de Belén, por ejemplo, es un buen tema, digo. ¿Y por qué no la de los pastores huelen a lana? Porque hay que tener seriedad ante todo, ¿de dónde es eso? ¿Qué...? Lo de los pastores huelen a lana. Bofff, no sé, creo que la cantaba mi abuela, pastorcillo es el mío y huele a retama... es muy bonito. ¡Ajá! Nos lanzamos o no. Sí, pero cómo empiezo, no se me ocurren sino villancicos. Eres un poeta con muy poca imaginación, pues di tres pastores. Bueno, tres pastores en busca de una estrella. Bien, vamos a escribirlo aquí:

Tres pastores en busca de una estrella
decidieron alquilar un cohete,
era más simple,
o mejor una Gemini,
pero entonces habría un problema:
uno de ellos no podía ir
porque
las Gemini son naves para dos personas
y ellos eran tres
pastores de Belén.

¿Qué tal? Creo que bien; vamos a recitarlo: LOS PASTORES DE BEL... ¡bah!, como en la escuela; los poemas son para escribirlos, no para recitarlos, ¿te gustaría navegar

en una Gemini. Sí, creo que me gustaría morirme en el espacio. ¿Y por qué carajo vas a morirte?, yo digo viajar por las galaxias; nadie se tiene que morir por eso. Ya sé... pero se me ocurrió que sería muy lindo, antes pensaba que me gustaría ser enterrada en el mar y ahora cambié de idea; el otro día leí sobre la muerte en el espacio. ¿Dónde leíste? En un libro de ciencia ficción; decía que hay muchos peligros en el cosmos cuando se está a bordo de un cohete, ¿tú sabías eso?; la falta de oxígeno, la fuerza centrífuga, la aceleración, los asteroides, radiaciones, planetoides, meteoritos, muchas cosas pueden producir la muerte instantánea. ¡Pucha!, ¿y todo eso lo leíste en ese libro? Sí, y lo que más me impresionó fue una parte donde un astronauta le cuenta a su hijo cómo es la muerte en el espacio, se me pusieron los pelos de punta; uno no se da cuenta de nada porque la muerte es casi instantánea: estás muerto, y eso es todo, dice. ¡Pucha! ¿Y sabes cómo se llama esa muerte? No. Tumbas errantes, porque los cuerpos comienzan a flotar en el espacio y son absorbidos por la fuerza centrífuga que los lanza contra uno de los planetas, Marte, Venus, el Sol, etcétera, y el organismo se va desintegrando poco a poco, qué barbaridad, ¿no?, y los miembros se desprenden como si fueran de trapo, debido a la velocidad de su caída en el espacio, más o menos es así, terrible, ¿te imaginas? ¡Fiiuuu!, me imagino, ¡fabuloso! También leí que, a lo mejor, te conviertes en un meteorito o en un planetoides. ¡Un meteorito...!, ¡qué hijos de la gran...!, eso sí que sería la aventura del siglo, convertirse en meteorito, oye, entonces quiere decir que uno no se muere nunca, o sea, que jamás te pueden comprobar si de veras estás muerto, ¿te imaginas eso?, piensa un poco en lo que dirán los doctores de la Iglesia: ¿están muertos o no?, ¿en el infierno o en el cielo?, ¿ah?, y entonces se armará el despelote, cada uno

diciendo que sí, que sí está muerto, y los otros que no, que está dando vueltas per *secula seculorum*, que son tumbas errantes, lo que más me gusta es lo del nombre, ¿a ti no? A mí también. ¿Te gustaría ser astronauta? No sé, además, hay muy pocas mujeres astronautas, ¿no? ¿Y qué...?, yo digo si pudieras, a mí tampoco me van a dejar mañana subirme en un cohete, te pregunto en el caso de que tuvieras la oportunidad, ¿te irías a otros planetas? Pues, no sé... no lo he pensado nunca. ¿No se te ha ocurrido nunca que podrías hablar con gente de otros planetas? Por supuesto que no, ¿cómo sabes que hay gente viviendo en otros planetas? Pues porque sí, porque lo dicen muchos libros, y porque basta con tener imaginación, ¿no?, cualquiera se da cuenta de que el hombre no puede estar solo en el universo, ¿o es que crees que eres el rey de la creación, tú? ¿Yooo...? Sí, tú, a la que solo se le ocurre que sería muy lindo morirse en el espacio, ¡qué romántica!, ¿no te das cuenta de que llegará el día en que nadie se va a morir...? ¿Ah, no?, mira qué bien, ¿y eso también está escrito? No, pero lo van a escribir muy pronto, ya verás, y cuando el hombre rompa la barrera del tiempo será dueño y señor de la vida y la muerte, se morirá cuando le dé la pinche gana, eso está claro. ¡Pero entonces sería terrible! ¿El qué? Que nadie se muera. ¡Cretina!, se muere el que le da la gana. Pero nadie va a querer morirse, ¿tú crees que sí...? ¿Que nadie va a querer...?, bueno, contigo es perder el tiempo, hablemos de otra cosa, ¿y si nos vamos a tomar una cerveza?, yo me estoy cocinando, ¿vienes? Sí, pero me tienes que invitar. O. K., te invito. Pues para que te enteres, yo voy a escribir un libro que dejará a todos patitiosos. ¿Ah, sí?, y cómo va a ser eso, cuéntame. Pues se va a tratar de cuando Nueva York se paralizó, algo así como Pompeya o Sodoma y Gomorra, no sé todavía cuál va a ser el motivo, pero se va

a estatizar durante quince siglos, y los turistas contemplarán con terror aquel esperpento inerme, ¿te acuerdas de la bella durmiente?, bueno, creo que haré más o menos eso; se descubrirá a Nueva York estancada, interrumpida en el tiempo, con todo en su sitio, los taxis que ruedan por la Quinta Avenida pintados de amarillo, la gente, las ardillas en el parque, ¿te lo imaginas? Ya, vas a hacer la bella durmiente: muy original. Eres muy poco amable, ¿sabes? Y tú, una niña muy bien educada y muy tonta, si quieres que te diga la verdad, ¿te gusta fría o templada la cerveza? Fría, gracias. Entonces, ¿cómo iba esa historia de la bella durmiente? Imagínate que un día cualquiera, un lunes 13 de abril, digamos, un avión 747 de Pan American está próximo a tomar pista en el aeropuerto de Nueva York, ¿O. K.? O. K. Bueno, pues entonces, de repente, cuando todo está listo, la pista iluminada, despejada, la torre de control pendiente de la maniobra, los pasajeros con cinturones abrochados, las azafatas: señoras y señores, Pan American tiene el gusto de anunciarles que dentro de breves minutos tomaremos tierra en el aeropuerto John F. Kennedy de la Ciudad de Nueva York, agradeceríamos abrochar sus cinturones, no fumar durante el aterrizaje, permanecer sentados hasta que el avión no haya parado completamente motores en plataforma, para su información en la Ciudad de Nueva York hace 53 grados Fahrenheit, les rogamos no olvidar sus objetos de mano, de nuevo agradecemos el haber hecho uso de nuestros servicios; y los pasajeros tranquilos, esperando a que las llantas den el saltito en la pista, de la torre de control, O. K., todo perfecto, pista número cinco, listos para el aterrizaje, los pilotos, listos, los mecánicos, todo en su sitio, las banderitas luminosas, la escalerilla, el autobús que conducirá a los pasajeros, el capitán: frenos, el copiloto: frenos en perfectas

condiciones, el capitán: luces, el copiloto: luces funcionando; luces amarillas como cocuyos con baterías nuevas, toda Nueva York titilando, el Empire State, las luces en las alas del avión haciendo guiños, roja, amarilla, roja, amarilla, el capitán: presión en la cabina, el copiloto: presión en la cabina normal, más bien fresco, estará haciendo frío, mañana me iré al parque, por qué no; es primavera, la cita a las nueve de la mañana es un fastidio, el capitán: velocidad, el copiloto: velocidad 110 millas, el capitán: altura, el copiloto: altura 400 metros, todo listo para el aterrizaje, señor, Manhattan al alcance de la mano, el edificio Chrysler de color plata bruñida, listos, pero nada sucede, ¿comprendes? Ni pío; ¿cómo que nada sucede, ¿por qué? Porque no aterrizan nunca, por eso. ¿Y ahí se acaba? Pues sí, qué más quieres, ahí se acaba porque no aterriza nunca ese avión ni ningún otro, y porque tampoco los trenes ni los barcos pueden llegar a las estaciones ni a los puertos, los coches no pueden cruzar puentes, nada; tierra, mar y aire con un bloque invisible que nadie puede romper, y así durante quince siglos; la bella durmiente, ¿no?, a que no te ríes ahora. Pues no; no me río; ¿y quién rompe el hechizo? No se sabe; de repente un día alguien puede salir de los límites y se descubre entonces aquella ciudad extraña, estática y monstruosa, a la que se creía sepultada por un maremoto, y los turistas la visitan como si fuera monumento nacional, y colorín colorado. ¡Pucha!; de verdad que tienes... oye, ¿estás segura de que eso lo inventaste tú? Claro, y si no quién, ¿Perrault? Pues es un cuento padre, de verdad que es padrísimo, te lo aseguro, y ¿de verdad lo vas a escribir? Claro que sí, ¿y qué pasa con la cerveza? Ah, bueno; cómo la quieres, ¿rubia o negra? Rubia, gracias. Helada, dijiste, ¿no? Sí, gracias. Sí, gracias, no gracias, eres muy educada. Bueno, pues me imagino que como cualquiera, ¿por

qué?; ¿o es que no se puede tener la más elemental educación sin que te tomen el pelo? Tampoco, tampoco... mira que eres mosca. Pues no, no soy mosca, y soy educada como cualquier hijo de vecino, ¿por qué?, ¿tú no...?, a nadie se le olvida lo que le enseñaron de pequeño, digo yo. Bueno, tampoco hay que exagerar. ¿Exagerar qué? Eso que estás diciendo; ¿tú viste una película donde unos niños se pierden en una isla? No. Hay un accidente aéreo y más o menos veinte niños... No, no la he visto. Bueno, pues si no la has visto no me interrumpas; más o menos veinte niños entre los cinco y los catorce años, que de la noche a la mañana se encuentran a miles de kilómetros de la civilización, y te la quiero contar porque son niños ingleses, muy bien educados, muy bien vestidos, más o menos como tú, ¿comprendes?, niña de buena familia que te enseñaron de pequeña a ser educada, ¿quieres otra cerveza? No, gracias. Pues resulta que los niños, educaditos, bien vestiditos y demás, resuelven un día pintarse como los indios porque uno de ellos descubre una tinta vegetal, es una buena película, deberías verla. ¿Y ahí se acaba? ¡No!, ahí es que empieza. ¿Y entonces? Pues nada, me aburre contar películas. Eres odioso. Sí, y maleducado. Oye; cuéntamela, no seas malo. O. K., te la cuento pero si no me interrumpes: los niños se pintan el cuerpo con tintas vegetales y con estacas de madera afiladas como lanzas cuando se van a la cacería de un puerco salvaje, y ya te vas dando cuenta por dónde va la cosa cuando agarran la cabeza del puerco y la adoran como si fuera el niño Jesús en el pesebre, algo así; descubren que el agua de coco fermentada emborracha y hacen unas orgías dignas de los romanos, te lo juro, es la cosa más espeluznante que he visto, uno quiere ser el jefe pero hay otro que también quiere y entonces se dividen en dos bandos; pelean una noche de borrachera y

uno de los niños resulta muerto por accidente, parece, pero te das cuenta luego de que lo mataron porque sí, en fin, lo que quería en el fondo contarte es que esos niños bien vestidos, muy bien educados, inocentes como angelitos, se convierten en los más extraños seres imaginables porque de repente ya no son niños; con decirte que a los más pequeños se les ha olvidado hablar y aúllan como lobos, y por supuesto que ninguno se acuerda de decirle al otro sí, gracias, no, gracias, porque lo único que les interesa es ser el rey de la tribu. ¡Qué espanto! Sí, de poner los pelos de punta, ya te digo, yo me estoy asfixiando, ¿y si regresáramos al lago?, vamos a darnos un baño, ¿quieres? Te dije que no tengo dinero... ¡No importa!, te dije que yo te invito, ven.

Ahí va la negrita. Contoneándose. Con el pañuelo amarillo amarrado al cuello.

¿Ves aquel tipo con el bastón? Sí, ¿por qué? Porque yo lo conozco. ¿Eres amiga de él? No, lo he visto solamente. ¿De veras?, ¿dónde? En un bar. ¡Ahhh! ¿Y vas mucho a ese bar? ¿Por qué tengo que decirte si voy o no a un bar?, yo hago lo que me da la gana. ¡Qué risa!; de manera que tú haces lo que te da la gana, hablas con quien se te antoja... ya te lo dije, eres infantil, y si quieres que te lo diga, esas no son buenas maneras, esas son... Bueno, sí, voy con frecuencia al bar; ¿estás contento? No, me importa un pito; vamos a saludarlo, yo también lo conozco.

¡Desgracia! Es tardísimo; no demora en llegar Oliver. Se me olvidaba que hoy es viernes. Si me encuentra en su escritorio, invadiendo sus dominios, no sé qué será capaz de hacerme, descuartizarme, sin duda, ¡socorro!, con la tranquilidad del caso. Es capaz de todo. Llega siempre cargado de maletas, paquetes, libros y librotos.

¡Hola! ¡Hola!, ¿qué tal? Bien. Te presento a mi amiga Alicia. ¡Hola!, yo soy Rudi. ¿Se bañan? Sí, hace un calor insoportable. A mí me gusta el calor. A mí también, pero dentro del agua, como un pescadito. ¿Qué te pasó ayer, Peter? A mí, nada, solo que a última hora me dio pereza. Te estuvimos

esperando más de dos horas. Ya sé; ¿cómo fue la cosa? Fácil, sin complicaciones. Me alegro. Será para la próxima. No sé, hay que esperar un rato. ¿Qué es lo que hay que esperar? Por supuesto, yo decía que si acaso hay una oportunidad buena... ¿Qué es lo que hay que esperar? ¡Nada!, tú no entiendes de esas cosas. Bien, entonces contéstame: *do-bats-eat-cats?* Sí, por supuesto. ¿Cómo por supuesto?, tiene que haber una explicación más larga. *Bats-eat-cats-because-bats-like-cats*⁷ y no molestes, ¿entendido? ¿Y aquel cliente de la semana pasada, Rudi? ¿No necesita más? Siempre necesita, eso seguro. Lo importante es que nosotros podamos conseguirla a tiempo. ¿Qué es lo que hay que conseguir a tiempo? Sí, ese es el problema. ¿Y lo de Tommy no funciona...? Oye, ¿qué es lo que hay que conse...? ¡Cállate! Hay que tener mucho cuidado con eso; nunca se sabe. ¡Uff!, nunca se sabe, por supuesto: por qué *cats-like-bats?* ¿Por qué esperar algún tiem... Se me ocurre una idea, se le da un plazo prudente a Tommy y si ocurre lo de la vez pasada entonces se corta definitivamente todo tipo de negocio con él; no creo que sea tan ineficiente como aseguran los otros. Lo que sucede es que en eso hay que andar siempre en cuatro patas. Miau-miau-miauuuu... como los gatos, di Peter: *do-cats-eat-bats?* ¿Qué haces? ¡Se enloqueció! No, camino en cuatro patas, ¿no ves?, di: *do-cats...* ¡Por Dios!, ¿no ves que estamos hablando de negocios? Pero tú dijiste, ¿nos damos un baño?, y yo creía que íbamos a divertirnos y a seguir hablando de cosas interesantes y ahora lo único que dices es que hay que esperar, que es muy importante conseguirla a tiempo, que en cuatro patas... Vamos al bar a tomarnos algo, ¿quieres?;

.....
⁷ Los murciélagos comen gatos porque a los murciélagos les gustan los gatos.

podemos discutir más tranquilos. ¡Pero si apenas hace tres minutos que regresamos del bar! Bien, tú puedes quedarte aquí si quieres, ¡y no friegues más la paciencia!

Llegó. Está entrando la bicicleta. Menos mal que mientras se desenreda de arreos, libros y equipaje, tengo tiempo de esfumarme con máquina y escritejos hacia mis lares. ¡Es un fastidio! Ahora me toca instalar papeles y máquina encima de la cama y continuar la tarea en esa forma, hasta que Oliver vuelva a su bicicleta, empaque sus libros, maletas y maletines —no me explico cómo hace para acomodarle tanta cosa a ese aparato— y regrese a su trabajo, no sé dónde. Fuera de la ciudad, en todo caso. Y hasta allá se va, pedaleando, cada lunes de madrugada, y de allá vuelve, dale que dale al pedal, los viernes por la noche. Es un caso digno de estudio. Tampoco sé cómo se las arregla con los libracos y demás, deben pesar al menos una tonelada; son libros de contabilidad, gigantescos, Oliver es tenedor de libros.

Bueno, será porque está acostumbrado a ese tipo de transporte, en su época de soldado le tocaría hacer cosas peores. Cuando llegó de vacaciones parecía un espectáculo ambulante, de esos que exhiben hasta oso amaestrado. Me acuerdo. La carpa plegable, que confeccionó él mismo, sí señor, Oliver durante dos días cosió sin parar, unió en la máquina portátil de la señora Wilson no sé cuántos metros de tela impermeable azul marino, asombroso, dirán, nada de eso, y produjo la maravilla de una carpa plegable; con Oliver hay que estar preparados para cualquier acontecimiento. La carpa en cuestión inundó la cocina, luego desempacó una caja llena de implementos culinarios, un paquete con mantas, un maletín de mano, una lámpara de petróleo de las que se usan en los barcos; todo perfectamente acomodado en un carro de ruedas que amarró a la parrilla de la bicicleta. Y ahí te llega Oliver

de regreso, como un camarón. Un camarón escocés con las medias hasta las rodillas y la nariz como un tomate maduro, desempacando sus trebejos con impecable sentido práctico, ¿había hecho buen viaje? ¡Siiiiip! Que es lo único que hasta ahora le he oído decir. No creo que Oliver haya pronunciado en su vida un discurso de más de veinte frases, y eso dizque habla cinco idiomas, asegura su madre. Tampoco sé a qué horas los habla, o los habló, pues cualquiera puede decir siiiiip en todas las lenguas, por supuesto. Un tipo al que lo que hace que se le dio como a cualquier mísero mortal el don de la palabra, no se ha permitido armar en público un discurso de diez frases seguidas; porque que las piense las pensará, eso no tiene nada que ver con la dialéctica del asunto, hay gente que se muere sin haber dicho todo lo que pensó, y viceversa; que su diálogo, insisto, haya llegado a tal ascetismo, siendo él joven aún entre las verdes ramas, indica que Oliver es, sin duda, un sujeto víctima de los medios de comunicación, es decir, en posesión de..., pero que como muchos otros sujetos se encuentra desenchufado, o sin hilo o yo qué sé, sin corriente alterna, sin transformador, sin interruptor simplemente, en fin, que la incomunicabilidad resulta en este caso debido nada menos que a los medios de comunicación, qué enredo, con tal de que se vaya con su bicicleta los lunes y regrese los viernes por la noche, puede hablar en sanscrito, hindi, cantonés, brahmán y cuantas lenguas vivas o muertas existan, que lo demás me trae al fresco.

A Oliver lo conocí tres semanas después de mi llegada a la casa. Nos tropezamos en la escalera, una mañana que bajaba a desayunarme. Dije buenos días, pero él iba escalando a tales zancadas que por poco me embiste: ¡hola!, contestó, y después un gruñido, o lo que tomé entonces por un gruñido, pues más tarde me di cuenta de que era su frase absoluta.

A la hora del almuerzo coincidimos de nuevo en la escalera, pero esta vez al contrario, yo subía, perdón, buenos días, yo soy el hijo de la señora Wilson, dijo de un tirón; ¡no me diga! De manera que la señora Wilson no solo era madre de una Elefanta que hacía el baño a un horario atrabiliario e insólito, sino que, sorpresa de sorpresas..., ¿y ahora qué?

El ruido en el sótano. Ni más ni menos.

Bueno, parece una frase prefabricada esa de el-rui-do-en-el-sótano-ni-más-ni-menos, pero es que la tarde misma del encuentro en la escalera se produjo lo del ruido. La primera media hora no pude localizar el sitio de proveniencia de aquel chirrido como de sierra eléctrica perforando una muela. Era un zumbido en alta frecuencia, continuo, rechinando en toda la casa; que por lo demás tiene la propiedad de ser como una caja de resonancias, el mínimo rumor se escucha en los cuatro pisos con una nitidez que envidiaría el teatro griego; un rumor destemplado rebotando de la cocina al altillo, circulando por corredores y escaleras como si fuera algo con cualidades de un ser concreto.

Era la hora de la siesta. En el momento en que la casa se aletarga como si hubiera fallecido y nada turba el reposo, más o menos la una, sí, creo que era la una en punto de la tarde, cuando empezó aquel zumbido. Como un ejército invasor de zancudos eléctricos a todo voltaje.

Ya volvemos, ya volvemos... y no friegues más la paciencia, ¡qué tipos! En realidad, había que considerar la idea de que algún día se comunicarían con gente de otros planetas. ¿Usted cree?, le dijo el viejo con barba rizada como Santa Claus, y ella dijo que no estaba segura, que a lo mejor Peter tenía razón. ¿Me hace sitio?, dijo el hombrecito que tenía puesto un chaleco de colores, parecía un arlequín, y sin esperar respuesta se acomodó, empezó a empujarla hasta que

ella quedó sentada al borde de la banca; ¡no hay sitio!, dijo furiosa, ¿no ve que no hay sitio?; ¡que no hay sitio!; ¡claro que hay!, exclamó el otro, el amigo del hombrecito del chaleco, y se aplastó a su vez con la mayor tranquilidad; ¿qué día es hoy?, le preguntó con aire indiferente, mientras se disponía a encender un puro que a ella le pareció muy extraño, no era un cigarro normal sino que parecía más bien una hoja de parra mal envuelta; no sé... creo que siete... me parece; ¿siete de qué?, vociferó el otro, como si ella fuera sorda; siete de cualquier cosa, ¡siete!, dijo, es mi número preferido; ¿ah, sí?, replicó Santa Claus con vocecita amable, sorprendida: pues mi número preferido es el cinco; ¡idioteces!, gritó el amigo del tipo vestido de arlequín; ¡absolutamente ridículo!, y siguió echando bocanadas de humo que aspiraba con fruición de aquella hoja de parra mal envuelta y luego se echó a reír, a doblarse en dos de las carcajadas como si ella hubiera dicho un chiste; no le veo la gracia, protestó fastidiada, no se la veo por ninguna parte, qué tontería; mejor ir en busca de Peter y Rudi, ya volvemos... ¡había que ver!, hacía más de media hora; con que no se la ve, ¿eh?, le preguntó socarrón el amigo del que fumaba esa hoja de parra, pues entonces dígame por qué las fresas son pequeñas y rojas y no grandes y grises, a ver..., pues porque..., trató de contestar, porque..., pero no se le ocurrió nada, pues porque si fueran grandes y grises serían elefantes, contestó por decir algo; ¡exactísimo!, saltaron a dúo el hombrecito del chaleco y su amigo, ¡una respuesta perfecta!; ¡vaya!, quién lo hubiera pensado. Mejor se iba para el lago. Ya se estaba cansando de esperar.

Pero hablábamos del ruido y hay que aclarar que Oliver tiene otras manías fuera de la del sótano. Coleccionar figuras de tanagra, por ejemplo. Su habitación está rellena de estatuillas de mujeres con pechos puntudos, las cuales usa

como cuña-libros, guarda-pipas, pisapapeles o simple adorno-chimenea. La de arreglar el coche de la señora Wilson. Y digo arreglar, para usar la expresión más o menos adecuada, porque lo que en realidad hace Oliver es destruir meticulosamente el Mini Morris, pieza por pieza. Cuando la mitad de su tronco desaparece bajo lo que queda de carrocería, uno tiene la impresión de que jamás logrará ajustar al derecho aquel montón de tuercas y tornillos que están desparramados en plena calle; y eso que la señora Wilson solo le ha pedido: ¿me harías el favor de revisar el aceite, querido?, todos los sábados. En él, es algo incontenible. Desbarata el coche durante íntegra la tarde, y a veces la mañana del domingo, antes de la misa. Porque primero se acaba el mundo antes de que Oliver falte al deber dominical, y eso se puede incluir en la lista de manías, por supuesto. Engominado, encorbatinado, perfumado y planchado, se va en su bicicleta para la misa de las once. La señora Keller me contó que canta durante el servicio, muy serio, muy encorbatinado, muy..., me lo figuro. Si desentona como cuando canta en su cuarto creyendo que yo no estoy, es fácil deducir que aquello es un espectáculo. Claro que no lo es a medianoche, hora en que pone a todo volumen el concierto para trompeta de Purcell, manía decadentista por lo demás, a quién si no a Oliver puede ocurrírsele cantar, sí, ¡cantar! A Purcell; yo soporto mil veces que ronque la noche entera o que sufra uno de sus ataques periódicos de bronquitis, todo, cualquier cosa con tal de que no cante, no masacre, no serruche, no castre en forma tan inicua la inspiración de ese buen señor que un día compuso un concierto para trompeta.

Lo de las tostadas en aceite es quizá la más aceptable de sus ocupaciones. Las come fritas. Las pone a freír en una sartén nadando en aceite hasta que la casa se inunda de un

olorcillo nauseabundo, claro que es justo, dado que el pobre llega a su casa solo los fines de semana hambriento como un lobo, se comprende, pero lo de los libros de ciencia ficción es serio. Al menos, las consecuencias. Es un experto en la materia. Y también lo será en lengua plutonesca, venusina, marciana, y qué sé yo cuántas más aberraciones, ¡quién va a saberlo! A veces hago incursiones hasta la montaña de libros que arruma en un rincón de su cuarto y leo alguno. Lo hojeo, más bien, son espeluznantes, me producen insomnio todas esas historias de gente que no es gente y habita planetas inhabitables; es la conversación preferida de la señora Wilson —se ve clarísimo que los ha leído todos— en sus *parties*⁸ de los viernes, porque los globos de fuego también tienen espíritu, como nosotros, ¿lo sabían? Por supuesto que sí, ¡ya son trescientas cuarenta y nueve veces! Pero hay que abrir la boca, despepitar los ojos y demás, como si apenas en ese momento nos enteráramos. Prefiero que toque el piano y nos desbarate los oídos con su canción de las lilas en primavera. Es la pausa que refresca. Cuando ella entretiene a los viernícolas con su canción de las lilas, la atmósfera se libera de globos de fuego, los ánimos se distienden y cada cual recupera el derecho de pensar en lo que le da la gana. A veces siento lástima de los viernícolas. Sinceramente.

.....
⁸ Fiestas.

Los viernícolas llegan cuando el reloj marca las ocho de la noche, asisten al espectáculo de madame de Guermantes —la canción es parte del tinglado, lo hace desde un día en que alguien mencionó a esa señora y entonces corrió a comprarse los libros en francés, y quién la soporta; en ocasiones juega a ser Albertine... pero esa es otra historia—, decía que los viernícolas asisten sin chistar al espectáculo, lo sufren con verdadero espíritu de mártires cristianos: escuchan la historia de los globos venusinos, la canción de las lilas, devoran las tostadas con queso derretido, beben y, cuando el reloj suena a las once, igual que los muñecos de una caja de música sin cuerda, suspenden toda acción y desaparecen, ¡absolutamente-todos-los-viernes-del-año!

Un viernes sucedió lo de las tostadas fritas en aceite. Esa noche el tema base era el de la mejor manera de hacer los panes con queso derretido, y todo el mundo contento, hablando de recetas, que si mengana los hace así, que en *La cocina casera* los vi explicados en esta forma, no sé muy bien cuándo se desató la furia de Oliver porque me di cuenta solo en el momento en que se suspendieron las fórmulas. Fue cuestión de segundos. No oí sino el final de la frase y noté la tensión: era una atmósfera de gran tragedia griega, algo así como *Electra*, horror, no sé cómo se me ocurrió pensar en semejante cosa;

en el centro estaban madre e hijo, los viernícolas quietos, ocupando los rincones como un coro de aves espantadas, el ambiente tirante, una arteria que se inflama y está a punto de estallar en algo, en un chorro, un borbotón de cosas no agradables y yo seguía sin entender muy bien lo que decía Oliver: ¡no me gustan!, o algo por el estilo, ¡no me gustan en absoluto y además es asunto mío! Luego, un silencio que nos pareció un trueno. La señora Wilson no se movía. Estaba muy pálida, pero no hacía ningún gesto. Que alguien hable, que cualquiera de los viernícolas cante o diga cualquier animalada, y de repente: las chimeneas de mi casa nunca funcionan. Un día me encontré con que dentro de una de ellas salía agua, ¡qué fastidio! ¿Se imagina usted una chimenea chorreando agua como si fuera una fuente? No supe qué hacer, por supuesto. Jamás se me ocurrió que semejante fenómeno pudiera suceder. Las chimeneas son para encender fuego, ¿verdad? ¡Por supuesto! ¡Las chimeneas son para encender fuego!, sobre todo, que la cuestión del tiraje... ¡claro!, y si llueve en invierno, pues se inundan, lógico. Bendije a la señora Keller. La bendije con toda mi alma y me arrepentí de haberla maldecido los viernes anteriores, cuando comenzaba con el tema de ¿usted qué opina? Porque mi chimenea... y no sé cuántas veces le había contestado en pésimo tono: ¡no lo sé!, no tengo ni la menor idea si las chimeneas se usan exclusivamente para hacer fuego, a lo mejor las construyen así, como las suyas; sería una equivocación del arquitecto. Y ella, la pobre señora Keller, se quedaba mirándome consternada, pensando en la posibilidad... Me hice la promesa de que jamás, en todos los viernes de mi vida, respondería mal a la señora Keller. No hubiera sido justo después de aquella noche.

Creo que ese episodio fue el que más tarde me hizo pensar en lo del complejo. En realidad, a Oliver le gustan, es

más, delira por las tostadas fritas en aceite; eso lo saben todos los habitantes de la casa. Entonces, por qué aquel discurso sobre la libertad de acto, la libertad de opinión, la libertad, la libertad... mientras ella se quedaba callada. Sospechoso. No se defendió cuando él habló de su infancia coaccionada, cuando la señaló como autora de una serie de represiones inculpándola abiertamente de ser una madre a medias. Así dijo. No creo que un discurso semejante lo produzca una frase normal, dicha en un tono simple; completamente banal, si se quiere. A ninguno de los invitados se le ocurrió pensar en nada estrambótico cuando ella empezó a decir que a su hijo le encantaba comer tostadas fritas en aceite, nadie esperó aquella explosión. No fueron más de veinte frases. Eso también puedo asegurarlo. Pero fueron veinte frases como veinte cañonazos, ¡madre mía!

Los griegos no pusieron de relieve esas cuestiones, por supuesto. Fue más tarde, cuando los psicoanalistas, psiquiatras y demás señores se preocuparon por desmenuzar el problema, y luego de entretenida disección del cerebro, pieza por pieza, tornillo por tornillo, tuerca por tuerca, regalaron a la humanidad con su diagnóstico: complejo. Simple y vulgar complejo de impotencia, infantilismo, regresión, transposición y otras fórmulas. No había para qué, pues, continuar con la búsqueda de la quinta pata. Lo de las tostadas en aceite era el más infantil y comprensible acto de impotencia, frente a la suprema fuerza de la autora de sus días. Eso también aclaraba en gran parte lo del serrucho en el sótano.

Y se aclaraba por consecuencia lógica, pues la deducción se simplifica y el resultado produce algo así como la suma de los catetos. Todo queda en su debido sitio: el ángulo. O sea, el sótano. Y a esta conclusión llegué gracias a aquella simple operación geométrica.

Uno más uno dos, más otro tres, más uno cuatro. Esperaría diez minutos y si no aparecían se iría al lago a ver las barcas. El hombrecito vestido de arlequín parecía dispuesto a seguir con el tema; ¿qué es una cosa redonda, morada y que pesa diez toneladas...? No lo sé. Pues las uvas, ¡las uvas!, descubrió el hombre de la barba rizada, ¡exacto!, ¡exactísimo!, repitieron unánimes y a ella no le pareció que fuera tanto; ¿qué hora es?, preguntó. Pues la hora del té, obviamente, observó el tipo del chaleco y continuó con sus charadas; si hoy fueran las cinco de la mañana, ¿qué día sería ayer...? Pues creo que no se puede, dijo Alicia, aburrida de tanto disparate. ¿Qué no se puede...?, vamos a ver, ¿dices que no se puede?, ¿y si a ti te gustan los árboles, no puedes mirarlos?, anotó el amigo del arlequín, que seguía fumando esa extraña hoja de parra; pero es que no es lo mismo, adujo, ¿qué no es lo mismo?, dijo uno, ¿que no es lo mismo?, armonizó el otro, y formaron una ronda dejándola en el medio mientras canturreaban algo de los árboles y ella definitivamente se cansó de esperar y de aguantar tanto alboroto y

Por otra parte, no creo que Oliver produzca otra cosa fuera del ruido. Mejor dicho, no creo que construya nada en el sótano. Porque si al principio pensé de muy buena fe que se ocupaba de hacer algo, una estantería para los libros de ciencia ficción, digamos, o un barco pequeño... fue una idea loca, ya lo sé. De repente se me ocurrió que lo que Oliver estaba construyendo era un barco. Ni siquiera medí las consecuencias de semejante idea, no medí la puerta, quiero decir, ¿cómo iba a meter un barco allí? O sea, ¿cómo iba a sacarlo luego? ¡Idiota! En fin. Descarté la posibilidad del barco, pero seguí trabajándole a la manía de serruchar, hasta que la lógica y otra pequeña suma trajeron el resultado consecuente. Y así quedó la operación. Uno, la señora Wilson sufría de jaquecas

terribles todos los fines de semana. Dos, el ruido del sótano se suspendía solo en los casos en que la señora Wilson salía de la casa. Conclusión parcial: serrucheo más dolor de cabeza igual huida. Conclusión total: el serrucheo es un acto gratuito, *my dear*⁹ W., o mejor fuera si dijéramos que el serrucheo de los fines de semana es la más perfecta, Watson *dear*, la más refinada, inocente y eficaz de las torturas; ¿claro como el agua?

Y una vez cumplida la dulce venganza el victimario se refocila en su guarida. Tranquilo esta vez, devorando toneladas de historias marcianas, creando, a lo mejor, nuevos sistemas de tortura; quién puede adivinar lo que Oliver trama por detrás de sus gafas.

Cada vez que hace su aparición un hijo del difunto señor lord, la casa sufre serios desajustes. Hasta el momento Susan y Oliver, ya es suficiente, y esperemos que lo de la bendición papal sea una falsa alarma.

Y si no sigo con el cuento, se cansó de esperar a que regresaran del bar. Se cansó de esperar

se cansó y decidió irse al lago

decidió irse al lago, pues se cansó de esperar

Se dio cuenta de que no vendrían nunca y se cansó
era inútil esperarlos

No se iba a quedar esperando toda la vida a que los muy idiotas regresaran de tomarse una cerveza.

No se iba a quedar esperando toda la vida, por supuesto

Lógicamente la vida es muy larga como para esperar a que dos idiotas se tomen una cerveza.

Una cerveza no es ni mucho menos un motivo para esperar la vida entera a que alguien

.....
⁹ Mi querido.

Una cerveza no es ni mucho menos

Ni mucho menos vale la pena, pensó, y la vida no es tan larga como para pasársela esperando a que regresen, así que decidió irse.

¿A dónde? Hacia ninguna parte. ¿Ninguna parte...? ¿Por qué?

metafísica metafísica

ninguna parte no existe

así que decidió irse. En la máquina del tiempo. ¡Hola! ¿De qué signo eres? De Acuario, ¿y tú? Virgo. Práctica, analítica, crítica, ahorrativa, buena ama de casa.

Cada vez que hace su aparición un hijo del difunto lord, la casa se vuelve patas arriba. Un día se me ocurrió preguntar ¿y Johnathan, dónde está...?, dicho en tono casual, solamente para sondear el ambiente, claro, y sin imaginar ni por asomo que se fuera a producir tan mortajal silencio en el auditorio. ¿Johnathan...?, inquirió al mucho rato la señora Wilson, como si yo hubiera preguntado por el veneno para las ratas; ¿cuál Johnathan? Y otra vez como en el cementerio. ¡Pues Johnathan! Fue mi primer impulso, Johnathan el hijo mayor del lord, su señor marido, mi estimada señora Wilson. ¡Ese mismo! Pero me contuve. Si la señora Wilson tenía el coraje, la sangre fría de ignorar en público a su primogénito, no había nada más que añadir. No mencioné la bendición del papa. Era un argumento inútil.

Buena ama de casa. Aburrida ama de casa. Perfecta ama de casa. Virgo. Mi horóscopo dice que este año va a ser el comienzo de un ciclo benéfico que durará cinco años y que será el mejor de mi vida. ¿Y el tuyo? ¿Con quién está hablando?

Así que decidió irse. Cerca al lago, sentada en un banco, vio una muchacha que leía una revista y como estaba

aburrida de esperar a que los dos idiotas se tomaran sus cervezas, decidió charlar un rato con la chica que estaba sentada en el banco, leyendo el libro, y estoy pensando en otra cosa y no tengo ni idea de lo que estoy escribiendo y

El mío dice que será definitivamente el ciclo de la paz. La conjunción de Marte y Mercurio dejan campo al Sol, Urano y Venus, que son benéficos. ¿Comprendes? Comprendo. Acuario y Virgo son incompatibles, así que mejor va a sentarse bajo los árboles y oye el concierto.



¿Cuál Johnathan...? Me quedé muda. Yo creía que ella se había olvidado de mi pregunta, hacía ya días del asunto, ¿me puede decir de dónde sacó ese nombre...? Quién me obligaba a meter las narices donde no me importaba, situación color de hormiga, se llama esa figura; menos mal que en el momento del interrogatorio la señora Keller bajaba a hacer no sé qué, a la cocina.

Y ya van dos veces. En definitiva, no solo habrá que guardarle respeto a la señora Keller, sino también las etiquetas de Nescafé, las estampillas verdes del supermercado, las de los jugos de pamplemusa¹⁰, Tide, los Cornflakes y todo, absolutamente todo, entregárselo con puntualidad religiosa. Para sus rifas. Ella espera ganarse algún día un Mini Morris, una casa, dos docenas de jabón, un viaje a Bermudas, gasolina para un año, una muñeca que se hace pipí en el pañal, son concursos millonarios esos de las etiquetas. El otro día la oí diciendo que los mejores concursos eran los de los cigarrillos Players, pero que por desgracia ella no fumaba. Pues también voy a coleccionarlos de mañana en adelante, se lo merece.

.....
¹⁰ Pomelo.

No pocas veces me conmueve la seguridad, la fe, la inocencia con que ciertas personas entregan su bolso, su virginidad y su futuro a instituciones tales como las etiquetas de los cigarrillos Players. La señora Keller es una mujer combativa, de ambiciones tomar, de diccionario en ristre. Aprende ruso y tiene una hija en la academia de *ballet*. Eso está bien. Lo del ruso no se lo ha mencionado a la señora Wilson, ni más faltaba, la dejaría automáticamente sin vivienda, nunca se sabe... un foco comunista, ¡por Dios!, no, mejor no decirselo, más bien quedamos con el inglés, *God save the Queen*¹¹, y listos. Lo único que continúa molestándome de la señora Keller es la venta de tarjetas y prendedores de *mink* en los períodos navideños. No lo soporto. Atavismo precoz, nada que hacerle, desde mi tierna infancia detesto los pinos con velitas y estrellas de papel plateado y papá Noel preguntando si has sido buena niña, si has hecho tus deberes, y decíamos que me instigaba: ¿de dónde desenterró usted ese nombre? ¿De dónde? ¿De dónde...? A quemarropa, tiros de metrallera, horror, ¿de dónde? De la Biblia; era el mejor amigo del rey David, ¡nooo!, no me lo va a creer. Además, yo pregunté por un Johnathan del siglo XX, más que obvio, de dónde, ¡oh!, Luzbel, hijo de Satán, de dónde se me ocurrió, ¡maldita sea! Qué hados malignos depositaron en mi cerebro, en mi corazón y en mi lengua el nombre del impuro, del santo-santo-santo, ¡piedad! Atenuad, ¡oh dioses!, la furia de las ménades. ¡Socorro! Metida en camisa de once varas, ¿y ahora cómo hacía?

Mencionar la bendición papal significaba lanzarme de cabeza en las llamas, pues la bendición está nada menos que en

.....
¹¹ Dios salve a la reina.

el *sancta sanctorum*, donde es tabú poner los pies. ¡Como si allí estuviera el tesoro de la corona! Todo consiste en una chimenea falsa, dos estatuas ídem del período rococó, una colección de libros sobre la vida de Cristo, vidas de santas, el matrimonio católico y la autobiografía de Eleonor Roosevelt; aquello lo tiene para impresionar, claro, no ha leído dos páginas seguidas de la vida de nadie, mera apariencia. Su alcoba la refleja a ella como un espejo y lo que uno ve está allí, por supuesto, igual, pero al revés.

Está escrito en la bendición papal, yo lo vi un día que usted me mandó a recoger un recibo de su alcoba... ¡lógico! ¡Dónde más iba a estar, con letras góticas, su santidad Pío XII, etcétera!, ¡alabada sea tres veces la señora Keller! Bajaba la escalera, envuelta en su bata color zapote desteñido y sonreía como una madona bizantina, ¡qué madona!, las cosas que se le ocurren a uno cuando el miedo lo acogota, el caso es que bajaba con su bata zapote desteñido y realmente faltó poco para que me arrodillara como ante cualquier Virgen del Perpetuo Socorro. ¡Ahh!, ¿de veras...? Victoria inmarcesible; no lo había pensado...

¿Así no más? Como cuando uno dice: voy a la tienda porque se me terminaron los fósforos. ¿No es de morir-se? Yo armando una cruz diablo, los diez mandamientos de Cecil B. de Mille, y ahora resulta que todo termina en *Lo que el viento se llevó...* Qué espectáculo. ¿Así no más, señora Wilson? ¿Y entonces por qué aquel silencio? Aquella respuesta forrada en atmósfera ártica, aquel, ¿cuál Johnathan...? ¿De veras, señora Wilson? ¿Cuál Johnathan? ¿Qué le parece! ¿De dónde cree usted que provienen las bendiciones papales, señora Wilson? ¿Dónde se originan? Pero como de costumbre en esos casos, mi cerebro se negó a transmitir la orden, se armó un corto circuito y lo que me

oí diciendo fue: sí, un día, no sé quién comentó en la cocina lo de la bendición papal.

No es ni mucho menos el final del cuento, como bien se lo creyó la señora Wilson.

Y por supuesto que, si no escribo hoy, se me irá el año entero con la misma historia.

Ella resuelve sentarse bajo la ronda de árboles y escuchar el concierto.

Por un rato no hace otra cosa que mirar el bigotón del director, un mostacho blanco que le atraviesa la cara regordeta, de este a oeste, como si fuera un metrónomo. Se mueve al compás de la música, qué divertido, mientras la varita va y viene y las gaitas se inflan y desinflan, el bigote para aquí, el bigote para allá, el público silba y canta y los niños se ríen del mostacho. Es una tarde cálida y el director sonrío también. El baile comienza.

Que son veinte centavos, le dice otra vez el hombre y ella se sienta de nuevo en la hierba, no le interesa.

En el tablado las parejas dan saltos como si tuvieran resortes en los pies. Usan zapatillas de *ballet*, con cintas negras que les suben por las piernas casi hasta la rodilla, medias de cuadros rojosverdesamarillos, la gaita se infla y se desinfla, es una tarde con muchos colores y el sol se cuele por entre la ronda de árboles como si fuera el reflector de un teatro.

*Then in a wailful choir*¹², no recuerda lo demás. Mira la estatua del poeta, *then in a wailful choir... then in a wailful...* es una poesía de Byron. No. No está segura. Su vestido de bronce, la corbata de bronce, los zapatos bronceos, la cabeza... ¿o de Thomas? *Then in a wailful choir the small gnats mourn/along the river willows*¹³, ¿qué pensarán los poetas de

.....
¹² Cual lastimero coro [...]

¹³ Cual lastimero coro los mosquitos se quejan/en los sauces del río [...]

bronce? No lo sabe. Ni el poema tampoco. La inmortalidad, el mirar infinitamente con ojos de bronce, *or sinking as the light wind lives or dies*¹⁴. Cuando alguien lo escribió, en una tarde como esta, miraba de seguro el río y añoraba el coro de las gaitas. Él la observa a su vez con ojos quietos. Claro que no fui yo, parece decirle. Entonces, ¿quién? No tenía ni idea, le contestó el hombre y por tercera vez le cobró la silla. Pero alguien lo había escrito, ¿no? Sí, por supuesto. Él, por su parte, limpiaba todos los días la capa del poeta. Era su oficio.

Ella dijo que no tenía dinero y el hombre se rio con simpatía: podía disfrutar de la silla todo el tiempo que se le antojara. ¿Cómo era el poema? *It might be months, or years, or days...*¹⁵. Ahora es al revés: él es la oruga, pensó, pero no se lo dijo, porque él no iba a comprender. Podían ser días o años o meses, ¿de qué? De contemplar con ojos de bronce la primavera y el río. Días o meses o años de inmortal aburrimiento. Inmarcesible e inútil gloria póstuma, eterno mirar de las hojas cayéndose, una era y otra, una invasión y otra, siempre de bronce, sin remedio, remedo idiota de hombre, puesto que no podía utilizar nunca más su cerebro, ni siquiera sufrir, solo esperar, indefinidamente, siempre, el ir y venir de las palomas, del invierno, de los niños, y el lago con las barcas; impotente mirada, ojos sin lágrimas, *it might be months, or years, or days*. No le gustaba para nada esa inmortalidad falsa. Los hombres, además, ni siquiera se acuerdan del resto del poema.

Es muy difícil. Hacer que las palabras resulten antipalabras o las cosas anticosas no es la solución a nada. Es más bien una puerta falsa. Es el mundo del espejo y entonces no

.....
¹⁴ [...] o descendiendo/conforme el leve viento se reaviva o muere

¹⁵ Podían ser meses o años o días...

siempre decir lo que significa algo es significar lo que decimos. Lo del poeta está claro, pero la intención tiene una doble partida. Inmortalidad versus memoria. Otra victoria pírrica. ¡Qué enredo, madre mía! ¿Y lo de la oruga? Claro que la gente se va a preguntar, ¿y lo de la oruga? Mejor suprimirlo.

Ella resuelve sentarse bajo la ronda de árboles y escuchar el concierto.

Por un rato no hace otra cosa que mirar el bigotón del director, un mostacho blanco que le atraviesa la cara regordeta, de este a oeste, como si fuera un metrónomo. En el tablado las parejas dan saltos como si tuvieran resortes en los pies y el público silba y canta y los niños se burlan del mostacho moviéndose al compás de la música, las gaitas desinflándose y chirriando como cigarras en verano, los bailarines con zapatillas de *ballet*: es una tarde invertebrada. Las cosas se mueven, giran, van de un lado a otro sin intención definida y se tumba en actitud lúbrica sobre la silla de lona, respira, aspira, mueve los pies, junta las rodillas, balancea con suavidad las piernas comprobando su perfecto equilibrio, cierra los ojos mientras la posesión se concretiza, el aire, las ramas de los árboles, el sonido deslizándose como un tobogán, aglutinándose en algún punto desconocido, partiendo luego como un cohete hasta que el eje se detiene, se suspende sobre su cabeza, la observa, no es un eje. Abre los ojos y descubre la ciudad sumergida, profunda, de techos grises de pizarra, planos, trapezoides, agudos, cada vez más abajo, las nubes dibujando extraños osos hormigueros y entonces estira los brazos hacia el infinito; el eje sigue suspendido, anclado en el espacio, detiene el gesto y sabe que la llave está en la mesa de vidrio, ¿cuál llave?, y que si cruza el viento será suya, la llave está en la copa de los árboles, piensa, y observa cómo la ciudad se despaturre, se achiquita, el río, su

piel le escuece, el eje la penetra lastimándola, hay que detenerlo, la traspasa, la machaca como un yunque mecánico sin control, mueve los pies, mueve los pies, mueve los pies que le obedecen sin oponer resistencia, los árboles, sus rodillas, la gaita desinflándose; se ríe bajito y cuando el tipo le dice por tercera vez que tiene que pagar la silla, no le importa.

El concierto se termina.

No es ni mucho menos el final del cuento. En cierto modo, sería más bien el comienzo, porque en esa misma semana, como dos días después de lo de la bendición papal, llamó Johnathan por teléfono.

No dijo quién hablaba, pero aún sin identificación, nada más por el tono, la manera como preguntó por la señora Wilson, me hizo suponer que se trataba de él. ¿Quiere dejarle algún mensaje? ¿Mensaje? Ahhh, ohh, noo, gracias, llamaré más tarde.

Doblemente segura. No era la voz del general, ni la del embajador polaco, ni la del vendedor de aspiradoras, ni la de su jefe, ni la del indio que quería comprar una colección de la enciclopedia infantil, para qué dudar más, claro que fue un golpe de intuición, ¿entonces le digo que la llamó su hijo Johnathan? Silencio. Silencio interrogativo al otro lado de la línea y luego el no, gracias, ningún mensaje, clic.



Ese viernes se enroló a los viernícolas. Se recostó contra el borde de la chimenea y me miró con ojos que no decían nada, dejando que su vaso de whisky se bamboleara con naturalidad. Lo sostenía con el ademán de quien está habituado a recostarse al borde de las chimeneas, esbozar una sonrisa leonardesca y dejar que su vaso siga con elegancia el gesto de la mano sin que se derrame una gota; ¡con que ese era el homónimo amigo íntimo del rey David! Me inspeccionó de arriba abajo sin dirigirme la palabra en toda la velada. Me espío desde su ángulo mientras hablaba con gran propiedad de los globos de fuego y bebía *whisky on the rocks*¹⁶.

Al despedirse de la señora Wilson, se dio cuenta de que yo lo observaba y entonces la besó en la mejilla como si fuera la cosa más natural del mundo, y gran sorpresa de la madre, que no se lo esperaba, lógico. Hasta pronto, saludó con aire de genio burlón; a lo mejor le habían contado ya lo de la bendición papal, ¡y qué...! Espero que tengamos oportunidad de hablar más largo. ¡Claro que sí! Me interesa su teoría sobre los globos marcianos, dije, mirándolo con ojos que no decían nada y dedicándole la sonrisa más ambigua de mi

.....
¹⁶ *Whisky* en las rocas.

repertorio. Más o menos así fue mi primer encuentro con el hijo pródigo. Que, por lo demás, no solamente no se comportaba como tal, sino que daba la fuerte impresión de tener la sartén por el mango.

Y nadie hubiera dicho que de allí, de aquel primer contacto en el salón de los viernícolas, gracias a los globos de fuego y a las miradas color del tiempo, el nudo gordiano —o sea, el hilo que serviría para llegar a él— comenzó a desatarse.

El nudo representaba la otra cara de la medalla, por lo visto. Exactamente el reverso de lo que la señora Wilson se empeñaba en demostrar a su auditorio, sus huéspedes, sus inquilinos, sus señores amantes, sus honorables jefes, sus clientes enciclopédicos, sus subalternos y el resto de la patota. Ya lo sabía yo.

Johnathan no se dio cuenta de mis multiplicaciones ni divisiones porque le contesté en tono indiferente ¿tu hermana Jennifer...? ¡Claro! Está en América, ¿no? La botella de ron de Jamaica, más los collares de conchas para Dido-boticas-de-plata, más la bendición especial de su santidad, tiene dos hijos, ¿verdad? No. Tres. Bueno, su santidad ya pasó a mejor vida y en ese lapso tuvo tiempo de hacer un tercero; ya estaba el cuadro completo. ¿Y nunca vienen...? No. Nunca venía, o sea, vendría para Navidad, luego de una ausencia de casi seis años, era muy simpática: se parecía a él, con el pelo rubio cenizo y espigada. Hacía de modelo, el marido trabajaba con una empresa petrolera, se estaba haciendo millonario, ¿y tenía los ojos como los suyos? Sí, también: azules, como canicas de cristal.

Una chispa seguida de otra, nada de sonrisitas monalisa, él fumaba y fumaba y me iba contando, mientras yo recorría la biblioteca llena de libros escritos en persa y miraba los objetos que tenía en su mesa de noche. Eran amuletos.

Algunos de ellos tenían hierbas dentro, hongos o no sé qué, comenzó a contarme en el salón de la señora Wilson, y luego me dijo: ¿por qué no viene conmigo a casa y se los muestro? Son muy interesantes. Sí, claro. Pero más interesante la cara de su madre, cuando nos descubrió *tête-à-tête*¹⁷ al lado de la chimenea. Creí que le daba un soponcio, estaba nerviosísima; se acercaba con el pretexto de atizar el fuego: ¡hola! ¿te diviertes, Johnathan *dear*?, sin dejar de caminar de aquí para allá, como picada del tábano, ¡qué nervios!, y él, como si nada pasara, seguía explicándome lo de los hongos y de no sé qué amuletos que servían para someter a las personas, cosas como de brujos; y dije que por supuesto, que me moriría por verlos.

Di las buenas noches a los viernícolas, subí a mi habitación, me desvestí volando, me puse las medias color mora en leche, la falda súper mini, el astracán liso que me compré el otro día en el mercado de las pulgas y me colé en puntillas por la puerta de atrás. Me metí en el coche de Johnathan, que me había dado las llaves, y lo esperé en la esquina, sin encender las luces, como me había dicho. Salió al rato partiéndose de risa, porque además le había robado a su madre una botella de White Horse. Entonces nos fuimos a su apartamento. En Chelsea.

El olor a incienso era delicioso, como si de verdad estuviéramos en un templo hindú. Johnathan me dio un cigarrillo, le pedí que descifrara el manuscrito y leyó una frase que se parecía a un proverbio árabe, algo así como siéntate en la puerta de tu casa y verás los cadáveres pasar en invierno, pregunté que por qué en invierno y me explicó un montón

.....
¹⁷ Frente a frente.

de cosas; sabía todo Johnathan. Era epigrafista y no había cábala ni manuscrito que no pudiera descifrar, ¡envidiable! Habló después de los egipcios, yo me sentía navegando por el río Nilo: la habitación parecía una góndola de lujo con cortinas de brocado, candelabros antiguos; son muy elegantes los apartamentos de Chelsea, cuestan un ojo de la cara, ¿de qué vivía Johnathan? De su madre no, eso seguro. ¿Te pagan mucho dinero cuando descifras un manuscrito? No. No los descifro para que me paguen, lo hago porque me divierte... y entonces, ¿cómo hacía? El Nilo azul, azul verdoso, y Cleopatra lo recorría en su barca llena de esclavas y tigres y áspides, la muerte de Cleopatra; un día vi un cuadro que se llamaba así, *La muerte de Cleopatra*, en el que las serpientes se le enroscaban, ¿verdad que es una muerte que no se siente? No. No se siente. Me acomodé en el diván, a su lado, y él comenzó a acariciarme lentamente, con sus manos largas y finas; me apretaba contra su cuerpo y seguía contándome historias de cuando era pequeño. ¿Te gustan mis medias color mora en leche? Me recorrió las piernas, desde el tobillo hasta más arriba del muslo, no sabía que eran color mora en leche; soy daltónico, y comenzó a besarme. Primero con dulzura, luego fue aumentando de ritmo, quítate las medias, no me gusta el color mora en leche. Pero ¿no dijiste que eras daltónico?, y me desvistió sin prisa, después de las medias la supermini, las manos me quemaban el estómago, qué muerte más linda, me gustaría estar siempre así, rodeada de serpientes, mordida por un áspid, el río parecía en creciente, se agitaba en remolinos muy fuertes, más fuertes, más... comencé a morderlo, ¿quién te gusta más?, ¿Cleopatra o Nefertiti?; revolvía con violencia mi pelo corto, me daba tirones como si quisiera arrancármelo, ¿quién te gusta más...? No me tires el pelo. ¿Quién?, ¿Cleopatra o

Nefertiti?, y seguía mordiéndole los labios, soy un áspid... y comencé a enrollarle el cordón con el amuleto en forma de media luna que llevaba al cuello y que me estaba fastidiando, con esto voy a vencerte... con esto voy... pero no pude terminar porque comenzó a penetrarme con frenesí de poseso; ¡déjalo!, deja eso... y su voz desde allá abajo, desde el fondo, y un grito y otro, y entonces comencé a dar golpes contra la quilla de la góndola que giraba en redondo como si hubiera perdido el control, hasta que mi cuerpo se quedó suspendido en medio del río, a merced de la media luna que amenazaba con degollarme, con cortar el hilo; comencé a dar brazadas, a tratar de llegar lentamente a la orilla, pero de repente sentí aquel golpe seco, ese grito absurdo que me perforó hasta más allá de los sentidos, ¡que no lo toques, te digo!, y me arrebató la media luna abriéndome los dedos hasta hacerme daño, urgándome la palma de la mano como si en ella pudiera encontrar algo más que las líneas marcadas y rojas, ¡no me gusta Cleopatra, ni Nefertiti, ni mi madre, todas son áspides!, bufó. Vístete, ¿no te da vergüenza? ¡Cómo que si me daba vergüenza! Más debería darle a él, diciendo esas cosas. ¿Y tu hermana Jennifer también es un áspid? ¿Eh...? ¿También? Lo dejé de palo, creo, porque no respondió enseguida. Vístete, siguió gritando, ¡no!, dije, ¡vístete, te digo! Y comenzó él mismo a ponerme la minifalda y las medias moradas, y después me llevó a casa.

Fue en el camino que se me ocurrió lo del nudo gordiano, ¿por qué te portaste así?, pero él siguió inmutable, conduciendo a una velocidad estúpida y saltándose los semáforos en rojo como si quisiera llegar de un tirón al cementerio. ¡Que no me interesa morirme!, dije al borde de la histeria, no seas ridículo y explícame: ¿por qué lo hiciste? ¿El qué...?, contestó con un tono amable, ¿el qué quieres que te

explique...?; un nudo gordiano que sin duda alguna estaba agarrando por la punta que no era. El amuleto era uno de los resortes. Y su madre tenía mucho que ver en todo aquello, por supuesto. ¿Y quién más...? Yo dije lo de Jennifer para sondear el asunto, pero la reacción no fue la que yo me esperaba, ¿por qué no me dejaste tocar el amuleto?

El frenazo me hizo dar con la cabeza en el vidrio delantero, ¿cuál amuleto...? ¿De qué demonios hablas?, y arrancó con la misma violencia con que había frenado sin hacer caso del chichón que se me estaba haciendo en la frente.

Jennifer fue todo lo contrario de un áspid cuando llegó en las vacaciones de Navidad. Para esa época vinieron también las otras niñas, las hijas del matrimonio con el señor Wilson: Sara y Judith. Dos criaturas rubias y blancas como ángeles de Piero della Francesca, que permanecían en su habitación, salvo en las horas de las comidas; intervalos en que bajaban a la cocina sin atravesar palabra con nadie.

Esa misma semana, durante la velada en el salón, la señora Wilson las presentó a los viernícolas con cara de madre orgullosa. Las empachó de bizcochos y tostadas con queso derretido, son adorables, mi Sara y mi Judith, ¿verdad?; palmaditas y pellizquitos en los cachetes; su Sara y su Judith muy quietas, muy compuestas, soportando bizcochos y pellizcos con sus caritas angélicas, ¡qué asco! Y al día siguiente la misma cosa. La orden terminante de jugar a las muñecas.

Y aquí llega mi cuento, o sea, lo de la otra cara de la medalla. Porque, digo yo, ¿se necesita un indicio más evidente? ¿Se puede acaso soportar una madre que condena a sus hijas, las empareda las veinticuatro horas del día, obligándolas a vestir y desvestir aquellos seres de paja y con cerebro plástico, a dialogar con ellas, tomar el té con ellas?, ¿se necesita otro síntoma, repito, para entender que los ángeles rubios perdieron la paciencia, se aburrieron a muerte de aquel

monólogo de trapo, del encierro en su torre de caramelo y decidieron un buen día, sí, esperar la noche propicia? Luna llena, a la hora en que las brujas recorren el cielo con su escoba para llegar al cine más rápido, y lo de la historia del rapto puede entenderse como una coartada recurrente. Demasiado fácil. Había que revisar desde el comienzo el argumento.

La clave absoluta la dio Jennifer, quien, como decía, ni áspid ni nada. Era más bien una gacela de ojos huidizos, ingenuos, con el cabello hasta la cintura, que sonreía con amabilidad a los inquilinos de la casa, usaba un traje por la mañana, un traje al mediodía y otro a la hora de la cena, se notaba a la legua que era modelo, ¡preciosos!, y de vez en cuando se peleaba con su marido. Nada del otro mundo.

Si hubieran visto las discusiones de mi madre con su marido, el señor Wilson, nos contó a mí y a la señora Keller, aquella tarde de la vigilia navideña, mientras nos dedicábamos a los preparativos, ¡esas sí que eran batallas de película muda! Con costillas y cráneo rotos, pero no era un hombre violento, su padrastro, aseguraba Jennifer, parecía más bien un pan recién sacado del horno. Un tipo que desde que amanecía contestaba a todo no, querida, o, sí, querida, lo que lógicamente descomponía el hígado de la señora Wilson. Nada de raro en ella, que por principio detesta la resistencia pasiva, arguyó la señora Keller, y continuó con ¿alguien quiere un poco de tarta de ciruela?, como si la resistencia pasiva fuera algo de comer, o yo qué sé. Aquello de las costillas rotas y el cráneo fracturado no era un postre agradable, por supuesto, ¿y sucedía siempre lo de las batallas?, me atreví, para que Jennifer no pensara que yo también tomaba a lo frívolo su historia. Pues sí, casi siempre, por esto o por lo de más allá, siempre peleándose, hasta el verano, se entiendo. ¿Y qué tenía que ver...?, estuve a punto, pero no dije

nada, era indiscreto, ¿y qué tenía que ver...?, apuntó, claro está, ella, la preguntona, la de la tarta de ciruela, pues que era la temporada a la orilla del mar, y entonces el señor Wilson se dedicaba a la pesca submarina.

Jennifer y su padrastro se pasaban las horas muertas del verano buceando, sin pescar nada a lo mejor, mirando los corales o zambulléndose hasta el fondo de algas, todo muy apacible, muy lindo, hasta que una mañana la señora Wilson montó en cólera. Nadie se enteraba de nada, cuando empezó a desbarrar como una tarabita, todo un enredo. Gran despelote cuando empezó a gritar que si complicidad, promiscuidad, vulgaridad, nadie entendía, que no iba a consentirlo más, ¡exhibiéndose por la playa vestida de esa forma!, bufaba como un búfalo. Como si yo anduviera biringa al aire libre, explicó Jennifer a la señora Keller antes de que a esta se le ocurriera interrumpir con cualquier disparate, ¡si lo que tenía puesto era un vulgar y simple bikini!, ¡ahhh...!, dijo aquella, como si no entendiera bien qué cosa era un bikini, sabrá miruz qué diablo de mosca la picó, añadió al fin en tono solidario, sí, por supuesto, esa misma tarde la obligaron a empacar su maleta, tomar un tren rumbo a la finca de la abuela, y fin de la pesca submarina.

En casa de la abuela estaba Johnathan, que jamás pasó vacaciones con su madre, pues detestaba al señor Wilson.

La afición de su hermano era cabalgar con el tío Georges, leer en la biblioteca con el tío Georges, hacer caminatas con el tío, ¡desesperante! Ni siquiera al lago podía ir con ellos. Otro día, le decían, pero lo que hacían era segregarla como si tuviera peste; los dos amangualados y ella vagando por ahí como ánima en pena: aburridísimo. Tampoco James, el cocinero, tenía tiempo para contarle historias. Todo cambiaba. No era como en la época de invierno, cuando la gente se quedaba charlando

al lado de la chimenea y ella asistía a la tertulia hasta muy tarde, jugando con los gatos y los pekineses de la abuela. James preparaba pudines y tartas de todos los sabores y le contaba cien veces el mismo cuento, ¿y se los comía...?, preguntaba ella, aterrada, cuando llegaba a la parte donde la bruja agarraba a los niños, y James, sí, se los comía crudos, y ella miraba hipnotizada cómo aquella masa se iba inflando detrás del vidrio del horno, toda recamada de chocolate o de nueces, ¿a qué saben los niños crudos?, le preguntaba a James, pero él nunca le dijo.

Tom, el jardinero, se encargaba de cuidar los perros y esa era otra de las cosas divertidas del invierno: la ceremonia de los pekineses blancos. Había que seguir al pie de la letra las indicaciones escritas en el pergamino que colgaba de la puerta de la cocina y que ella leyó hasta que se aprendió de memoria.

PEKINESES BLANCOS

Comidas: Jamás darles: chocolate, azúcar, patatas
Una comida al día de 150 a 200 gr de
carne (deshuesada o en pedazos) sin grasa
Ensalada cocida
Zanahoria raspada
De vez en cuando, un poco de arroz.

Mañana, Un comprimido de Vetzyme (vitamina)
tarde y noche: Una galleta Spratt (ovalada)

Noche: Una galleta de mantequilla (*petit beurre*¹⁸)

.....
¹⁸ Poca mantequilla.

*Toilette*¹⁹: Una vez por día: cepillar cuidadosamente el pelo. Peinarlos.

A las hembras: Con un paño de tisú impregnado de agua de lavanda al 20%, limpiar el vientre.
Evitar los baños completos.
Lavar las patas vigorosamente.
Cepillar el pelo, si está sucio, con polvo talco de buena calidad.

Ojos: Todos los días lavarlos con agua de rosas.

Orejas: Muy delicadas: limpiarlas en seco; de preferencia, con un poco de algodón, todos los días.

Nariz: Pasar un poco de algodón seco por debajo de la nariz, muy delicadamente.

Era una época en la que no se pensaba en cabalgatas ni en nada de esas cosas, y aunque el tío se encerrara con Johnathan en el salón de estar a leer novelas en francés, no le importaba tanto.

Durante muchos años se celebró allí la Navidad, a la que asistían el tío, el señor y la señora Wilson, Johnathan, ella, James, John el chofer, Tom y la abuela. Oliver y Susan estaban muy pequeños. Los mandaban a dormir muy temprano y no se enteraban de nada; los regalos los encontraban al día siguiente bajo el árbol. Durante no sé cuántas vigili-

.....
¹⁹ Baño.

navideñas se repitió la historia: la cena con las velas amarillas y verdes, el mantel de encaje, las copas que no podían romperse porque a la abuela le daba un infarto, la vajilla pintada con pájaros exóticos, su tío y su madre vestidos como para una noche de ópera, su padrastro incómodo con el corbatín, la abuela con el vestido de su boda, blanco cremoso de tan usado que estaba, la tarta de ciruela, buena, siempre buena, y había que comer sin que los codos quedaran encima de la mesa, usar la servilleta sin mancharla, la medianoche, y ellos mirando de reojo para el árbol; el tío Georges decía otro año que se nos está acabando y la abuela, sí, otro año, y la madre, sí, un año más... y ellos sin despintar los ojos de la chimenea. Hasta que se murió la abuela.

A las cuatro de la tarde la casa empezó a parecerse a un cuartel de maniobras. Todos revoloteando como pájaros carpinteros: Oliver serrucha que serrucha, los ángeles de Piero della Francesca muy calladitos, sentados ante una pila de cintas rojas y cintas verdes, fabricando lazos y lacitos; la señora Wilson dando órdenes y contraórdenes, quitando y poniendo; el salón patas arriba, la copia del Murillo descolgada, el reloj del siglo XVII sobre el escritorio y el diván de terciopelo estorbando en la entrada y, para colmo, la Elefanta irrumpió en la cocina con la idea de preparar no sé cuál porquería que le gustaba a Charles, nadie paraba. Como si de repente nos hubiera atacado el virus, la fiebre navideña colectiva, la locura furiosa.

La señora Keller aprovechó, lógicamente, para ofrecer sus prendedores y tarjetas. Desde hacía una semana andaba con el cuento, con sus alforjas llenas. Eran de contrabando, anunciaba ufanísima, ¿no le daba vergüenza contribuir al desequilibrio del presupuesto del país? La más mínima. Y el barrio entero lucía un prendedor de mink en la solapa. Que no tenía dinero, le dije; no me daba la gana, más bien, andar uniformada con todas esas viejas.

Llegaron las ocho y media, y de ese momento en adelante cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Digno de una cámara de cine, con parlante estereofónico y pantalla grande.

Primero el comedor.

Engalanado con festones, cintas, bolitas de colores, flores y de cuanta cosa creó Marks & Spencer para tales festejos; una kermés, una fiesta brava, jamás había visto un despliegue luminoso-florido-colorido tan concentrado; el comedor es al mismo tiempo la cocina, así que el espacio no es ni mucho menos el de un salón de Versalles, pero tenía el mismo aspecto: ¡alucinante! Una cena de Navidad con todas las de la ley. Se servía en la vajilla de Navidad, los vasos de Navidad, el mantel de Navidad, con candelabros de Navidad, y los cubiertos de plata, por supuesto, no faltaba nada. Todo impecable.

Estábamos bajando al comedor, en el momento en que el reloj del salón daba la hora, cuando sonó también el timbre de la puerta, ¡vaya! ¿quién podría ser, precisamente en ese momento y el día de la vigilia de Navidad? Será el cartero, dijo Jennifer, y fue a abrir. Pero no era ningún cartero. Era Roman, o lo que apenas alcanzamos a reconocer de él, pues lo que primero apareció fue una canasta gigante, de rosas amarillas, y luego el resto de su cuerpo, su voz saliendo por en medio de las flores, perdóneme por haberme presentado así, lo siento mucho, y no sé por qué, a no ser que por tener que cargar él mismo con semejante canasta, el servicio de floristas no funciona, hay demasiado recargo, por supuesto, dije: es Navidad, y me di cuenta de que nadie había abierto la boca hasta ese momento. Roman seguía ahí, parado en la puerta, disculpándose por traer la más espléndida canasta de rosas que yo había visto, y la señora Wilson no se movía; parecía como si la hubieran clavado en la escalera. Jennifer al fin reaccionó y le dijo que no se preocupara; que entrara; que ella le recibía la canasta.

Fue muy rápido todo. Roman, Jennifer, recibiendo las flores: por favor, que siguiera hasta el comedor, y todos detrás, bajando los cuatro escalones que conducían a la kermés, cuando la pregunta de la señora Wilson: ¿Quién te ha invitado? —los que nos quedamos petrificados esta vez fuimos nosotros—, ¿cómo te atreves a venir a mi casa...? Y él quieto, de espaldas; yo veía su cabeza blanca inclinándose ligeramente hacia la derecha, como si fuera a decir, no, no es posible, pero no hablaba, más bien creo que estaba temblando, ¡pobre!

El capítulo de Roman está un poco confuso. Susan me contó que a los treinta y cinco años era un científico de renombre en su país, fue víctima de la persecución nazi y terminó en Inglaterra como funcionario de la Embajada polaca. En la época en que la señora Wilson jugaba a uno de sus juegos de señora francesa, él fue su favorito, según dicen, pero cayó en desgracia por motivos que nadie logró desentrañar, o deslazar, más bien. El misterio está guardado en la esquila azul que yace en la caja de malaquita, estoy segura; pero no soy nadie para juzgar el caso, por supuesto. Yo a Roman lo vi solo tres veces. La primera, un domingo que vino a preguntar por la Elefanta, buenos días, me dijo, y, cuando vi aquella corbata, recuerdo, me quedé como lela, mirándolo sin atinar a contestarle, ¿está la señorita B...?, preguntó muy amable, con voz de locutor de radio, ¿verdad que es fascinante...?, comentó ella, la Elefanta, mientras se atragantaba con los mazapanes que él le había traído, era el amante de mi madre, Roman..., y me contó después lo del campo de concentración. ¡Horrible!

No sé quién hizo el primer gesto. Si la señora Wilson o él, que muy pálido le hizo frente, agarró con ademán automático las rosas que ella le extendía y subió los cuatro escalones como

si estuviera borracho; pobre Roman, pensé, pero no abrí la boca, inútil, a quién iba a servirle si ya las cosas estaban como estaban, si él tiraba de la puerta que se atrancó como siempre que le daba la gana a la muy cabrona; a quién iba a servirle, me repito ahora, si aquel, su gesto de iracundo, no correspondía a nada, que la agarre a patadas, recé, que la eche abajo, pero a él lo único que se le ocurría era decir como un demente *damn it!*²⁰, hasta que al fin cedió el portón y Roman quedó allí, en medio de la acera, agarrado a las rosas y repitiendo *damn it!*; *damn it!* y no sé lo demás, porque ella la cerró de un golpe.

CAPÍTULO NÚMERO TRES: LOS HOMBRES ILUSTRADOS

El concierto se termina y decide irse a otro lado. No sabe exactamente en cuál dirección, depende de donde quieras ir, diría el gato desde el árbol; no le interesa para dónde, ni mucho menos el consejo de un gato con sonrisa estúpida, un pseudogato, además; alguien con la propiedad de no poder ser decapitado. Idiota la idea. Camina hacia su derecha y ve una carroza tirada por dos caballos blancos y dos caballos negros, ¡la reina!, un paje de librea roja y el cochero vestido de gala, ¡la reina de Corazones! Corre lo más rápido que puede en dirección de la comitiva real, que desfila con parsimonia, ninguna reina, no hay nadie dentro de la carroza, ¡qué chasco! Buenas tardes. No es todavía mediodía, dice el cochero, con aire de ser el príncipe consorte. ¡Se puede ir al cuerno con su fantasma de Canterville! Cambia de dirección, pues en realidad no tiene importancia.

.....
²⁰ Maldita sea.

Ve a Doris, la rubia cincuentona que todos los domingos da el mismo espectáculo; se lo sabe de memoria, *bello...* Dolly, *heeeello*, Dolly... y las imitaciones baratas de las divas de los años veinte; ella misma produce los ruidos con la lengua como si fuera una guitarra, la gente se desternilla de risa y le tira monedas, gracias, es para lo del asilo de los niños... dice con voz meliflua, y claro que debe de ser un cuento de hadas, pues el único niño es el enano que le sirve para recoger las monedas o recitar poemas de mal gusto. Seguramente no encontró nunca el bizcocho que lo hacía agrandar, piensa, y se aleja del grupo, pues le interesan más los hombres ilustrados.

Son tipos viejos. Tan viejos, que parece como si en vez de piel estuvieran envueltos en pergaminos egipcios. Son lobos de mar: de esos que en cada puerto recogían una historia nueva y un tatuaje, hasta que los cuerpos se fueron convirtiendo en cuadernos de historietas. Seguramente hubo una época en que más de una mujer se enamoró de cualquiera de las historietas, o de todas, y pues ahora lo único que producen son un poco de monedas o miradas curiosas.

El cochero dijo que no era todavía mediodía, pero está oscuro. Lloverá, es lo más probable. Si tuviera paraguas no llovería, o sea, llovería fuera, no le importaría, *contrariwise!*²¹. Frases sin pies ni cabeza. Jamás entendió la jerigonza de Tweedledum y Tweedledee²². Mejor no preocuparse del sentido.

¿Y si los hombres ilustrados se destiñen? No cree. Un día leyó que los tatuajes los hacen con unas agujas muy

.....
²¹ En sentido contrario.

²² Personajes de una de las canciones infantiles del libro *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll.

pequeñas y que la tinta penetra en la piel y entonces nunca más se borra; como la historia en que un tipo se encuentra con un hombre ilustrado y le dice que le deje ver los cuentos, entonces el otro dice que sí, pero que no vaya a leer la historia que está pintada en su hombro izquierdo, él promete que bueno, que no va a leerla, pero cuando el hombre ilustrado se duerme, aprovecha y la lee y entonces se da cuenta de que es su propia vida: comienza a correr, antes de que el otro se despierte, pero ya es muy tarde porque el otro se despierta y lo mata; lo estrangula, exactamente igual a como estaba escrito en su hombro izquierdo. Mejor cambiar por si acaso de sitio. Uno está siempre convencido de que esta clase de cosas no pueden ocurrirle sino a los demás.

Busca resguardo bajo un frondoso plátano y así que llueva, que llueva, que la vieja está en la cueva y los pajaritos cantan y la gente tiene prisa porque es la hora del *lunch*²³. No siente hambre: tiene sueño, más bien.

El hombre no le pide esta vez dinero por la silla; voy a tomarme una cerveza, dice: tengo sed. Ella no tendrá hambre, piensa, me dijo que no tenía dinero, ¿no tiene paraguas...? ¡Estas lluvias, estas lluvias...! Menos mal que limpian las capas de los poetas, así trabajo menos: ¡ocho horas al día!, ¿se imagina? No se lo va a imaginar. No se preocupe del sentido, ya se las arreglarán solos. Alicia dijo ¿se las arreglarían solos quiénes? y él tuvo que explicarle: los sonidos. Los sonidos se las arreglaban siempre solos, no hay que complicarse tanto la vida. ¿Quiere tomarse una cerveza? *contrariwise* quiere decir simplemente eso: *contrariwise*. Sí, pero por qué. Lo mejor es olvidarse de los nombres. Esto se llama «techo».

.....
²³ Almuerzo.

No: eso se llama «árbol». Sí. Pero... ¿por qué? Porque es más cómodo, yo quiero inventar que se llama «techo», y esto es un paraguas y tú no te llamas de ninguna manera. ¡Claro que sí! Ella se llamaba... ¿cómo? Pues... ¡No te llamas, no te llamas...! ¿Ves? Ahora va a llorar: habrá que inventarle un nombre. ¡Ella se llamaba...!, si apenas hacía un rato se llamaba, ¡tenía que llamarse de alguna manera! Es tonta, pensó. Si supiera lo cómodo que es no llamarse. Así nadie te puede llamar y tú no tienes que ir. Ella tenía absolutamente que llamarse, tenía absolutamente, tenía.

Está empapada. No tiene de esos aparatos para atajar la lluvia, ¿cómo se llaman?, de esos que uno abre como un... ¿un qué? ¡No! ¡Imposible! Uno tira por él, la lluvia, ¡eso!, «la lluvia» se llaman las gotas que caen del cielo y «el cielo» es la bóveda azul que está encima, azul, ¡azul!, o gris, cuando llueve como hoy, gris que se forma de negro y blanco, el blanco es la conjunción de todos los colores, el negro es la ausencia de color, colorido, colorado, colorín, claro que me acuerdo, se llama «paraguas», se tira por el MANGO, ¡qué tipo tan cretino!; no se lo va a soñar más. Así desaparece de una vez por todas.



Dejó de llover. Se queda bajo el plátano. Es el único sitio donde hace fresco. Los árboles son el mejor invento de la naturaleza. Sin duda, le dice la muchacha. Sobre todo en verano. Y le pregunta si quiere oír los reportajes que hizo para una revista femenina. Luego podrán oír música; tiene grabados *jazz* y los Beatles. Bien.

Yo soy finlandesa y puedo hacer exactamente lo mismo que un hombre. Puedo derribar árboles de cualquier tamaño, con igual facilidad que ellos, y hacerlos caer en el sitio que se me antoja. No soy casada. Cuando quiero un hombre voy al pueblo los sábados por la noche y me consigo uno. Tengo 37 años y cuando me retire tendré un pequeño apartamento donde me dedicaré a tallar madonas en madera para los negocios de turistas. No, no soy católica, pero las madonas talladas en madera se venden muy bien.

Yo soy suiza, ama de casa. En mi distrito hay que votar todas las semanas, de preferencia los domingos por la mañana. Se vota para todo: desde cuestiones políticas hasta el problema de conseguir un nuevo autobús para cualquiera de los barrios. Si un hombre no vota lo destruyen. Franca-mente le confieso que prefiero quedarme en casa. Nuestro estilo de democracia es terriblemente cargante.

Me llamo Paola Faina. Soy profesora en Perugia. Mi afición es cazar con arco y flechas. Tengo cuatro hijos y quisiera que todos ellos fueran sacerdotes. ¡Por Dios!, ¡semejante milagro...! No puedo ni pensarlo, está más allá de mis posibilidades de entender: ¡un hijo mío papa! No estoy de acuerdo con la igualdad sexual; los hombres son más fuertes. Algunos de ellos son locos, pero son más fuertes en ambas cosas: en cuerpo y en mentalidad. Las mujeres no podemos rivalizar con ellos.

Yo soy Alicia. Estoy buscando un conejo con reloj y guantes blancos.

Se me acabó el tema. Lo de Paola Faina es lo único divertido. ¡Cazar con arco y flechas...!

El señor Morton también iba de caza a lo Robin Hood, pero claro que él es de la época de María Castaña. Un día que me invitó a ver sus palomas, me mostró un carcaj antediluviano con el que, según él, hacía incursiones en los grandes bosques, ¡pobre viejo! Es muy chocho. Vive en la casa de al lado y cuando escribo en el cuarto de Oliver lo veo funcionando todo el tiempo en el patio, con sus palomas mensajeras. Les hizo él mismo una fuente de mosaicos de colores, colocó una pérgola y dos estatuas en un ángulo del jardín, que los animales destrozan meticulosamente, claro, y el viejo vuelve y las limpia, las rehace, las pinta: las estatuas de blanco y la pérgola en color rojo; quién sabe cuántos años, o siglos, tiene el señor Morton. Un día de estos lo encuentran ñurido, con las palomas currucuteándole en vano, y quién lo va a enterrar. Que yo sepa no tiene a nadie, fuera de los animales esos. Durante el invierno casi no puede moverse. Sale al jardín forrado en bufandas y chalecos de lana y les habla a las aves como si pudieran contestarle, ¿tienen frío, mis palomitas...?, les dice, y a lo mejor no pasa de este invierno,

seguro, ¿y quién se va a dar cuenta de que está ahí, seco, y que las palomas se van a morir también?

En el patio que linda con el nuestro por la parte norte, hay un gallinero enorme y el muchacho que sale todas las mañanas a sacudir las alfombras y a tirar la basura se roba dos o tres huevos. Lo he visto sin que él se entere. Se arrima despacito hasta los nidos y de un golpe los saca, los quiebra contra la cerca y se los traga. Curioso.

En el patio del lado oriental hay un perro lanetas que se trepa a los árboles. Después de que se encarama no sabe cómo bajarse, claro, y empieza a ladrar aterrorizado, y la señora tiene que venir con la escalera, subirse como un bombero a rescatarlo, regañarlo porque cómo hizo para treparse al árbol, eso digo yo, y todos los días es la misma función. No he podido saber si es un perro idiota o uno que se las sabe todas.

El patio de la señora Wilson fue en una época un jardín florido, del que quedaron dos matas de no sé qué flores; porque nunca florecen, son dos matas alechugadas, horribles, y un rosal. El resto es un pedazo de hierba quemada o podrida, todo culpa de Oliver; de su carpa que pernoctó durante un mes entero como si fuera terreno de *camping*. Estaba tan entusiasmado cuando terminó de coser su obra maestra que, sin poder esperar el verano, plantó su tienda en el patio y dormía allí los fines de semana; y allí freía también sus tostadas, obvio. Lloviera, tronara o relampagueara.

El patio modelo es el del señor que cultiva dalias. Son tan grandes y de tantos colores que parecen de plástico. Se ha ganado varias exposiciones internacionales con su dalia verde. Nadie lo cree cuando lo cuento: una dalia verde del tallo a los pétalos, verde como el trigo verde, ¡palabra! Por eso digo que más bien parecen floripondios de plástico. Cuando pasé por su casa, me detuve a ver todo ese mostrario exótico,

me llamaron la atención, entonces me invitó a que viera las otras, ¿somos vecinos, verdad? Yo he visto que usted entra dos casas allá, donde la señora Wilson, ¿no? Sí. Precisamente; y entré y me explicó y me regaló tres dalias acromegálicas, ¡muy simpático!

Los otros patios están medio cubiertos por los árboles. Hay cantidades de pequeños terrenos y de noche es cuando realmente me doy cuenta de toda la gente que vive alrededor. A las nueve se iluminan casi todas las habitaciones; en cada una hay una escena diferente, como en los cuadros flamencos; me entretienen durante horas, y me dan ganas de comprar unos binóculos igual que el tipo de *La ventana indiscreta*, y a propósito de binóculos y de ventana indiscreta, vamos apenas en el comienzo de lo que sucedió aquella noche de paz.

Porque cuando la puerta se cerró dejando a Roman fuera, echando sapos por la boca, y la señora Wilson envarada; con el picaporte en la mano como si se le hubiera quedado encolado; cada uno se puso a hablar por su cuenta. Muy bonitos los arreglos del árbol, ¡qué calor hace!, bueno, entonces, ¿me compra usted el prendedor de mink? ¡Qué diablos! Ya le había dicho dos veces que no.

Una babel sin ton ni son.

Nos pusimos de cualquier manera en la mesa, a pesar de los esfuerzos de la señora Wilson, que ordenaba: usted, Charles, siéntese ahí, al lado de la señora Keller, y Charles formó todo un enredo, creo que era el que más nervioso estaba. Al fin quedó instalado entre Jennifer y la Elefanta, pero no las miró, casi ni habló en toda la cena, con los ojos fijos en su plato. Susan no esperó a que nadie comenzara y devoró el contenido del suyo antes de que termináramos de acomodarnos, ¡hay que ver la paciencia que se necesita!

A mi diestra estaba Oliver, con la cara más llena de granos que nunca y sus gafas redondas y una horrenda corbata floreada, y al lado izquierdo, Jim, el marido de Jennifer. Sara y Judith ocuparon las cabeceras, ¿no viene la señorita del segundo?, dije, sin poder contenerme. Ya era hora de que apareciera.

En todo el tiempo de mi estadía en la casa se hablaba de la señorita del segundo por aquí, la señorita del segundo por allá; a veces veía la puerta de su habitación entreabierta, oía las cuñas de televisión y no me faltaban ganas de empujarla y decir perdón, me equivoqué, ¡ahhh!, pero es usted la famosa señorita, ¡tanto gusto! Me han hablado mucho... Nunca tuve el valor suficiente. Según la señora Wilson, la señorita del segundo se especializaba en la pintura inglesa del siglo XVIII, pero para mí lo que estudiaba era brujería. Esa manera de estar y no estar, de desmaterializarse, no era normal.

Pues no. No venía la señorita del segundo, ni tampoco Johnathan. Ambos se habían excusado desde muy temprano, ¡qué lata! Yo que pensaba que me invitaría a ver los amuletos y luego fumaríamos y yo no lo mordería ni le hablaría de Nefertiti, por supuesto que no. La próxima vez tenía que acabar sin rabieta y nada de ponerme de patitas en el pavimento.

Fue una cena más bien tétrica. Estoy segura de que, de no ser por la tarta de ciruela, los ánimos hubieran desaparecido tragados por la manigua, la depresión más negra; nos dedicamos a beber el vino francés que la señora Wilson desenterró de la bodega, hasta que hizo su aparición la tarta y entonces qué de cumplidos, ¡qué de ohhh y ahhh...!, la salvó la campana, mi querida señora; todo por la receta de la abuela, ¿podría repetir otro trocito...? Y de allí se pasó al salón.

Donde estaba el árbol luciendo sus mejores galas, como exclamó la señora Keller. Un adefesio que yo hubiera tirado a la basura con niño, San José, estrellitas y todo. ¡Una birria!

Por un rato el tema fue la tarta. Luego se discutió sobre los platos típicos; creo que fue Susan la que dijo que la comida vietnamita era la de menos calidad, más le hubiera valido, qué se yo, tragarse la lengua o algo, ¡qué alboroto! Charles estaba morado en vez de negro. ¡Un error craso!, barbotó, ¡un error perfectamente craso...!, y lo que no había dicho en toda la noche, en toda su vida en la casa de la señora Wilson, comenzó a decirlo a gritos, sin parar: que si los blancos creían tener dominado el mundo se equivocaban de plano; que la invasión a Vietnam no era ni mucho menos un indicio de que la fuerza imperialista pudiera someter a las razas de color ni a ninguna otra raza; que las alianzas para el progreso él se las metía no sé por dónde, jamás había visto a Charles con una elocuencia tan acojonante; a la señora Wilson se le atrancó el vino y comenzó a toser y Susan dijo que era cierto, que ella tenía pruebas de que la comida vietnamita era... y que ella se callara la boca; que de lo único que entendía era de comida, de rellenarse la tripa; que él mañana arreglaba sus maletas y se largaba: ya estaba harto de soportar el buenas noches, Charles, de su señora madre, buenas noches, sí, buenos días, iba a decir él de una vez por todas; como si no supiera que ella lo detestaba, que no lo podía ver ni pintado, ¡ya iba a ver quién era quién! Que si se había hecho su amante era porque ella se le había metido en la cama una noche y que si había tenido paciencia no era porque la quería, como ella estaba creyendo, ¡ja!, le convenía y nada más. Eso era todo.

Las pocas veces que hablé con Charles, me pareció un muchacho aplomado y muy consciente. Sobre todo eso. Yo creía que era inglés, pero me dijo que no; que había nacido

en Kenya y lo habían criado en Argelia, o al contrario; que había pedido una beca para estudiar dirección cinematográfica; que mientras tanto trabajaba en un Wimpy Bar, de especialista en hamburguesas y *cheeseburgers*²⁴, había que saber de todo, no le importaba. Ojalá que su gobierno, el de Kenya o Argelia, nunca me acuerdo, no le pusiera muchas trabas al asunto de la beca, para él era muy importante, ¡ojalá...!, le dije, y creo que le caí bien porque ofreció prestarme unos libros sobre cine, si me interesaban.

Estaba donde la señora Wilson más por equivocación que por otra cosa. Porque el día que vio el anuncio en el periódico y fue como un rayo a preguntar por la habitación, la única persona que había en casa era Susan, que le dijo que sí, que por supuesto, y lógico que cuando llegó su madre se armó la pelotera, pero no había nada que hacerle: no lo podían tirar a la calle y se quedó. No era fácil encontrar alojamiento decente cuando se es quien era él, así que a quedarse: más valía un clavo ardiendo que cien en la ferretería. Ni pensarlo dos veces. Se aferró al clavo como pudo, o sea, dejó que la Elefanta se metiera debajo de sus sábanas, y el resto se explica solo, ¡pobre hombre!

... que le convenía por razones que no le incumbían a nadie, y que no creyeran que él era Roman, dejándose segregar por el capricho de una puritana falsa; primero dormía debajo de los puentes, que sabía muy bien por dónde iba el agua al molino.

La señora Wilson había pasado del ataque de tos a uno de apoplejía. Ahora era ella la que se ponía roja, morada, de todos los colores, perdía el habla; Jennifer y su marido le daban

.....
²⁴ Hamburguesas con queso.

palmadas en la espalda, diciéndole que no se preocupara; nadie reaccionaba a las frases de Charles, hasta que la señora Keller dijo que ella también sabía por dónde iba el agua al molino. ¿De qué agua está hablando? ¿Cuál molino...?, ¿cómo se atreve...?, apostrofó Susana a la señora Keller, que por lo demás no sabía ni dónde estaba parada; ¿y se puede saber quién te ha permitido insultarnos de esa manera?, le gritó a Charles, que subía la escalera de dos en dos. Todo muy violento.

Los pobres ángeles de Piero della Francesca temblaban como pajaritos. Me di cuenta de que, de un momento a otro, Sara iba a prorrumpir en llanto y entonces les dije que por qué no daban las buenas noches a su madre y se iban a desempacar los regalos a su habitación, tranquilas. Ni siquiera de eso habían tenido tiempo.

En ese momento entró en acción Oliver. Farfulló tres frases, con las que indicaba a las niñas que sí, que tenían que irse a la cama, y después encuadró rápidamente la situación pronunciando la cuarta. Elaborada y seca. Dijo: eso le pasa al que se mete con negros.

Por supuesto. Y el que con niños se acuesta mojado amanece.

Me imagino que conocerá perfectamente la suerte que corre el que tiene rabo de paja, mi estimado Oliver; porque el mundo es muy pequeño, es un pañuelo y todo se sabe, a veces de la manera más ingenua. Sin ir más lejos, una mañana, por ejemplo, agarré el teléfono para llamar, conecté el relojito cuenta-minutos, condición indispensable para hacer uso del aparato telefónico; hay que anotar luego, en una libreta roja, el número de segundos que se utilizaron, la fecha del día en que..., el valor de..., todo por una economía perfecta de la impecable ama de casa, no lo soporto, es como si me hicieran cada vez un registro cerebral, me pone histérica hablar contra reloj, habrase visto; estaba más nerviosa que de costumbre y no me di cuenta de que la línea comunicaba. Marqué automáticamente los dos primeros números y fue cuando el agua llegó al molino, como diría la señora Keller. Sin ningún esfuerzo de mi parte, además.

Oí a Johnathan diciendo a su madre que necesitaba el dinero; que la mitad de la fianza la había depositado él; que no podía esperar; que se la pidiera a su hermano. Que al fin y al cabo este era el culpable.

No sé por qué motivo me quedé con el receptor en la mano; no me interesan los problemas financieros de la familia. A lo mejor fue la última palabra la que me puso en guardia;

culpable de que... y me quedé como en las películas de suspenso hasta que el reloj cuenta-minutos comenzó a sonar y entonces colgué el receptor con miedo de que ellos se enteraran de que yo me había enterado. Nadie se puede arriesgar a tirar la primera piedra, Oliver *dear*. ¡Nadie!

Entonces, al que se mete con marihuaneros, ¿qué le sucede?, dije, pero Jim comenzó a hablar de otra cosa, de la situación en Venezuela, donde unos curas metidos a revolucionarios se pasaban los domingos encaramados en los púlpitos diciendo barbaridades. Sí, pero... ¿Pero qué? Me va a decir que no es absurdo que de repente las sirvientas resuelvan que no son más sirvientas, porque resolvieron que son tan señoras como sus señoras. Y que pidan aumento de sueldo cada tres meses. Y que repitan como cotorras lo que inventan los curas, porque eso lo inventan ellos, de dónde van a sacar ellas eso de salario mínimo, de cuándo acá las fámulas saben de economía, claro, eso pasa por inculcarles complejos raros; se creen con todo el derecho. A la masa hay que tratarla como es. No hay que olvidarse de que hay una diferencia fundamental, un derecho adquirido... Amén, pensé, pero ni amén ni nada. Que esos señores lo que tenían que enseñar era lo de la repartición de bienes en la vida eterna, no andar por ahí, fomentando revoluciones, no sé si le había hecho daño el vino de la comida, a lo mejor, la señora Wilson no estaba de acuerdo. La Iglesia era infalible y lo que pasaba era que los clérigos sueltos habían existido siempre, no era el primer caso, el papa tomaría las medidas del caso; ¡ni hablar!: esta vez era la marabunta, rugió Jim, la marabunta, y eso comportaba una serie de peligros. De acuerdo. Y al que se mete con marihuaneros... ¿qué le pasa?, repetí.

¿Con quién...?, dijo Jim, que no entendió la palabra, pero Oliver sí, claro que sí, por supuesto. La agarró en el aire y

se quedó de piedra, con los traficantes de droga, ¿comprendes? ¡Ahhh...! pues, no sé, supongo que los meten a la cárcel. Y para sacarlos necesitan una fianza, obvio. Obvio..., hizo eco la señora Wilson en un susurro tembloroso.

Oliver no tenía el dinero por una simple razón; porque había incumplido su palabra y andaba enredado con esos tipos, argüía Johnathan y la madre, que no, que no era cierto, que el pobre Oliver desde el día que salió de la cárcel, ella podía jurarlo, no había tocado ni medio gramo. Johnathan, que no creía, la madre, que por favor, que no dijera esas cosas de su hermano; que el dinero lo tendría la semana siguiente; que vendería una enciclopedia infantil a un indio, seguro, y le devolvería todo; que no se preocupara; Johnathan, que lo que era él no iba a pagar siempre el pato; que ya iban dos veces y que la primera Oliver había jurado con la Biblia en la mano, que a embolatar a otro.

El bar de La Rosa Tatuada no es un sitio muy atractivo, pero yo voy casi todas las noches a tomar una cerveza porque me divierten la dueña y su perro. Forman una pareja singular: ella cantando baladas hinchada de vodka mientras relata anécdotas de su edad dorada, y él repantigado en sus enaguas, haciendo cara de persona en éxtasis, y lo cuento porque precisamente una noche estaban en esas: Pancho, el afgano, repantigado en las enaguas, y misis Traspik inspirada hasta las lágrimas cuando entró Oliver, se acomodó en la barra, pidió una cerveza y se puso a jugar Flipper con el tipo del bastón. Menuda sorpresa.

Del tipo del bastón dicen que se vio envuelto en una trifulca con la policía y que por eso le quedó la pierna tesa. Tiene un aire de no sé... con su pelo largo, muy moreno, yo pienso en Rimbaud o algo así cuando él entra sin mirar a nadie, a la medianoche en punto, se va derecho al fondo del

local, agarra la máquina de Flipper y empieza a marcar números como si de eso dependiera yo qué sé.

¿Y a qué viene esa historia de marihuaneros ahora...?, me preguntó Jim, pues la conversación se esfumó con el obvio... de la señora Wilson. Estábamos hablando de negros y de criadas, y ahora usted... Bueno, le interrumpí antes de que Oliver o su madre cambiaran de tema con cualquier pretexto; resulta que yo voy casi todos los días al bar de La Rosa Tatuada, donde hay un perro que tiene malas pulgas... y entonces vi cómo Oliver comenzó a ponerse pálido, palidísimo, cómo empezó a quitarse las gafas y a frotarlas con la corbata y a ponérselas de nuevo y a volverlas a frotar luego de echarles vaho hasta empañarlas al máximo; ya va a contar la historia del mordisco, me imagino que pensó, pero lejos de mí lo de contar aquella historia; eso nadie iba a creérselo. El afgano es un perro maleducado, aunque su dueña insiste en que conoció los buenos tiempos de la corte de Nicolás II..., continué, mirando a Oliver de soslayo, sí, pero usted habló de marihuaneros, saltó Jim con impaciencia, ¡por supuesto! Y decía que el afgano ese tiene malas pulgas. Allá va mi cuento. Porque el único que puede acariciarlo es el tipo del bastón, ¿verdad, Oliver?

Dos pájaros de un tiro.

Oliver hizo un gesto sobrehumano, movió la cabeza en un gesto negativo, luego afirmativo. ¿Al fin en qué quedábamos?, dijo la señora Wilson, ¿era verdad o no?, dije que sí, que en este caso la realidad desbordaba la imaginación; no se podía describir a misis Traspik, con las pulseras en los tobillos y aquella cara de Marie Walewska frustrada, conté lo del violín de la época del zar, se destemplaba horrores, ¿verdad, Oliver...?, pero él, nada, como la mujer de Lot; petrificado.

La Rosa Tatuada no es un bar aristocrático ni, mucho menos, una cantina cualquiera; qué hubiera pensado usted, señora Wilson, ¡oh, *dear!*, no es problema mío. Creo que Oliver estaba convencido de que iba a ganarle al tipo del bastón. Se puso delante de la máquina de Flipper como quien va para una acción temeraria y comenzó a marcar entusiasmado, con sus gafas de carey y su carota llena de granos. No sabía lo que le esperaba. Rimbaud se anotó cuatrocientos de un golpe —y si usted lo hubiera visto, señora Wilson, estuve a punto de decir, su hijo todo despelucado y dándole patadas a la máquina, pero más bien desvié la conversación describiendo la decoración del bar—, victoria inmarcesible de Rimbaud, ferozmente bello en medio de la lucha; qué manera de besarlo la misis Traspik, de lamerlo la del afgano, de mirarlo la de Oliver con cara de asesino; hasta ese momento no me había descubierto. Ordenó otra cerveza y retó a su contendor a un partido de revancha, mientras se arreglaba el pelo y se colocaba en su sitio las gafas de carey. No me moví de mi butaca, aunque en el fondo lo que hubiera querido hacer era prevenirlo, pobre. Me dio lástima, Oliver. Tan flaco, tan rubio desteñido, tan miope y tan inconsciente de todo aquello; tan absurdamente seguro de lo que nunca podría.

El héroe ignoró al perdedor. Misis Traspik lo invitaba a otro beso y a un trago de vodka, amado y adorado, bello cual dios olímpico, vencedor aclamado en la arena de Verona, el tipo del bastón, ¡qué tipo!; me dejaba paralizada cada vez que ganaba al Flipper. Pero Oliver no se dejó amilanar por tamaños agasajos. A otro bicho con ese hueso, creo que se dijo para darse ánimos, que vamos a jugar otra partida, gritó. Y cómo sería aquello que todo el mundo se quedó con el vaso a mitad del camino y yo casi me caigo del asiento.

*I beg you pardon...?*²⁵

La que se va a armar, me acuerdo que pensé, y ya Rimbaud se levantaba de su butaca, se erguía ayudado por el bastón, *I beg you pardon?*, repitió con voz dulzona, socarrona, igual a la de todos los ingleses cuando te pisan un pie o algo, pero no era ningún pisotón y el cretino de Oliver no se enteraba; cómo se puede ser tan caído de otro planeta, lo van a dejar como un puré, y el tipo se acercaba sonriendo, lo agarraba por la solapa sin dejar de sonreír, le quitaba las gafas de un manotón, *I beg you pardon*, esta vez afirmativo, por supuesto, *never mind*²⁶, qué idiota, y el otro sin moverse, repitiendo como un tarado mental que vamos a jugar otra partida, ni más faltaba: lo sacudía como si fuera una pelota de caucho de esas con las que se entrenan los boxeadores, ¿a otro bicho con ese hueso?, ya iba a ver cómo le quedaba el ojo y ¡plaff!, el puñetazo.

Y ahí no paró la cosa. El afgano se abalanzó cual bólido sobre Oliver y le dio un mordisco en la nariz, que comenzó a sangrar como si se la hubieran amputado. ¡Qué espectáculo! Si usted lo hubiera visto, señora Wilson, a Oliver, descontrolado, histérico, gritando que socorro, que llamaran a la policía, que lo querían asesinar, y la tranquilidad del otro, inmutable, agarrándolo otra vez por las solapas y ordenándole con el mismo acento del *I beg you pardon* que se callara el pico, maricón, que allí no asomarían la cabeza ni los chulavitas ni su madre. Fue de película. Usted se acuerda, claro que sí, de aquel día, ¿verdad? De cuando Oliver le dijo que me caí de la bicicleta, y por supuesto ni su madre, o sea, ni usted, se lo creyó, con aquel ojo que parecía un bistec podrido y la nariz vuelta miseria; fue la primera y la última vez

.....
²⁵ ¿Perdón?

²⁶ Olvídalo.

que lo vi frecuentar aquel local, a quién van a quedarle ganas. Sin embargo, hay algo en el final del cuento que me dejó una sospecha, si quiere que le diga, o sea, todo a propósito de la llamada por teléfono, de lo que Johnathan decía, se habló de lo del pato, y de pagarlo. Cuando la amenazó de que si la historia del indio era falsa entonces armaría la de Dios es Cristo y usted le repitió que por favor; que era seguro; que el indio ya había visto la enciclopedia; que se la vendería, de todas maneras, el martes próximo, y que yo fui testigo presencial de la venta, entre otras cosas. Pues bien. Si pongo de relieve lo del rabo de paja es porque cuando cesó la hemorragia en la que llamaremos la nariz del agredido, o sea de Oliver, su hijo; el agresor, o sea, el tipo del bastón, alias Rimbaud, ya señalado y perseguido como traficante de estupefacientes, se acercó a misis Traspik, que aplicaba compresas frías en aquel desastre, y con gran dedicación, esmero y, por qué no decirlo: con inmensa sorpresa de mi parte, comenzó él también a curar el ojo de Oliver, y eso no es todo, claro. El resto voy a dejarlo a la imaginación de cada cual. Porque tampoco seré yo quien tire la primera piedra. Con decir que más tarde los vi salir muy juntos, muy amigos los dos. Muy del brazo.



La venta de la enciclopedia fue un alarde. Un derroche impresionante de sabiduría, si se tiene en cuenta que el señor no hablaba otro idioma que el de la India y que la enciclopedia era en inglés y para niños. El tipo hojeaba aquellos mamotretos con cara de no entender nada, ella devolvía las páginas con cara de entender menos, y así hojearon y deshojearon los veinte libros hasta que el indio se puso de pie, dio un apretón de manos a la señora Wilson y yo me estaba diciendo no se la vendió, adiós, cabeza de Oliver, cuando el hombre sacó los billetes del bolsillo, agarró sus libros y se fue. Un alarde pasmoso, repito.

Jennifer quería saber si ella podía ir a La Rosa Tatuada, me fascinaría, dijo, haciendo una de esas sonrisas que dejan al auditorio sin saber para dónde mirar, ¿no te parece, Jim?, y repitió la frase entornando los ojos como si se tratara de un deseo mágico, pero a Jim no le fascinaba nada, porque ese debe de ser un antro, dijo, ¿no ves que están hablando de marihuaneros?

La señora Keller, que seguía hecha una cuba, trató de preguntar algo, pero nadie se enteró de lo que decía porque la interrumpió Charles.

Charles, que continuaba de color remolacha y que por lo visto había decidido no esperar hasta la mañana

siguiente, pues estaba con sus maletas en medio de la escalera y gritaba que un antro de marihuaneros es esto, mi estimado señor McBride, y entonces la tensión regresó a su estado anterior, o sea, a punto de efervescencia, y para colmo la señora Keller insistía, eso, precisamente eso preguntaba, ¿qué quiere decir...?, ¡qué noche! Como para escribir un cuento de Navidad.

¡Es una vergüenza! ¡Es una vergüenza!, gritaba una mujer, y el grupo seguía repitiendo en coro, es una vergüenza, mientras atravesaban el parque llevando carteles enormes, con fotografías de un hombre negro. Los técnicos de la televisión y los fotógrafos corrían detrás de los negros tratando de hacer un reportaje, pero ellos esquivaban los teleobjetivos, ¡queremos libre a este hombre!, gritaban poniendo los puños en alto. EL PODER NEGRO DICE NO JUGUÉIS CON FUEGO PORQUE SI LO HACÉIS VAIS A QUEMAROS, leyó en uno de los carteles, *REVOLUTIONARY WAR IS A WAR OF THE MASSES, WE WANT THIS MAN FREE.*²⁷

Se unió al grupo como hacía otra gente, y en silencio siguió el desfile que se dirigía hasta un ángulo del parque. La policía vigilaba desde una distancia prudente. Ella vio que tenían pequeños micrófonos escondidos en las solapas y que de vez en cuando anotaban cosas en sus libretas de tapas verdes. Casi en seguida una escuadrilla de policías voladores empezó a rondar el terreno. Las alas mecánicas producían un zumbido de máquina de afeitar. La gente comenzó a dispersarse, a correr en todas direcciones, pero el grupo negro no se movió de su sitio. ¡HERMANOS!, gritó la mujer que

.....
²⁷ La guerra revolucionaria es una guerra de masas, ¡queremos libre a este hombre!

antes había entonado el coro de ¡ES UNA VERGÜENZA!, HERMAN..., y la palabra se quedó atrancada como si le hubieran cortado la lengua, y entonces vio el humo rojizo que se expandía por el cielo y luego a ras de tierra, y observó cómo el aire se plagó de moscas mecánicas, de policías alados que volaban en escuadrillas compactas, de una esquina a otra del parque, igual que golondrinas indecisas. Después se dio cuenta de que lanzaban bombas minúsculas a través de aparatos largos y afilados parecidos a arcabuces²⁸ mecánicos, y que las bombas estallaban al primer contacto con la atmósfera y dejaban todo con olor a incienso hasta que el humo se fue arrastrando por la hierba, se fue subiendo por las piernas hasta llegar a las narices y que entonces, de repente, los habitantes negros se quedaron estratificados uno al lado del otro, inmóviles y sin parpadear, como Byron: con los ojos abiertos pero sin miedo, solo abiertos desmesuradamente —se diría que miraban algo que les causaba asombro— y que nadie hizo nada hasta que los policías se formaron de a dos y con ágil maniobra encerraron a los hombres y mujeres que continuaban quietos, sin hablar, sin respirar siquiera, y fue testigo de cómo la red cayó del cielo con un ligero ruido metálico, precisa, atrapando de un golpe a la presa inánime, que no se debatió ni gritó ni parpadeó tampoco esta vez. Presenció la ascensión de aquellos como peces, que se fueron elevando despacio al comienzo y luego con más fuerza, hasta que se perdieron muy arriba igual que globos de helio tirados a voluntad por las moscas mecánicas, que, poco a poco, despejaron el aire, el cielo, el parque, y notó que por encima de los árboles flotaba levemente el gas rojizo.

.....
²⁸ Armas de fuego antiguas, parecidas a fusiles.

No se puede ganar una guerra solo con palabras bonitas. (Goebbels)

El terror es saludable. (Hitler)
y la casa de Jacob será fuego
y la casa de José será llama
y la casa de Esaú, estopa
y los quemarán y los consumirán
ni una reliquia quedará en la casa de Esaú
porque Jehová habló. (La Biblia)

Un impresionante silencio imperó ayer, por un minuto, a partir de las 8:15, hora local, sobre toda la ciudad de Hiroshima. (AFP)

Vi cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos para que no soplará sobre ella, ni sobre ningún árbol. (San Juan)

... entonces creí que el sol se había descolgado desde el cielo, porque todas las cosas se pusieron blancas y enceguecedoras, y miles de brasas cayeron sobre el puente. (AFP)

mantequilla o cañones
cañones en lugar de mantequilla
¿qué preferís?
¿mantequilla o cañones? (Görring)

La casa quedó llena de un fuego amarillo, y el fuego se volvió después azul y el azul se hizo rojo hasta que la ciudad, tan clara y sin nubes esa mañana, se hundió de golpe en una noche sucia. (AFP)

Yo no empecé esta guerra: la heredé. (L. B. Johnson)
Y el sexto ángel tocó la trompeta
y destruyeron todo lo que en la ciudad había,
hombres y mujeres,
mozas y viejos,
hasta los bueyes

y las ovejas y asnos
al filo de espada. (La criba)

Gracias a Dios siempre he evitado perseguir a los enemigos. (Hitler)

¿Quién colocó la cuerda alrededor del cuello de los niños...? (Procesos de Núremberg)

Yo soy Jehová, vuestro Dios.

Yo hago morir
y yo hago vivir.

Yo soy Jehová,
el que hiero. (Antiguo Testamento)

Vio cómo las palomas se acurrucaban unas contra otras, erizadas de frío. Parecían bolitas de plumas, grises y blancas, y también sintió la temperatura destemplada. Quiso ser paloma, para acurrucarse allí mismo contra un árbol de plátano, hace frío, ¿verdad?, le dijo la señora; y viento, respondió, observando a la intrusa.

Más tarde llegaron muchos viejos y viejas que cantaban salmos y canciones irlandesas, *JESUS WAS A VERY GOOD FELLOW*²⁹... tengo la prueba de que Dios es un gran tipo, decía una señora con sombrero de paja de Italia, *YES, YES!*, respondía el coro, *YES, YEEES!*; lástima que se terminaron las flores, dijo la intrusa, y ella miró al hombre que se paseaba dando saltitos con un cartel en el que explicaba algo de la Virgen, pero no se enteró porque con los saltos...; es por el frío, comenzó la inseparable entrometida y entonces prefirió buscar un rincón dónde guarecerse de la dama parlanchina, pero esta era como la reina Blanca: aparecía en todas partes, y allí estaba, oyendo al tipo que decía: ¿Quién quiere

.....
²⁹ Jesús fue un muy buen tipo.

casarse conmigo...? ¿No hay un hombre que se case conmigo? El público se desternillaba de risa y él seguía contando anécdotas de la guerra, ¿cómo lo sabes?, le preguntaban, ¡lo vi en el cine! Y la gente no podía más de las carcajadas. Tenía el cuerpo forrado en periódicos, lo que le daba un aspecto de huevo, pues no se sabía si la corbata era el cinturón o viceversa, ¿por qué no te bañas?, ¿córtate el pelo!, ¿quién te crees que eres? Humpty Dumpty³⁰, ¡por supuesto! *Ask another*³¹.

Luego una señora que tenía un traje lila con muchos volantes, un sombrero amarillo y zapatos verdes, algo como para tomarle una foto en colores, pelirroja, además, colocó una especie de tarima y encima una pancarta que decía BRITISH ASSOCIATION FOR WORLD GOVERNMENT³², y se desató con un discurso de media hora, sin parar. Su teoría fue debatida por el público, que estaba de acuerdo o no con que la asociación británica gobernara el mundo, y entonces llegaron los chicos con las fotografías y un señor empezó a gritar: A mí me daría vergüenza estar así. ¡Qué asco! ¿A usted no le da...? Así, ¡en público! ¿No...? Pues debería darle, jovencito. Toda esta gente tiene derecho a que se la respete, hay que respetarla, ¡hay que respetarla...! Dígame, ¿lo único que sabe hacer es exhibir sus porquerías?, ¿ahhh? Responda, ¿a usted no le da...? No. No le daba absolutamente, ni pizca, ¡y qué! Se podía reventar de gritar, de vomitar si quería, viejo libidinoso haciéndose el moralista, fingiendo pudor delante de la gente para que lo creyeran un padre de familia cristiano, respetable, cumplidor de los

.....
³⁰ Humpty Dumpty es un personaje relevante en *Alicia através del espejo* y también de una canción de cuna.

³¹ Pregunta otra.

³² Asociación británica para el gobierno mundial.

mandamientos y de la ley, ¡estafador! Lo único que le interesaba era ver bien la fotografía. Mientras lo insultaba se le salían los ojos, ¡cochino!, y continuó leyendo el artículo sobre la píldora anticonceptiva. Después chicos y chicas entonaron la canción. Las viejas se taparon los oídos y daban gritos de garzas asustadas, ultrajadas, descubiertas en su tarea de empollar: *SEX*³³, *SEEEEX*, con música de Donovan, todos a una: *SEX, SEX*, acompañándose con palmas y guitarras. Luego bailaron. Las viejas se taparon los ojos, temblorosas, deseosas, doncellas virginales; ellos se despojaron de sus camisas, después los pantalones; horror, *SEX!* Se quedaron sembradas. A ellos les importó un pimiento el frío y mucho menos que una de las viejas cayera cuan larga era.

No estamos preparados para la emigración porque todavía no está limpia nuestra propia casa, decía un tipo de cabello largo y pañuelo naranja amarrado al cuello. Se entretuvo un rato oyéndolo, hasta que vinieron los indios, que no estaban de acuerdo con el asunto de Biafra.

¡La reina Blanca!

Mejor se iba a otro lado antes de que siguiera con el cuento de que el viento y de que el frío.

Se sentó en un banco, encogida, erizada como las palomas, y cuando él le dijo ¡hola!, no lo oyó. El parque se convertía en una comedia musical delirante, arrítmica, y se sintió pequeña como antes; como cuando pensó en la llave y supo que estaba en la copa de los árboles, en un bosque amarillo, soy pequeña, cantó, pequeña-pequeña, respondieron las voces en el bosque, ¡hola!, dijo él, de nuevo, y le entregó la llave. Entraron en el recinto sin pisadas ni ruidos

.....
33 Sexo.

de pájaros; hay que descalzarse, dijo, y caminar muy lento, sin tocar las paredes. Eran muros enormes, muy gruesos, que se movían al compás de los cantos, y sintió de nuevo el olor a incienso. Tienes que respirar hondo, más hondo, hasta que el humo le hizo cosquillas en la nariz y luego comenzó a caminarle por dentro, por los brazos y las piernas, a hormiguar detrás de las orejas; no te rías, no se reía, estaba contenta, soy pequeña, cantó a voz en cuello, pero las voces se habían ido; remaban dentro del laberinto y, cuando la carabela se detuvo a la orilla del río, vio los peces chiquititos y el puente y la gran torre y le dieron ganas de correr para alcanzar la cometa. Por acá, dame la mano, dos mensajeros estaban esperando, no se puede correr, más tarde, dijo; y la llave abría todos los portales y entraban en todos los recintos sin atravesarlos, tocándolos apenas; unos eran fríos como el viento del Polo, los otros dulces, o tristes, o florecidos; lentamente se abrían; se dividían en caminos de piedra o fuego; llegamos al comienzo, dijo: prepárate, y comenzó a subir en espiral, a saltar muros y profundidades como si estuviera alada, y después caminaron a la velocidad del sonido y la tierra fue verde y luego azul y más tarde amarilla, hasta que todo fue un punto blanco, enorme, girando sin referencia ni contacto físico, solo blanco; ahora dijo: puedes desear lo que quieras, y entonces miró el cielo, que era una mancha quieta, y levantó las manos porque supo que podía tocarlo.

Y digo que aquello era un cuento de Navidad porque si... la señora Keller dando tumbos y preguntando cosas que nadie oía, Jim discutiendo perogrulladas, Jennifer con sus deseos mágicos y ojitos de Doris Day, Oliver y sus gafotas y sus granotes y su horrenda corbata floreada, Charles en la escalera: que esto es un antro de marihuaneros, insistía, y la señora Wilson: que se explicara; con la cara congestionada, y pensé que le iba a dar el ataque como cuando la historia de la guerra; que se explicara, porque para decir semejante cosa era necesario tener pruebas... si no se parece todo eso a un cuento de Navidad, entonces yo no sé...

Que sí, respondió Charles, que él también conocía el bar de La Rosa Tatuada y que por supuesto allí la concurrencia era menos hueca. Gesticuló haciendo de la palabra una especie de objeto ovoide al que le han rebanado los extremos. Que si quería saberlo de una vez, le reventaban los *habitués*³⁴ de su salón, así, en francés, como alusión a la costumbre de ella luego de su tercera copa, me imagino, y que todo aquello que no fuera auténtico o al menos producido con el espíritu de tal, no podría ocupar nunca

.....
³⁴ Habituales.

un sitio prominente en ninguna escala de valores racional; a este punto me detuve a admirar su dominio estilístico, su desgaire al hablar, y aquel efecto de barroco airoso, desenvuelto, que producían sus frases; pero eso no era todo. Que el tinglado formado por ella y sus admiradores de ocasión no era otra cosa que un intento estúpido, un juego, un salón pretencioso, una dimensión sin duda equívoca, una realidad hueca... Un momento, interrumpió Jim, pero Charles repetía en un tono que se parecía al de los oradores en el parque: ¡sí!, hueca. Ridículamente hueca, señoras y señores..., ensañándose en el adjetivo, que por lo demás ya había causado su efecto.

Después, silencio. Una pausa estática, un ambiente lleno de electricidad no comunicativa, de electrodos contrapuestos, nadie decía nada; Charles en la escalera, con su sombrero tirolés, impasible, sin que ninguno de sus gestos delatara la tensión de su cuerpo, mientras que ellos, con la respiración acelerada, se quedaban tiesos, mirándolo como si fuera un yeti o algo así. Cómo se atreve, fuera de mi casa, estalló por fin la señora Wilson, ¡fuera!, y entonces Jim dio un salto hacia la escalera en actitud inequívoca de cumplir la orden de su suegra mientras gritaba que había que sacarlo a patadas, negro atrevido, con tan mala suerte que perdió el equilibrio y en el primer escalón cayó de bruces. Charles impávido, Jennifer gritando ¡Jim, oh, Jim!, pero él, cuan largo era, tendido de cara al tapiz como si lo hubieran noqueado, y la señora Keller con un ataque de risa, hasta que Susan la sacudió y le dijo basta de payasadas, señora Keller, dejándola seca de los sacudones, y tú, baja de una vez y déjanos en paz, ¿entiendes? ¡En santa paz!, le chilló a Charles, hizo ademán de acercarse a la escalera, pero improvisamente prorrumpió en llanto y se quedó donde estaba.

Los ángeles de Piero della Francesca se asomaron desde el segundo piso preguntando si pasaba algo, nada, no pasa nada..., respondió Charles con una sonrisa, mientras agarraba sus dos maletines con una sola mano y con la otra se quitaba el sombrero en señal de saludo, *merry Christmas and happy new year*³⁵, dijo pasando por encima del cuerpo de Jim y abriendo la puerta de un golpe, para que no le fuera a suceder lo que a Roman.

Oliver, que hasta ese momento no había vuelto a intervenir; repitió su frase de la noche: eso le pasaba al que se metía, etcétera, y ayudó a Jim, que continuaba tirado boca abajo quejándose de un golpe en la rodilla. Jennifer dijo que había que denunciar a Charles en alguna parte y de alguna cosa, pero pronto; antes de que se perdiera de vista. La señora Keller propuso una copita para todos y esta vez nadie la rechazó: más bien la miraron con cara de agradecimiento, y se bebió *whisky* cargado. *On the rocks*.

Susan dio las buenas noches porque se acordó, de repente, que ya eran las dos de la mañana y que su baño en su bañera de porcelana y su champú de manzanilla y su... ¡brofff!

LA HISTORIA DE LA DUEÑA DEL SOMBRERITO ROSA

Vio a la muchacha del traje blanco y el sombrero rosa. Iba con caminar distraído y apenas la miró cuando le dijo: me gusta su traje. ¿Sabe dónde están todos?, me he perdido; fue su respuesta. ¿Quiénes...?, dijo Alicia, que no sabía quiénes eran todos. Es igual, voy a buscarlos, contestó la muchacha

.....
³⁵ Feliz Navidad y próspero año nuevo.

del sombrero rosa. Era un atuendo muy extraño y sobre todo en esa época. Le gustaba mucho ese traje como de plata, con esos caireles³⁶ flotando.

La siguió a través del parque. Ella miraba los árboles uno a uno y repetía luego de examinarlos: es muy extraño, tenían que estar aquí... es muy extraño; lo que llenó de curiosidad a Alicia, porque no le parecía nada raro que todos no estuvieran en un árbol. Ni en un baobab podrían estar. A lo mejor estarán allá, en aquel grande, insinuó, más por alentarla que por otra cosa. Es cierto, puede ser... dijo sonriéndole, y echó a correr intempestivamente en dirección del árbol que Alicia le señalaba. El viento le arrebató el sombrero rosa, pero ella no se dio por aludida y siguió corriendo y se veía muy divertida con los rizos de colores y los flecos plateados a merced del aire que les hacía dar vueltas, arremolinándolos.

¡Oiga!: su sombreero..., gritó Alicia, pero ya no había nadie. El traje plateado y su dueña habían desaparecido, como si al llegar al árbol lo hubieran traspasado de un golpe.

¡Oiga...!, repitió, esta vez sin gritar, y echó también a correr en dirección del árbol grande.

Y el árbol se abrió a su paso. Y Alicia entró embalada, sin poder frenar, pero no hacía falta, pues no había paredes, ni árboles, ni nada contra lo cual pudiera chocar. Nada más que espacio. Un espacio cósmico, sin fronteras, en el que estaban todos, y con ellos, la muchacha del traje plateado.

Por aquí..., le dijo uno de ellos mientras la tiraba de la mano y se dirigía hacia el lado opuesto del que había indicado.

Alicia caminó de la misma manera, levantando exageradamente las piernas como hacía él; así no vamos a ninguna

.....
³⁶ Rizos de cabello artificial.

parte, pensó, pero no dijo nada. Recordó que lo mismo hacía la reina Roja cada vez que tenía que ir a algún sitio, y se dirigió a la dirección opuesta de donde estaban todos, sentados a la manera hindú. Cantaban un canto que ella trató de descifrar mientras se acercaba —en realidad, aunque caminaban en dirección opuesta, iban precisamente al encuentro de todos—; algo de que comprendía las palabras pero no su significado, o mejor, su significado era obvio pero las palabras no existían, o mejor, lo que significaban las palabras no estaba de acuerdo con el texto, o mejor... no sabía cómo explicarlo.

Serían unos doscientos mil. Hombres y mujeres. Todos jóvenes. Todos bellísimos. Todos vestidos con trajes espaciales: túnicas color luna de agosto y cabellos arcoíris, largos y sedosos, cantaban:

El rey lunfánico
se irá en su lunfo
submarineante,
y buscará una diandra
florante
roja para ti
cabalante
roja
para mí.
El rey cohéndrico
llegará, ¡sí!
en su gran lunfo
azulante

y muchas otras estrofas donde le pareció que predominaban los colores.

Se unió al canto. Al coro que repetía ONDÚLAME, SÍ... GRAN REY. Y se sentó, muy quieta, con las piernas cruzadas; los ojos puestos en aquel gran espacio. Ese espacio traslúcido como las alas de una mariposa, incontenible y suspendido, fresco como un vaso de agua, en el que todos y ella habitaban desde nunca y para siempre. Como en un sueño, pensó; un sueño al que nadie sabe por dónde ir ni cómo regresar. Y se pellizcó fuerte, para convencerse de que sí estaba despierta.

El *whisky on the rocks* empezó a surtir efecto.

Quiero nadar en un lago azul..., canturreó la señora Wilson; lástima que no esté con nosotros el general, dijo la señora Keller con voz soñadora, mirándola con ojos de compinche... y en un blanco balandro navegar..., continuó aquella, mientras se balanceaba a un ritmo imaginario y juguetón, de ondas inquietas.

Típico de la segunda fase. Cuando se cansa de hablar en francés comienza a añorar a su bravo capitán, sus aventuras veraniegas e incursiones de *sailing*³⁷; lástima... comenzó de nuevo la señora Keller, rememorando como una grabadora la historia de una vez que llovió durante todo un fin de semana y el general Putman tuvo que permanecer en la cabina del bote quemando hojas de eucaliptus porque se había pescado una gripe bronquial y entonces... me acuerdo, sí. Salió dejando un letrero: «Favor anotar las llamadas telefónicas. Estaré fuera el fin de semana. Cariños».

Plaga la casa de recados, especies de telegramas con su firma, fecha, hora y consabidos cariños. Limpiar el baño, cariños, señora Wilson. Recoger la basura, cariños, señora W.

.....
³⁷ Navegación.

No olvidarse de apagar la luz del corredor, cariños, etcétera, dirigidos a nadie y a todo el mundo. Aparecen siempre en los sitios más insólitos, cariños, señora Wilson. ¡Comediante! El que no la conozca se impresionará de seguro con el detalle, qué delicadeza, un personaje exquisito, ¿verdad? Sí. Seguro.

Lo único exquisito fue que ese fin de semana nada turbó el orden matutino ni el vespertino. Ningún telegrama en la regadera, ni en el espejo del salón. La lavadora tranquila, durmiendo una siesta de cuarenta y ocho horas, ¡oh júbilo inmortal!, la sierra de Oliver y el lavaplatos automático en silencio completo. Inolvidable.

También lo fue el regreso. Pero hay que hacer una retrospectiva rápida, un análisis global, digamos, de la situación, antes de hablar de aquel fin de semana.

Ante todo, una biografía a grandes rasgos del general.

Nombre: General Putman

Edad aproximada: Sesenta años

Estatura: Corpulenta

Características: Voz de trueno y bigote

Afición: Navegar

Profesión: General en retiro

Señales particulares: Ninguna

El general Putman telefona tres veces por semana, a las once y treinta de la noche, hora en que la señora Wilson está recluida en el *sancta sanctorum*, muy puesta, con su negligé

celeste, a la espera del repiqueteo, *hellooo!*, oigo que responde, y luego las risas, las interjecciones y gorgoritos hasta las tantas de la madrugada.

Hay una serie de factores —el telefónico diría yo que es por excelencia el factor— sobre los que la casa comienza a girar el lunes de mañana, para terminar el sábado a las 7:30, hora en que el general hace sonar dos veces el timbre de la puerta, grita el consabido *ahoooy!*³⁸ con voz de capitán de navío, y se acomoda en la cocina, a tomar té con tostadas. Son factores cíclicos, porque se condicionan con las estaciones. En invierno, por ejemplo, el general está fuera de la ciudad por cuestiones de salud, y entonces el grito sabatino se suspende; no así la llamada, por supuesto. En esos días la señora Wilson se muestra particularmente irascible, inquieta, deja letreros a diestra y siniestra, martiriza sin piedad la máquina de lavar platos, sube y baja las escaleras con ritmo de galope, nerviosa —por fortuna, la dispersión de energía de la semana se canaliza en los días en que el general llama por teléfono— y entonces el campanilleo rompe la tensión, descarga la atmósfera, suspende el batir de la lavadora, termina la caza al mensaje y el trotar de escalas, para dar comienzo a la vigilia telefónica.

Sí, lástima que no esté el general..., dijo la señora Wilson, y siguió tarareando la canción del balandro.

En primavera hay un ligero cambio de horario: las ocho y treinta; y para el otoño las cosas cambian de manera radical. En esa época la señora Wilson se dedica a la venta de sus enciclopedias infantiles.

El factor rosa disminuye con las primeras lluvias y el factor *sailing* se suspende definitivamente.

.....
³⁸ ¡A la vistaaa!

Y con este último empatamos la historia. Ese fin de semana la señora Wilson y el general Putman partieron rumbo a la costa; a navegar, navegar... vamos de *sailiiiiing*, ¡adióóósss...! Jehová sea loado, y todo lo que tenga que ver con la marina; cierran la puerta, cariñooooos, que no llueva, que no llueva al menos hasta que salgan de la ciudad, ¡buen viaje!, había una vez un barco chiquititoooo... ¿qué sería de nosotros de no existir el general y su yate?

Sailing para la señora Wilson es tener la biblioteca del salón de abajo repleta de manuales y manualitos sobre cómo aprender a navegar en veinte lecciones, que permanecen vírgenes en los estantes; jamás la he visto consultarlos, pues sufro de pereza mental apenas abro un libro, dice. Ojalá que no padezca de lo mismo el día que se vea enfrentada a un tifón marino, bueno, eso será problema suyo. Decíamos que fue inolvidable aquel regreso.

Y lo fue por dos motivos. El primero porque coincidió con la vez que Johnathan me había invitado al cine, y el segundo porque descubrí el final del juego. Un final obvio, por lo demás. Como obvia era la astucia con que ella lo había planeado. Se permitió un ligero sonrojo, un ¡oh, perdón!, ante mi gesto de sorpresa cuando entré a la sala y la descubrí bajo los bigotes, es decir, en los brazos del general Putman, buenos días, fue lo único que atiné a decir; ¡qué buenos días, son casi las cinco!, tronó el general levantándose del diván con dignidad de ofendido. Ah, cierto, sí... son casi las cinco, tenga la bondad de perdonarme, yo... como una idiota, como si yo tuviera la culpa de que la señora Wilson estuviera debajo de él en el diván de la sala, casi a las cinco y no por la mañana, en su cama, hubiera sido más cómodo, pensé, pero no lo dije, claro; era ridícula la figura a medio vestir del viejo, con aquel ligero a cuadritos rojos y azules, y las medias escocesas, y su aire

de capitán de navío atacado de sorpresa por el enemigo. Claro que son casi las cinco, más exactamente siete minutos para las *my dear* general Putman, hora en que yo estoy haciendo mi paseo dominical, lo siento, me aburrí en el Wimpy viendo los abejorros y, además, llovía también por esos lados, ¿ningún tifón marino, señora Wilson?

A este punto se me ocurre que la historia sufre una retrospectiva bicéfala. Porque lo de factor rosa en realidad coincidió, si se quiere, con el regreso de que hablo.

Las tres docenas y media de rosas amarillas que periódicamente inundaban la casa no llegaron esa mañana, ni la otra, ni la siguiente. Todos echamos de menos aquel olor dulzón de los jueves, olor a primavera, suspiraba la señora Keller recordando una juventud vaga en la que alguien le había mandado rosas, y el tono de ella, de la señora Wilson, ahhh..., las rosas, comentaba despectiva, como si en lugar de eso fuera no sé qué, y su gesto al buscar la tarjeta, zanzanear las flores hasta que la cartulina con el invariable «de Roman, con admiración y cariño» caía al suelo, y la tarjeta... añadía con tono igualmente fastidiado, sí, la tarjeta, repetía la señora Keller, que nunca se perdía el espectáculo, porque era más bien un espectáculo previsto para el mismo público, que decía el muy bonitas las rosas o qué bien huelen o hay que ver lo que costarán en esta época y ella desdeñosa, fastidiada, invadida de un aburrimiento lánguido de protagonista de película romántica; se necesita ser idiota, por supuesto, o estar enamorado hasta el cogote, como era el caso de Roman, obviamente, y cuando ese jueves no sonó el timbre a las seis de la tarde, ningún mensajero, cero rosas, Susan

comentó que la culpa era de la esquila lacrada que la señora Wilson conservaba en su caja de malaquita. De acuerdo. Y del ligero a cuadritos, ¿no te parece, Watson? Porque no hay que dejar en saco roto el bigote ofendido del general, su defensiva airosa al responder que eran casi las cinco, digo yo. No hay que complicar tanto las cosas, anotó Charles con mesura, con esa parsimonia que a ella la ponía frenética, ¡que no hay que complicar...!, pero quién está complicando..., y así toda la tarde, o toda la mañana, o toda la noche, la pelea de siempre; no te pongas histérica, que no se ponía de ninguna manera y que a su madre la conocía como a nadie en el mundo, es claro, para eso la soportas, mi querida Elefanta, pero no hay que olvidarse de la parte clave, de cuando ella entra en escena haciéndote creer que aquí no pasa nada. ¿No te parece que exageras?, dijo Charles, aburrido de tanta polémica barata, por supuesto que no; las rosas brillaban por su ausencia, ¿se necesita mayor prueba?

Era un espacio quieto, colorido y traslúcido como las alas de una mariposa. Un círculo mágico donde las cosas y los seres y los olores flotaban como si fueran pájaros o globos o cometas perdidas. Un sueño de verdad. No estaba dormida, por supuesto. Sintió el frescor de la hierba en su piel despierta. La sacudió el tacto de hojas húmedas, como musgosas, que tapizaban el aire, ¿tapizar el aire?, le dijo él, y ella dijo que sí, que era como una alfombra de sensaciones, algo que la cubría igual que una cúpula de cristal, no es cristal, le explicó: es la memoria del tiempo, y la invitó a que pintaran los árboles.

Qué raro, pensó, si antes no había ni un árbol; ¡ahh!, dijo él, adivinando su pensamiento, es porque los hemos pintado. ¿Pintado qué...?, pregunto fingiendo sorpresa. Los árboles, dijo, hemos pintado los árboles. Ah, ¿sí?, ¿y cómo...?,

insistió, por decir algo, porque era obvio que los barnizaban con pintura. Él metía y sacaba su brocha de un tonel, todos hacían lo mismo, sacaban y metían sus brochas de toneles inmensos y ahora aquello era un bosque enorme. ¿Por qué los pintan? Pues porque es una orden; de la reina de Corazones, seguramente, se dijo Alicia, y esto ya lo he leído en alguna parte.

... en traje dorado ir a la ciudad y la suerte hacerme echar... siguió cantando la señora Wilson, sin hacer caso a las buenas noches de su hija ni a la cara de irreprimible fastidio de Oliver, que comenzó a tamborilear con furia sobre la mesa, a contrapuntear fuera de ritmo la canción del balandro, una veeez, una vez... aunque solo sea una veeez... ¿No podrías llevar el compás?, dijo ella entre frase y frase, perdón, claro que sí, respondió él con gentileza, pero aquel espectáculo le reventaba más que a nadie; se sentía tan desgraciado como cuando se discutía lo de las tostadas en aceite en el salón de los viernícolas. Estoy segura de que en ese momento pensaba lo de una madre a medias porque recommenzó a tamborilear a destiempo, a camuflar detrás de las gafas de carey sus ganas de patear el mundo, de hundir el tal balandro y de quién va a saber cuántas más cosas.

Por supuesto que había oído hablar de la reina de Corazones. ¿Quería pintar ella también?, le dijo, y le entregó una brocha. Un árbol azul, otro amarillo, otro color naranja, ciruela, zapote, mamoncillo, mandarina, piña, guanábana, badea, pomarroja, cañafístola, dulumoca, granadilla, mora, anón, lulo, chirimoya, chontaduro, coco, fresa, y así, colores y colores con sabor a fruta. Es muy fácil, le había explicado, tienes que pensar en el sabor que más te guste, pero ella probaba y probaba los sabores y colores y el bosque crecía sin que se decidiera por ninguno, mango, aguacate, lima, limón,

grosella, guayaba, pera, níspero, tamarindo, cereza, uchuva, algarrobo, ahora quiero pamplemusa, pensaba, y el árbol se cuajaba de frutas redondas amarillas, ahora curuba, y aquel sabor agridulce recordaba un comedor, o un patio, o la entrada a la escuela, mamey, toronja, banano, chirimoya, pensaba, mientras la brocha dibujaba el sabor, el olor, el color, la forma, y ella saboreaba cada uno, lo palpaba, y todos se reían de la voracidad con que deseaba.

Se oyó de nuevo el canto
la reina mándrica
se irá en su mandra
ninfante
y buscará una lándira
bruma
para ti
perla
violeta
para mí.
La reina mándrica
llegará, ¡sí!
en su gran mandra
alirante.

Y luego el coro: ONDÚLAME, SÍ... GRAN REINA, y caminó muy despacio, ondulándose como decía el canto, saboreando cada olor al pasar, saturándose de la forma nueva que tenía el aire, posesa y poseída, inventada y creadora, alada y ágil, desenvuelta, como si en ese momento le hubiera sido permitido desprenderse del útero.

Puede ser una coincidencia, por qué no, lo de la caja de malaquita, pero ¿por qué no vino Johnathan a la cena de

Navidad? La pregunta no deja de ser inquietante. Sobre todo, si pienso en lo que sucedió aquella tarde, cuando me invitó a ir al cine.

Deberíamos acostarnos, ya es muy tarde, insinuó Jennifer, y creo que lo dijo porque pretendía lo que vendría inmediatamente después de la canción del balandro.

La señora Wilson se puso en pie con un esfuerzo más que notorio y, apoyando su antebrazo en la chimenea, con un gesto de heroína rococó, terminó la historia con un tralalá que en realidad no venía a cuento. Miró al auditorio como esperando un aplauso. ¡Ni hablar!, dijo con una sonrisa picaresca, mi canción... ¿no les gustó?, y entonces empezamos a intercambiar miradas inocuas, a esquivar la pregunta, claro que sí, oí que decía alguien, pero yo hice lo de siempre, no había otra alternativa y me concentré como mejor pude en las sombras del falso Murillo. Era el peor error del copista, lo descubrí hace tiempo. En aquellos ángulos en que el original despliega una atmósfera ambarina, realmente de maestro, el otro distribuyó verde a diestra y siniestra y la Virgen y el niño emergen como de matarratones, horrendo; y la señora Wilson iba ya por la historia de los reyes magos: ¿sabían que los restos de Melchor-Gaspar-y-Baltasar están en Colonia? ¿Y quién no lo iba a saber? Ni que fuéramos microcéfalos; y que las once mil vírgenes fueron sacrificadas en la misma ciudad, y que allí nació Max Ernst, y que a ella la llevaba la abuelita a visitar la catedral, y que la aguja de la catedral es la más alta de todas las agujas góticas, y que en el parque había una vieja que vendía barquillos los domingos, y... ¡qué mierda! A lo mejor me estoy precipitando. Pero insisto en que la ausencia de Johnathan en la cena de Navidad es algo que me perturba, por no hablar del rechazo de Roman; de su aspecto, allí en la calle, con ese frío glacial

y abrazado a las flores como a un salvavidas. Cómo olvidar aquel mutis grotesco y ese, su gesto, el de ella, la señora Wilson, decretando su suerte sin que la mano le temblara.

La tarde que Johnathan me invitó al cine no sucedió gran cosa, en realidad. Solo que no fuimos al cine. Me llamó el sábado como si nada, como si lo de Cleopatra, Nefertiti y demás no hubiera ocurrido, y dijo con voz insinuante: *hellooo*, ¿qué tal si vamos ver a Judy Garland mañana por la tarde? Presentan *El mago de Oz*, ¿te gustaría? Y por supuesto que dije que sí, que me enloquecería. Lo repetí eufórica; me enloquecería volver a verla, adoro al hombre de lata, se llama Ágata, la bruja, ¿no? Sí, se rio a carcajadas al otro lado de la línea: era una bruja verde y mala como... y no terminó la frase, ¿cómo quién...?, pregunté. Entonces nos encontramos mañana en el Wimpy Bar que está al lado del teatro, en Oxford Circus, a las tres menos cuarto, perdóname, tengo prisa, hasta luego; y me dejó pensando.

Me extrañó encontrar a Roman en el Wimpy. No me saludó, claro está. No tenía por qué. Ponía cara de no estar esperando, pero lo noté nervioso, mirando el reloj cuando se hacía el que revolvió el azúcar y tiraba continuamente del nudo de la corbata italiana color malva —un tipo atractivo, sobre todo si se piensa que tiene casi la edad del general—. Por supuesto que me hice la que no lo conocía.

Digo que me extrañó porque ese domingo llamó al mediodía para disculparse. Que se iría a Birmingham por una semana, dijo, un viaje imprevisto, pero la señora Wilson hizo un gesto de me importa un pimiento cuando le di el recado, y dos horas más tarde apareció el general y se fueron, adiós... que nos vamos de *sailing*, etcétera, a pesar de que ya era la época de lluvias.

¿Por qué no nos deleita con la canción de las lilas, señora Wilson?, se le ocurrió a la señora Keller sin contar con

la opinión ajena, lógico; a mí me encanta... ¡Deleitarnos! Unas maleducadas. Un par de viejas alcohólicas y egoístas. Eso eran.

Un poco antes de que salieran de *sailing* llegó la carta. Es para usted, señora Wilson, dijo la señora Keller, entregándole el sobre celeste.

Vi que el papel que sacó del interior era también azul y que ella se ponía prácticamente del mismo color mientras abría y cerraba los ojos como si no pudiera leer y nos miraba a la señora Keller y a mí, que estábamos desayunando y hablando precisamente de lo importante del color en las misivas, sobre todo si estas eran de carácter romántico; nos dirigía una mirada fuera de las órbitas, que yo interpreté como ¡socorro!, no sé. Fue sorprendente. Deducíamos en aquel momento que la esquila en cuestión tenía que ser un detalle sentimental, exquisito, del adorador de las rosas amarillas y por supuesto que nos quedamos tías, observándonos de un extremo de la mesa al otro sin atinar a nada, mudas, qué íbamos a decir si nos miraba como si de repente descubriera un espanto, se va a caer..., musitó la señora Keller, insinuándome que me levantara a sostenerla, y en realidad estaba blanca, de un blanco terroso que asustaba; trató de caminar hacia la estufa, pero no hacía otra cosa que oscilar en redondo, como si fuera a sufrir un patatús; y yo, ¿qué hago...?, respondí con otro murmullo, sintiendo que mis piernas se convertían en flanes, ni que la esquila azul fuera para mí. ¡Cierre la puerta...!, gritó la señora Wilson, emergiendo improvisadamente de su conmoción, le digo que la cierre..., maldita puerta; tenía que haberla arreglado Oliver el sábado pasado, ahora mismo le voy a echar aceite o algo, dije, mientras me iba en busca de la aceitera, lo que no era otra cosa que una excusa para salir corriendo de situación tan fastidiosa. Está

el estante de arriba, me indicó la lechuza sabia, claro, la señora Keller, ah, ¿sí?, podía haberlo dicho antes, y Oliver podía suspender el alboroto en el sótano, ¡maldita sea!, pero no alcancé a llegar porque la puerta se cerró sola, de un tanguazo, ya lo había pronosticado yo cuando empezó el otoño; el día menos pensado ese vidrio se va a volver añicos, dije, y así quedó, rajado en tres pedazos.

Le he dicho a Oliver que arregle de una vez por todas esa puerta, ¡Oliveeer...!, pero él con su serruchadera que la iba a oír; la cocina va a quedar como una nevera, apuntó con una vocecita nerviosa la señora Keller, mejor le ponemos una cinta adhesiva por el momento, ¿qué le parece? Ni fu ni fa. Se dedicó otra vez a la lectura del mensaje azul, pero en esta ocasión nada de tembleques ni ojos despepitados. Diría más bien que la suya era una mirada apacible, sí, como la de un niño que duda sorprendido ante la hoja de otoño que intempestivamente le cayó en una mano, igual; y cuando la señora Keller le preguntó dónde estaba la cinta para poder pegar de una vez el bendito vidrio y no quedarnos esa noche como pingüinos, ella continuó inmersa en aquel trance perplejo, muy quieta, no lo sé... respondió con acento vago, mientras se dirigía como sonámbula al escritorio del salón, no sé dónde estará la cinta adhesiva ... y con gesto automático sacó el lacre del primer cajón y de otro unas fotografías, y comenzó a quemarlas con fruición, una por una, luego de haberlas partido cuidadosamente en cuatro; quién sabe de quién serán, oí que se preguntaba estupefacta la señora Keller, y entonces vi cómo después de que incendiaba ese montón de cosas agarraba la caja de malaquita, que estaba en un cajón secreto, y depositaba allí la esquela con cenizas y todo.

No creo que me precipito cuando me refiero al caso de las rosas, lo del Wimpy y eso. Porque si pienso bien en cómo se desarrollaron los acontecimientos, todo se pone claro como el arroyo soñoliento, *Watson dear*.

Me hice la que no conocía a Roman. Después me aburrí de esperar y por lo visto a él le sucedió lo mismo, pues se puso en pie en el momento en que yo había decidido que al diablo Johnathan y *El mago de Oz*.

Pagó en la caja y salió sin prisa, dirigiéndose hacia Oxford Circus, que parecía un panal. Todo el mundo yendo y viniendo, entrando al Golden Egg o al Wimpy, pero sin consumir nada. Abejorros sin un céntimo en el bolsillo.

Ya eran como las cuatro y el cielo se fue encapotando. Va a llover, me tengo que meter en el metro o me voy a volver sopa, pensé, mientras me levantaba a pagar. Cuando estaba en la puerta me abordó uno de los abejorros; qué se estaba creyendo, ¿que yo era una abeja reina? Y entonces vi a Johnathan.

Su cabeza rubia sobresalía por encima de la gente que iba de aquí para allá y agité el brazo en señal de saludo, pero ni me notó porque en ese momento miró para otro lado —la película la veríamos ya empezada, por supuesto—, y el abejorro siguió insistiendo. Me están esperando, repliqué con

tono suficiente; el rubio de las patillas largas... aquel. ¿Lo ve...?, pero el rubio de las patillas largas nos daba la espalda y se encaminaba hacia Picadilly en compañía del otro, del tipo con traje a rayas y corbata color malva; ¡no me digas!, se burló el muy empalagoso. ¿Qué te parece si vemos *El mago de Oz*? Lo presentan aquí mismo, en el... y se quedó mudo, viendo cómo las lágrimas se me escurrían y el rímel y todo. Hecha un asco.

Que por favor, que la canción de las lilas podían dejarla para la velada de los Reyes Magos, que ya era muy tarde y que mejor ir a acostarnos, insistió Jennifer, pero no hubo forma porque la señora Keller suplicó que no; que la cantara, que ella le hacía el dúo, ¡Oh!, *les lilas du printemps*³⁹... entonces la señora Wilson y animó a la señora Keller a seguirla. Esta asintió con un gesto, abrió la boca dispuesta a secundarla pero no emitió ningún sonido. Sonrió beatíficamente y se desgonzó en una silla doblando la cabeza igual que un gorrión. Borracha perdida.

Entonces la risa de la señora Wilson se oyó en todo el vecindario, ¡qué carcajadas! Como si aquel cuerpo desmadejado, doblado igual que un pájaro con frío, tuviera relación con algo divertido.

La posición de la señora Keller permitía ver sus muslos casi hasta el final. El broche elástico agarrado a la media y después la carne del color de esos peces panzudos que uno se encuentra de madrugada apelmazados en la playa, no es nada divertido, estimada señora, no veo por qué tanta risa. Se llaman peces sapo y el mar los rechaza por feos, me imagino, y por pipones, por gordos, se revientan de tan inflados

.....
³⁹ Lilas de primavera.

y cuando se los pisa descalzo aquello se desflora liso, baboso contra la planta del pie y entonces de tiosos que se ven al principio van quedando así, gelatinosos; más bien es algo que revuelve el estómago, pero a ella seguramente no le había sucedido. ¿Ni cuando va de *sailing*, señora Wilson?, ¿ni en aquella época de la guerra cuando usted cuidaba su perrito cocker, su vajilla y sus cubiertos de plata? ¿Jamás ha visto algo cetrino, fofo, desgonzado en una silla?, ¿colgando de un árbol?, ¿agarrotado contra una alambrada? ¿O es que ya no se acuerda...?, haga un esfuerzo de memoria, mamá, ¡por favor!, la regañó Oliver, que tenía cara de todo menos de risa: mamá, que ya es muy tarde... y entonces ella empezó a vociferar, ¡apaguen esa luz...!, ¡te digo que la apagues... Johnathan!

Era para reírse, por supuesto. El rímel y las lágrimas escurriéndose por las narices y el abejorro pensando seguramente que por idiota y por creída me pasaban esas cosas. Y por porfiada. Lógicamente. Pero no me quedé esperando a que me lo dijera. Hasta otro día, saludé con cara de duquesa ofendida, y sin pensarlo dos veces salí como un tiro en dirección de Picadilly.

El rubio de patillas largas y el tipo con traje a rayas y corbata color malva, caminaban tan tranquilos por el paso de peatones, cruzaban hacia el paradero de buses como si fuera la cosa más natural del mundo, como si no les importara que yo existiera, ¿y tú cómo has estado?, le diría Roman; yo estupendamente, contestaría el otro, y mi cara empegotada de rímel por su culpa, ¡tarados!

Me quedé comprando *popcorn*⁴⁰ en la esquina, oculta discretamente detrás del vendedor y cuando agarraron el 28 y

.....
⁴⁰ Palomitas de maíz.

vi que se acomodaron en el piso de arriba, me colé mientras el bus estaba ya arrancando y me instalé abajo, sentada al lado de la escalera.

Se bajaron en Knightsbridge, muy charlatanes, muy orondos, y los seguí a distancia, parándome de vez cuando a mirar una vitrina o un puesto de revistas como hacen en las películas de detectives, pero la precaución sobraba pues ellos ni una sombra de duda, ni un cruel remordimiento, nada. No volvieron la cara ni por equivocación. Entraron en un supermercado y salieron a los cinco minutos con dos paquetes, salchichas y cerveza, de seguro, y se encaminaron hacia King's Road. Van para su casa, pensé, pero no tenían ninguna intención por el momento. Se metieron al parquecito de Sloane Street y tuve que esperar casi veinte minutos detrás de un árbol. Observarlos caminar de la fuente al banco y del banco a la fuente, sin dirigirse esta vez la palabra; Johnathan azotando los árboles con una rama seca y Roman mirando a intervalos el cielo, ahora sí que se va a desatar... y resolví que me largaba, cuando ellos por lo visto decidieron lo mismo. Se dirigieron hacia la salida y por poco me descubren cuando Johnathan se detuvo de improviso en el puesto de flores a comprar dos claveles. Se colocó uno en la solapa, ofreció el otro a su amigo, y con aire decidido se encaminaron por fin hacia King's Road.

Lo demás, ni para qué contarlo. Me fui a casa y fue entonces cuando me encontré con el espectáculo del diván y todo-claro-como-el-agua, decíamos. Ella no iba a dejarnos con la idea de que lo de la esquila azul y las rosas y la llamada de Roman la afectaban en lo más mínimo. Y fue un final del juego no esperado, aunque obvio, repito.

Son cosas inesperadas siempre. O sea, que alguien de repente lllore ante un espectáculo apacible o se ría delante del féretro de la madre, o yo no sé, fue repentino su grito de

¡apaguen esa luz... te digo que la apagues... Johnathan!; primero porque Johnathan no estaba en la reunión, como ya lo conté, y segundo porque esa luz, la que ella decía, no existía. La que ella señalaba era una luz que provenía de la ventana, o sea, como si proviniera, y la única luz del salón era la de una lámpara de pie que estaba al lado de la chimenea; nadie entendió al principio de qué estaba hablando, yo pensé que lo del ataque de risa y mi historia de los peces sapo eran la consecuencia de un acto tercero, esta vez lady Macbeth sentenciada, con los ojos vidriosos, replegándose hacia el diván de terciopelo, acosada, condenada a la hoguera, van a matarnos... nos van a encontrar, nos van a encontrar... van a matarnos, ¿matar a quién, mamá?, le preguntó Oliver, fastidiado por semejante escena, ¿no ves que esto es una fiesta de Navidad? Pero ella no lo oía. Se replegaba centímetro a centímetro, cautelosa, sin mirar para atrás, tanteando el aire con las manos temblonas, hazme caso, Johnathan, te dije que nos encontrarían. Nos matarán como a los otros... y seguía diciendo que había que esconderse, escapar, que la casa la iban a destruir las bombas, hasta que se tropezó con el diván y entonces sin dejar de observarnos, de vigilarnos ni un segundo, se trepó encima, se quedó allí por un momento y repitió que había que escapar, lo mejor es irnos a dormir de una vez, dijo Jennifer, tratando de tirarla por un brazo y obligarla a bajarse, pero ella con un salto agilísimo se parapetó detrás del mueble.

La situación no podía ser más incómoda. Ella acurrucada, gimiendo como una plañidera, poseída por un terror desconocido que la hacía gritar ahora que no se la llevaran, como si Jennifer lo quisiera, o como si alguien hubiera en realidad intentado arrastrarla lejos de su casa, sus hijos, son tres niños... suplicaba; la historia de antes, pensé, pero no era ninguna historia de antes, era de veras, o parecía al menos,

no sé, parecía algo horrendo que al principio me negaba a entender, yo solo sabía lo del señor lord y los cubiertos, claro que cuando leía los periódicos y ella empezaba con la cantinela... claro que sí, era por eso: porque sabía muy bien; y yo contándole lo que leía o veía de vez en cuando en las películas. Porque la he visto nada más que en el cine, pobre de mí, o mejor, pobre de usted, señora Wilson. Solo sé que es una luz lechosa, fría, que cuando estás tirado en la cama ves cruzar como un rayo. Entonces cuentas hasta veinte y ella regresa. Metálica. Como un chorro de agua a presión horadando la litera y los ojos y el cerebro, y cuentas otra vez y la observas de reojo pintarse en las paredes como en un cuadro op, como un flechazo, un latigazo, una ráfaga; cuentas despacio porque sabes que siempre llega a tiempo. Porque la cifra no variará por más que lo intentes. No te preocupas por nada más de lo que ocurre a tu alrededor, pues lo único importante es no dejar que ella te sorprenda, diecisiete, dieciocho, no hay que descuidarse, contar con cuidado, llevar el ritmo con los pies, si es posible, eso ayuda, o con el dedo índice de la mano izquierda, diecinueve, veinte, allá pasa, rauda, veloz como gacela en llamas, flecha ígnea, mariposa inflamada, allá va de nuevo, allí viene, golpe seco de una puerta, un disparo, un aullido, un mal sueño, hay que despertarse, abrir los ojos, salirse del cine y jurar que no se vuelve nunca más a ver esas películas, que no vuelvo a contárselas más bien, señora Wilson.

Susan bajó las escaleras dando tumbos. Detrás de ella, los ángeles de Piero della Francesca, con sus caritas mustias, estremecidas; no comprendían: ¿qué le pasa a mamá?, dijo uno de ellos al ver a su madre parapetada detrás del diván de terciopelo y con los ojos prácticamente salidos de las órbitas. Esta seguía agazapada, al acecho, lista a saltar encima del

primero que se le acercara, y fue Susan la que trató de hacerlo, mamá... ¿por qué no sales de ahí...?, empezó a decirle, pero ella hizo un gesto de no te acerques, no te atrevas, que la hizo detenerse a mitad del camino; mirarnos como preguntándonos qué hago, pero no había nada que hacer. Qué quieres que hagamos, mi querida Elefanta, tarde o temprano se paga el pato y no siempre se lo come el que lo paga, como anotábamos el otro día.

Regresen a dormir, ordenó Jennifer a las niñas, jugando a un juego muy divertido. Y tan divertido. Aquello fue como una palabra clave. Al oír lo de juego, la señora Wilson empezó a gritar de nuevo, ¡Johnathan...!, no me dejes sola, Johnathan..., y salió de su escondrijo con la misma rapidez con que había entrado. Primero se quedó en medio del salón, desconcertada. Después empezó a tambalearse como si le faltara el piso, trastabilló y cayó agarrándose a lo primero que encontró, a las rodillas de Oliver, que se quedó perplejo, vacilante, como si dudara entre sacarse de encima una sanguijuela o algo peor, ¡Johnathan! ¡Johnathan!, repetía, y este es el juego, mi querida Sara, y digo yo: ¿hasta cuándo tendremos que soportar sus ataques, su paranoia recursiva, ese maldito ir y venir de miedos, de llantos y canciones de lilas?, ¿por qué no abajo el telón?, ¿por qué no le dan un *whisky* doble?, dije, pero la escena continuaba. Lady Macbeth rodeada, esta vez, de troyanas, de aves de rapiña esperando voraces mientras cruzan con placidez el cielo de Argos, es tu momento, Orestes, no lo pierdas, es el momento de atacar, destruir, vengarte, todo por las tostadas en aceite, ¿recuerdas?, ella rendida, aferrada a sus hermosas grebas⁴¹,

.....

⁴¹ Pieza de una armadura antigua que recubre la pierna.

él indeciso, empuñando la espada, el coro en un rincón de la escena, silencio; no quiero ir a acostarme, dijo el otro ángel de Piero della Francesca, pero nadie hizo caso, la situación crecía como un río salido de madre, es tu momento, nuestro momento, el momento universal, tienes que hacerlo, Oliver, y él lo hizo. Que no soy Johnathan, mamá... dijo entre dientes, que sabes muy bien que no soy Johnathan, y empezó a darle bofetadas sin parar y a zarandearla como si fuera un ciruelo.

Al día siguiente de lo de *El mago de Oz*, Johnathan llamó para disculparse: lo siento horrores. No pude ir a esperarte en el Wimpy... ¿Que no pudo? ¡Tenía coraje!

Y Roman, con su corbata malva, tampoco estuvo en el Wimpy, ¿verdad? Muy capaz de negarlo. Será que estoy sufriendo de alucinaciones, oyendo voces como la pobre Juana.

Está bien que no me reconozca; yo por mi parte identificaré esa corbata donde quiera que vaya. Fue lo primero que me encontré delante aquel domingo, cuando vino a preguntar por Susan. Abrí la puerta y él muy gentil: que buenos días, que si estaba la señorita B... y yo que sí, que la iba a llamar, y creo que se quedó cortado, pues no despegué los ojos de su corbata, pero es que siempre ha sido superior a mis fuerzas.

Es una tonalidad que no puedo soportar: el malva. Me da sarpullido y estábamos hablando de eso, de los colores que te producen alergia, cuando la Elefanta, atragantada de mazapanes, me contó que lo habían mutilado a sangre fría con una cuchilla de afeitarse para que confesara el escondite de otros judíos amigos suyos.

Se dio cuenta de que conservaba todavía la llave, pequeñita y dorada, ¿qué hago con ella?, preguntó al extraño ser que estaba a su lado. Lo que mejor te parezca. Abre las puertas o divide en dos el río: es asunto tuyo. ¿Dividir en dos el río? Sí. O atravesar las pirámides, o el infierno, o sacar de su cofre la flor del paraíso... Si quieres te acompaño. Bueno, dijo tímidamente, pero es que va a llover.

El cielo brillaba como si las nubes estuvieran recién pintadas de un color pizarra. No tengas miedo, ven... le dijo él, o ella, no sabría decirlo; tenía cabellos arcoíris y túnica de plata y una mano delgada que apretó nerviosamente la suya. ¿Cómo te llamas...?, dijo en el momento en que comenzaron a caer las hojas. No lo sé. Y tú, ¿cómo te llamas? La borrasca empezó a cubrir el espacio de amarillo. Las hojas caían a toneladas; se desprendían de los árboles en danza arrebatada y caían sin ruido como bailarinas exhaustas. Los cantos continuaron:

porque yo creo que es amor
porque yo siento que es amor
porque yo quiero que sea amor
sé amor
dame amor

bebe amor
sueña amor

Y supo que en realidad estaban abriendo todas las puertas, cruzando todos los infiernos, atravesando pirámides y paraísos, dividiendo los ríos; ven, amor, le dijo horadándola igual que un lanzazo dulce, desgarrador; no tengas miedo; no lo tenía. Sintió de pronto cómo sus entrañas se llenaban de frutos blandos y jugosos, yo te acompaño, ven... y la arrastró como a un barquito de vela; la convirtió allí mismo en delta espeso y extendió entonces los brazos como si fueran ramas de agua, canal de azúcar por el que descendía con ímpetu devorador, convirtiéndola en víctima y ofrenda, ¡amor!, sacrificando sus lisuras, remediando todas sus ausencias, voy contigo, no temas...; y las hojas caían, amarillas y secas, presagiando un entierro jubiloso, mientras sus cuerpos reconocían por primera vez el frescor de la tierra húmeda.

Vio cómo todos dejaban las túnicas para vestirse de hojas de otoño, como ellos.

Miró de nuevo el cielo y vio el dragón. Escupía fuego a diestra y siniestra y batía con tanta fuerza sus alas metálicas que no solo desató una nueva ráfaga de hojas, sino que arrancó de cuajo los árboles, los puentes; la estatua de Byron se desprendió blandamente de su pedestal y se tendió a dormir sobre la hierba, con los ojos abiertos, jamás había contemplado nada semejante; ¡el fin del mundo!, gritaban hombres y mujeres, corriendo atropelladamente por el parque, ¡todos a sus refugios...!, gritaban las voces por los micrófonos, e inmediatamente se encendieron las pantallas de televisión de emergencia. ¡DECLARAMOS EL PAÍS EN ESTADO DE GUERRA NUCLEAR...!, decía el hombre desde la pantalla con voz tranquila, ordenamos

a la población guardar calma y obedecer las instrucciones número dieciocho y veintitrés, repito: número dieciocho y veintitrés... y vio cómo las moscas mecánicas invadieron de nuevo el aire, pero fueron barridas en menos de un segundo por las bocanadas del dragón, que lanzaba esta vez rayos láser. Unidades especiales salieron entonces a la calle, dispuestas a controlar la situación, pero fue inútil. La torre del Big Ben oscilaba ya, se descuajaba igual que una flor de cemento gigantesca y caía en el río, que la recibió en su lecho sin levantar espuma, atónito.

Vio cómo la atmósfera se cubría de un vapor neblinoso que descendía con la velocidad de un aguacero y dejaba los edificios y las calles manchados de ese color como de cal; contempló la ciudad que se fue abandonando, hundiéndose en un profundo sopor blanco, que duraría seguramente siglos, pensó, y se dio cuenta de que todos estaban aún vestidos de hojas amarillas; hasta luego... le dijo, tengo que irme porque es tarde y además creo que va a llover.

Yo también creo que lo mejor es irnos a dormir, insinué cuando Oliver dejó de estrujar a su madre y la situación quedó en suspenso. Nadie dio muestras de cotejar la idea, así que me fui hacia donde estaban las niñas, pobres criaturas olvidadas, y las acompañé a su dormitorio. Cuando regresaba, sentí el timbre del teléfono repicando en el *sancta sanctorum*, y como estaba a dos pasos, me lancé sin pensarlo dos veces, agarré el auricular y oí la voz de Jim, que decía desde el teléfono del salón, es para usted, señora Wilson. ¿Quién llamará a estas horas...?, luego un silencio de medio minuto, y otra vez Jim en tono bastante fastidiado: que es para ella...; cómo iba a responder en ese estado, *hello!*, dije fingiendo que no me había enterado de que de abajo habían descolgado, *hello*, oí la vozarrona torpe de Henry: ¿Hablo con la señora Wilson?,

por supuesto que no, la señora Wilson está atolondrada por la paliza y los sacudones de Oliver y además sigue empeñada en que apaguen la luz y que las bombas van a destruirnos de un momento a otro y ya estamos fritos con el cuento, ¿cómo va la venta de aspiradoras?, estaba por responder, pero interrumpió el *hello!* de Jim, ¿quién es...?, ¿quién iba a ser!, que es para tu madre, gritó a Jennifer seguramente, ¿se va a poner o no? *Hello!*, respondió la señora Wilson, como si saliera de ultratumba, feliz Navidad, yo estoy muy bien, claro que sí, estupendo... estupendo, claro que sí... y más o menos eso fue lo que oyeron los que estaban en el salón, desgraciados de ellos, y desgraciada de mí, por supuesto; colgué cual rayo y me bajé a la misma velocidad, pues por nada del mundo iba a perderme lo último que nos faltaba: Henry.

La primera vez que lo vi estaba en el salón enfundado en su abrigo de oso y con las mejillas como las de los bebés que anuncian talco Menen, rosaditas, atareado en armar y desarmar un aparato que según él era uno de los inventos del siglo. Es muy fácil..., le decía a la señora Wilson, mientras luchaba con un cepillo que no había manera de que entrara en su horma, muy fácil, ¿lo ve?, pero cuando le dio al botón de arranque el cepillo salió como una catapulta hacia la chimenea, ¡María Antonieta!, gimió la señora Wilson, tratando de que no se le notara la angustia que le producía la decapitación, pero María Antonieta —que por lo demás era falsa y de un color blanco arcilla en vez de brillante, como correspondía a la porcelana de la época, y no me explico cómo tiene el valor de decirle a todo el mundo: es auténtica, me la regaló mi marido, el señor lord...— caía hecha cisco sobre el tapete, ¡ohhh!, lo siento, dijo el hombrecito, que no atinó a desenchufar el aparato que comenzó a dar vueltas como una perinola y a barrer de aquí para allá; yo entraba a

preguntarle no me acuerdo qué a la señora Wilson, y me dio un ataque de risa de esos que le hacen doler a uno la mandíbula, ¿qué es lo que le produce tanta hilaridad?, farfulló el hombrecito, que ahora tenía los cachetes rojo púrpuras y la calva sudando a chorros. No le pude contestar, claro, ¡la aspiradora!, gritó la señora Wilson, se está comiendo el tapete...; el aparato se había aburrido de barrer, me imagino, ¿se va a dejar de reír o no? A cualquiera le pasa, por supuesto, se pierden los estribos en un caso así. Lo mejor que podía hacer era agarrar por la cola su invento del siglo y largarse antes de que la dueña de casa lo pusiera en la calle.

¿Ha visto al unicornio?, le preguntó, y ella respondió que no, fastidiada de tener que responder siempre a sus preguntas. ¿No lo ha visto?, insistió incrédula la reina Blanca. Por supuesto que no. Y además no creo en unicornios. ¡Que no cree...! Pero si... No me da la gana, le interrumpió, antes de que empezara de nuevo con sus historias de que hacía frío. ¿Era niebla lo que cubría el parque o estaba soñando? Hoy era el día de la piedra blanca, le había dicho él, sí, niebla motosa, ¿usted no ha visto al gato?, le preguntó a la intrusa; pero lógicamente ella no sabía, porque ni *bats-eat-cats* ni nada de nada: hay que creer por lo menos en seis cosas imposibles antes del desayuno, insistió la reina Blanca, ¿verdad? Por supuesto sí, dijo la reina Roja. Ella ni se enteró de cuándo había llegado. Bueno, ¿y qué...? ¿Cómo y qué? ¿De qué sirven los árboles, por ejemplo? ¿Para qué sirven los árboles?, le corrigió. Se puede decir «de» o «para», da igual. Los árboles sirven para que las hojas tengan de dónde aferrarse. Exacto, dijo la reina Blanca. Los árboles sirven para que la gente sepa dónde están los bosques. Exacto, corroboró la reina Roja. No soportaba ese par de sabiondas. Los árboles sirven para que la niebla se enrede en ellos y uno a su vez se enrede en la niebla

neblina neblinosa, hoy era el día de la piedra blanca, le había dicho: día en que todo comenzará de nuevo. ¿Todo? Sí. ¿Y yo también? Claro que tú también, y las cosas, y los nombres, ¡todo! No supo si cantar o reírse. Si estuviera en la playa, elevaría una cometa, de seguro, o bailarían en escuadrilla, *will you, won't you join the dance?*⁴², como si fueran el grifo y la tortuga.

¿Quieres oír el mar?, le dijo, y estuvieron no sabe cuánto tiempo oyendo batir las alas de las gaviotas y los pelícanos, las olas llegando a la orilla, arrítmicas, yéndose y regresando, componiendo y descomponiendo abanicos de sal, el vuelo rauco de los alcatraces, ni una sola nave, solo mar, mar gris oscuro y violento, ¿lo oyes? Respondió que sí con la cabeza. El mar. Los alcatraces. Las olas. Las palmeras... Dámela, tengo que irme. Y se llevó la caracola, dejándola otra vez en medio del parque, con las señoras que corrían arrastrando los cochecitos azules, siempre son azules los cochecitos, y ella no sabía por qué, podían fabricarlos también amarillos o verdes, pero no, siempre azules, de lona azul marino, llovía a chuzos, tal como lo había previsto, ¿por qué tenía que irse? Era el día de la piedra blanca. La reina Roja pasó como una flecha por su lado, llevando de la mano a la reina Blanca; está lloviendo... está lloviendo, repetía con vocecita de oboe, ¿y el conejo...? Claro que está lloviendo, respondió en el mejor tono posible, qué aburrimiento: mejor nos vamos al lago, ¡pronto!, ¡al lago...! Y se embarcaron en un bote sin vela y comenzaron a remar, ya sabía el final: se convertiría luego en una oveja y daría órdenes absurdas, *feather!*⁴³ Cualquiera iba a soportarla con sus aires de vendedora de baratijas.

.....
⁴² ¿Te unirás, no te unirás al baile?

⁴³ Pluma.

La aspiradora me gusta, dijo ella, y a nadie se le hubiera ocurrido después de lo de María Antonieta; es moderna y barre muy bien. La compro. Y así completábamos el equipo. Lavadora, lavaplatos, licuadora, moledora de café, tragadora de basura, todo automático, además de los ruidos en el sótano, la televisión de la señorita del segundo y el baño de la Elefanta, Dios nos guardara; el hombrecito se apresuró a recoger lo que quedaba de la porcelana —tuvo un gesto de hacerlo con la aspiradora, me di cuenta, pero se contuvo; demasiado violento— y dijo mirándome con aire de triunfador, como si me importara su piel de oso y sus cachetes de nalga de princesa: son cuarenta y ocho libras, señora Wilson. ¿Quiere usted abonarlas en seguida o le envió la factura...?

A partir de ese día se convirtió en viernícola, lo que puso en peligro las aspiraciones del general Putman —si es que las tenía—. El teléfono duplicó sus repiqueteos, sonaba a las horas más insólitas, absurdo: Henry por la mañana, Henry por la tarde, Henry al alba, con su piel de oso en pleno verano, hablando bestialidades, porque jamás le oí una frase normal, interesante al menos; siempre vociferando como si se dirigiera a sordos, que no soy sorda, le dije una vez, y entonces me contestó que no había peor sordo que el que no

quería oír y se desternilló de las carcajadas, como si hubiera dicho, yo qué sé, ¡zoquete!

Es mi amigo Henry, aclaró la señora Wilson, lo he invitado a tomar una copa con nosotros. Y todos se quedaron como si hubiera anunciado la llegada del ciclón María o algo así.

No estoy dispuesto a soportar a ese tipo en mi casa..., reaccionó Oliver. No lo estoy en absoluto, e hizo un gesto de marcharse, pero la señora Wilson se interpuso cual flecha y con retintín picante le increpó: ¿tu casa...?; y volviéndose luego hacia nosotros: mi casa, querrás decir. La casa de tu madre, Oliver *dear*. En la que entra y sale quien yo quiera, ¿comprendes? Comprendido. Nada que refutar, por supuesto.

Orestes se quedó apabullado, con la cabeza gacha y las gafas en la mano, como si lo de los estrujones hubiera sido historia antigua. Está bien, pareció que decía mientras les echaba vaho a las gafas y se sentaba en lo que antes había sido la trinchera de ella; ¿y las bombas...? ¿Qué pasó con la guerra? Además, ese tipo, como lo llamas tú, continuó convencida de tener la situación en el puño, es un hombre de confianza al que espero... pero no terminó. Él no estaba de acuerdo. Aunque su casa fuera la de ella y tuviera que salir como lo hicieron Charles y Roman. ¡No voy a tragármelo...!, afirmó arriesgándose, mientras se levantaba del diván, y no me lo trago porque no me da la gana... y a la palabra *tragar* la señora Keller, pobre pajarito desguanzado en su silla, se despertó, y como no entendía por dónde iba tabla contestó entre gallos y medianoche que gracias, que ella no tenía hambre. Había que verlo tal como estaba sucediendo. Oliver, congestionado hasta el pelo, con la cara más sembrada de granos que de costumbre y aduciendo en tono de arenga que el único hombre a quien él

respetó, honró y amó había sido a su padre y que nadie, absolutamente nadie, lograría jamás de los jamases que suplantara el autor de sus días por un mequetrefe que vendía aspiradoras y al que le olían mal los pies. ¡Oh, furia de las ménades! ¡Tú lo que estás es celoso...! ¡Tú lo que te mereces...! ¡Tú ...!, y no paraba con que él era un egoísta, un resentido, un hijo prepotente, un ser con ánimo contradictorio y él muy callado, aguantando, hasta que ella dijo lo de Johnathan y entonces sí fue. Como una represa que salta de sus bordes, a todo chorro, Oliver desembuchó la historia completa, o casi. Porque el resto no era más que cuestión de atar cabos.

En realidad, la señora Keller y yo habíamos armado más o menos las piezas que andaban por ahí rodando, y cuando la señora Wilson remató con lo de Johnathan, mi hijo, acentuando el *mi* para que no quedara la menor duda, constaté que lo de la caja de malaquita era realmente el último eslabón.

Johnathan, mi hijo, jamás se permitiría un desplante así con su propia madre...

Por supuesto que no, la interrumpió en tono afilado Oliver. Que su hijo Johnathan no se permitiría nunca responder a la autora de sus días en la forma que él lo había hecho, que eso lo sabíamos todos y que si lo que quería era traerlo a cuento podían aclarar de paso lo de las rosas amarillas; ¿no te parece? A ella no, por supuesto, no le parecía nada, pero él seguía con las insinuaciones, que por qué no explicar a los presentes el motivo por el cual su primogénito no había asistido a la cena de Navidad como cualquier hijo dilecto de familia, a ustedes a lo mejor les interesa; claro que sí, mucho más que eso, ¿verdad, Watson?, a quien no va a interesarle semejante intríngulis, charada, adivinanza, lo de la caja de malaquita lo primero: qué hay escrito en la misiva azul, por

qué Roman fue puesto de patitas en la calle, todo eso y más habría que investigar, saber, resolver de una vez, Henry que pitos toca, por ejemplo, estuve tentada de decir, pero me quedé como todos, hipnotizada, abatida por la aventura verbal en que se había embarcado Oliver, qué despilfarro de lenguaje. El récord de las veinte frases lo batía con ventaja y no parecía con intención de terminar, y por qué Johnathan no vino, es cierto: por qué comparar a Roman con un hombre al que no se le veía la clase ni por el forro, ¿o es que ustedes no están de acuerdo...?, preguntó, más que de acuerdo; pero nadie asintió, nadie admitió nada concreto, o sea, seguimos en las mismas, porque si uno se presentó y en cambio el otro no tuvo el coraje, eso quiere decir que cuatro más cuatro son nada menos que ocho. Y en realidad fue algo que se me reveló de pronto. Una gran luz pasando de la corbata malva a la cama donde nos debatíamos con el amuleto; porque, además, es una solución, o mejor, una conclusión elemental y rotunda, proseguía Oliver, y era idiota hacer comparaciones entre un señor, un caballero como Roman y un vampiro; yo qué sé de dónde sacaba esa historia, ¿cuál vampiro?, preguntó ella atorada de la furia, qué bestialidad, cuál vampiro, tampoco había que llegar a esos extremos. Pero él estaba dispuesto a no dejar las cosas empezadas. Lo desembucharía todo de corrido, sí; y pensar que yo creí que la explosión la había causado lo de Cleopatra y Nefertiti.

Por favor, querido, ya está bien de bromas, interrumpió la señora Wilson con un tono maternal que lo puso histérico, claro, ¿bromas...?, ¿llamaba bromas a las sesiones de espiritismo que celebraban en su casa desde que Henry vino a formar parte de los viernícolos?

La Elefanta me miraba como queriéndosele salir los ojos de las órbitas, ¿sesiones de espiritismo...?, balbuceó sin

dar crédito a sus propias palabras. Eso mismo, mi estimada Susan. Pero lógicamente no te enteras, puesto que se invocan los espíritus precisamente en el momento que haces tus abluciones nocturnas con sales perfumadas y un aceite que deja la bañera pegotuda y que nos tiene a todos la espalda llena de urticaria; tú disfrutando, digo, y ellos hablando con gente que ya está muerta, ¿comprendes? No puede negarse que es muy excitante al principio. Asistí solo una vez, cuando los visitó Salomón, y Henry decía: soy el gran ojo. Soy el ojo del mundo... y se bamboleaba en el mismo sentido que lo hacía la mesa, ¿te acuerdas de la mesa de papel maché que tu madre guarda en el armario donde está la plancha? ¿La negra, con flores en el centro, de esas que tienen una pata grande que se triplica en la parte inferior? Bueno, pues en esa. Te vi después, cuando subí a mi cuarto porque lo del bamboleo y soy el ojo del mundo no me divirtió ni pizca, y no sabía que la ceremonia fuera tan... no sé, te lo aseguro, me sorprendió verte caminando por el pasillo con la toalla enroscada en la cabeza como un faquir y completamente desnuda; nunca había visto una carne más blanca, nada tan blanco, parecías una escultura de Segal que pasea por un corredor, tu cuerpo perfumado, saturado de resina, tu cuerpo, Susan; te contemplaste mucho rato en el espejo de la habitación de tu madre, te examinaste como acariciando aquella humanidad de color escayola, satisfecha, y te quitaste la toalla de la cabeza y el cabello te cayó en cascada sobre la espalda, ¡oh!, Susan, tu cabellera rubia... Jamás te lo conté. Me quedé espionando cada movimiento tuyo, cada mirada, hasta que te encerraste en tu cuarto y escuché cómo canturreabas «La Vie en rose». No es ninguna broma, claro que no, pero no pongas esos ojos de Elefanta miedosa, los espíritus no se han comido a nadie hasta ahora; ¿o

sí...? Yo sentía un calor horrendo en las orejas, pero no me atreví a decir nada y cuando Henry preguntó si estábamos concentrados, las manos bien unidas, y de repente la mesa comenzó a moverse como un péndulo, a levitar... no te digo, cuando se levantó por su propio poder y se quedó quieta en el aire como si fuera todo oídos y esperara el interrogatorio, entonces el calor de las orejas me bajó hasta el cuello y luego sentí un frío acuoso recorriéndome desde la nariz hasta el estómago; ¿se siente mal?, me preguntó la señora Brice y dije que no, por supuesto, pero los dientes me castañeaban. Si las piernas me hubieran obedecido, habría salido de allí cual cohete, pero las manos tampoco funcionaban porque mis dedos parecían encementados a los pulgares y meñiques de la señora Keller y la señora Brice, que estaban en trance, los ojos cerrados, la boca entreabierta por la que respiraban con fuerza, la cabeza moviéndose como si les pesara, veo un río..., decía Henry, hay que cruzarlo... veo un río... y entonces el temblor se convirtió en risa, a la rueda rueda de pan y canela... comencé a cantar en voz baja, no sé por qué, ¡silencio!, hay que concentrarse..., ordenó Henry y entonces vino lo del gran ojo del mundo y me levanté, a reírme en el pasillo; no es ninguna broma..., repitió Oliver, pero esta vez la señora Wilson no conservó el tono maternal y le gritó que si creía que lo de las rosas amarillas era cuestión de su incumbencia se equivocaba. Eso le concernía solamente a ella y ella era su madre y él su hijo y Johnathan su preferido, y Roman un miserable.

Así dijo. Y entonces inicié de nuevo lo de las operaciones aritméticas, desanudar de una vez por todas el maldito nudo, las rosas amarillas, el amuleto, ¿por qué aquel salto cuando le pregunté por cuál razón no me había dejado tocarlo?, sin importarle que se me hiciera un chichón del tamaño de un

mamoncillo... ¿Quién pagaba el apartamento de Chelsea?, gritaba a voz en cuello Oliver. ¿Quién lo pagaba? ¿Ella o Roman...? Restar. Y aquella vez, cuando ella fue a visitarlo, a su hijo, al preferido de su corazón, Dios, qué historia; aquella vez, ¿qué...? Aquella vez, gritó ella más alto que nadie, él sabía muy bien lo que había sucedido, y si quería torturarla no lo iba a conseguir, ¡oh!, hijo ingrato, ella iba a explicar; iba a explicar, sí, por qué Johnathan no había asistido a la cena. Y por qué me dijo que Cleopatra y su madre eran áspides; ¿no le parece, señora Wilson? ¿Y qué tal si nos dijera quién demonios es la señorita del segundo piso? Todos sabemos que está ahí, en su habitación, haciendo ese ruido de rata encajonada, pero sin asomar el hocico. ¿Por qué no nos relata algo de su vida misteriosa? Un día usted nos insinuó a la señora Keller y a mí que sabía más de lo que nos imaginábamos, pero mejor no perder el hilo: cuéntenos por qué su entrañable hijo Johnathan la odia, señora Wilson.



Susan añadió un tímido no lo sabía...; y continuó clavándome sus ojos redondos, incrédula; ¿no lo sabías, tonta de remate? Todo por culpa de los regodeos nocturnos, por estar chapaleando en tu bañera, lo de los globos marcianos ha pasado a segundo término, y si te digo que últimamente los viernícolas tienen apenas tiempo de comer las tostadas en aceite vas a decirme que exagero. Pues no. No alcanzan a llegar cuando ella, tu madre, empieza a repartir las tostadas y a decir que rápido, que a la medianoche viene Henry, y entonces él llega, en punto, el salón ambientado, sin luces, la mesa de papel maché en el centro, que por qué no nos íbamos a dormir, se le ocurrió a la señora Keller, que continuaba despanzurrada en su silla y se sacudía como un pájaro recién bañado. Porque estamos esperando a Henry, le respondió la señora Wilson en tono cortante. Que por qué no contestaba a su pregunta, le espetó Oliver. Que por qué no decía quién pagaba el alquiler del apartamento de Johnathan y así nos enterábamos del verdadero motivo de la ausencia de este en aquella navideña noche de preguntas y respuestas, parecía un concurso de televisión, ¿lo toma o lo deja?, lo dejo, creo que pensó la señora Wilson, pues hizo un gesto de se-pueden-ir-al-diablo-yo-estoy-esperando-a-Henry, y apenas pensarlo cuando este tocó el timbre, debe de ser Henry, musitamos

ella y yo al unísono y nos volvimos al mismo tiempo hacia la puerta, un momento de duda en el que me miró y yo repetí que debía de ser Henry, y claro que es Henry, dijo Jim dirigiéndose al portón, en el que apareció efectivamente Henry con más cara de Henry que nunca y una botella de champaña enarbolada en la mano izquierda. ¡Hola, gente...!, dijo, y se abalanzó sin esperar respuesta aposentando sendos besos sobre las mejillas de cada uno mientras nos abrazaba con su pelambre de oso hormiguero, ¡hola!, lo saludé reprimiendo un estornudo, pues los pelos me hacían cosquillas en la nariz, ¡hola!, ¡hola!, ¿cómo están...?, canturreó de nuevo con música de «Jingle Bells», y entonces me di cuenta de que venía borracho. ¿Una copita de champaña? Ni más faltaba. Una copita para todos, corroboró la señora Keller despabilándose de un golpe al oír la invitación, voy a buscar las copas; la acompañó, me ofrecí, y nos fuimos las dos a la cocina.

¿Por qué no habrá venido la señorita del segundo?, soltó de improviso la señora Keller, mientras abría la alacena de las copas de Navidad. Y yo qué sé, fue lo primero que se me ocurrió contestarle, pero pensándolo dos veces, tenía razón, también me había inquietado esa noche, sobre todo cuando oí el usual sea usted más bella usando crema Ponds y lo de Coca-Cola, anuncios que prefiere particularmente, o al menos nos lo hace sentir, porque cuando llega el momento del óvalo ESSO o viaje usted con SHELL, son los anteriores a estos, el volumen de la televisión va en aumento y el viaje-felizconelóvaloesso, viajefelizconelóvaloesso, se oye en gran parte de la casa y luego: ¡COCACOLALAPAUSAQUE-REFRESCA! ¡CO-CA-CO-LA! A veces, por temporadas difíciles de identificar, lo único que se oye desde su habitación es el anuncio de ¡ES COSA DE HOMBRES...!, y yo un día me quedé en un bar mirando la televisión porque no

me aguantaba las ganas de saber cuál era la cosa de hombres que hechizaba a la señorita del segundo, me imaginé de todo menos eso, el que un vermut fuera cosa de hombres exclusivamente; los tipos saltando garrocha, en el ruedo haciendo pases por alto o conduciendo un Fórmula Uno, ¡ES COSA DE HOMBRES...!, dice una chica con voz insinuante, como si después del anuncio se fuera a la cama con todos a la vez, ¡que majadería!, y el vermut no es ni siquiera de los buenos, pero con seguridad que ella se echará un par entre pecho y espalda al compás del anuncio; si no cómo se explica que en plena vigilia navideña la televisión funcione a todo taco y ella encajonada, sin deseárselo *merry Christmas* a la dueña de casa; no tengo ni idea de por qué no ha venido, le contesté a la señora Keller en tono que indicaba que, en realidad, ni la tenía, ni me interesaba.

¿Dónde estarán las copas?, no las encuentro... decía esta, preocupada ya por otro asunto. Lo único que había en la alacena era el consabido letrero de «*CLEAN!*»⁴⁴, que es el equivalente, o, mejor dicho, otra versión del «cariños, señora Wilson», y que como su perentoriedad lo indica es una señal rotunda de poner en acción cualquiera de las máquinas de lavar, antes del mediodía. Ya se entiende que lo de *clean* por aquí y *clean* por allá es el barómetro que indica cómo van las cosas con el general.

Deben de estar en el lavaplatos, indiqué, y sin esperar a que las encontrara me regresé al salón.

Cuando entré, la Elefanta se quedó escudriñándome como si todavía esperara una aclaración sobre lo del espiritismo. Y, efectivamente, ¿podría decirme algo más sobre lo

.....
⁴⁴ ¡Limpien!

que dijo antes...?, pidió tímidamente. ¿Sobre qué?, contesté haciéndome la idiota. ¿Sobre cómo te bañas en la tina con sales y aromas, mi querida Susan? Sobre tu cuerpo liso, elefantesco y sonrosado, y tú mirándolo, acechando en el espejo de bordes dorados las redondeces y tersuras de aquella masa que rezumaba a pino silvestre, olfateándose con emoción, sin contener por fin aquellos deseos incontenibles, porque lo vi, no lo creas que no, lo noté enseguida y me quedé hasta el final, ya te lo digo, hasta que, temblorosa y más excitada que antes, comenzaste a acariciarlo, a sobarlo con languidez morbosa, los ojos entornados y ligeramente extraviados de aquella figura del espejo te miraron con amor rendido, te desearon, y entonces gemiste complacida, te entregaste en un último desgarre, te retorcaste mientras el cabello te cubría toda como a lady Godiva, si quieres yo lo cuento, ¿no es eso? Por supuesto que no. Mejor nos tomamos en santa calma la champaña y luego te explicaré lo del espiritismo.

Estaban en el lavaplatos, me comunicó con aire de complicidad la señora Keller, mientras acomodaba la bandeja con las copas y comenzaba a repartirlas con premura: ¿... y la botella?, ¿y la botella?, ¿y la botella?, coreó Henry, otra vez con la misma música de «Jingle Bells», mientras sacaba de debajo del abrigo de oso la Champaña. ¡Codorníu Non Plus Ultra!, anunció, como si se tratara de ESO ES COSA DE HOMBRES, ¡champaña española, y olé...! Nada menos.

Las señoras y los cochecitos azules seguidas de los hombres ilustrados y de Doris y el enano.

Los hombres ilustrados seguidos de Doris y el enano corrían en busca de un refugio. Va a llover, va a llover, repetía el enano mientras las señoras y los cochecitos azules corrían por el parque y el agua caía sin parar, y debajo de los árboles era ya inútil guarecerse porque no tenían hojas. Una lluvia

desagradable, como si fuera otra vez el diluvio, ¿verdad?, pero cuando se volvió para contestar no vio a nadie. Otra vez el gato gastando bromas. *Do-bats-eat-cats?*, dijo sin mirar a ningún sitio en particular. Simplemente por fastidiarlo.

Aquí nadie sabe para dónde va, pensó Alicia, y se quedó en medio del parque sintiendo la lluvia que la iba calando lentamente; y me dará una pulmonía... ¡Ni hablar!, dijo el gato, o mejor, su sonrisa, porque era lo único que se veía, una sonrisa gatuna como de niño travieso; ¿y a ti qué te importa?, no me importa, digo que ¡ni hablar!, repitió el muy atrevido. Mejor no hacerle caso. La guerra va a empezar, insinuó. ¡Qué va!, dijo Alicia, molesta por su aire suficiente, la guerra terminó. Hoy es el día de la piedra blanca. Sí, por supuesto, estás muy atrasada de noticias. Eso ya es cuento viejo. Fue cuando el hombre trajo del desierto lunar aquella roca y patatí patatá, notificó la NASA. Y sucedió en el siglo que llamaban de la contestación, hizo memoria el gato como si fuera el oráculo de Delfos, y añadió pretencioso: en aquella época el hombre no conocía el secreto del tiempo y es por eso que ahora sabemos, sin que él lo supiera entonces, lo que va a suceder antes de que suceda, ¿comprendes?, y repito, ya va a llegar la guerra. Fue ayer, dijo Alicia. Yo vi el dragón y la niebla expandida por el parque y para qué seguir discutiendo con un gato que ni siquiera tiene el coraje de serlo por completo, ¡qué idiotéz! Mejor cambiar de onda, de canal, ¿y si nos fuéramos al lago?, le insinuó la reina Roja. Pero si yo creí que ya se habían ido, contestó atónita. ¿Ido a dónde...? ¿De dónde vienes tú...? ¿A dónde vas?, le preguntó con voz perentoria, y sin dejar que Alicia le respondiera añadió: ¡y respóndeme sin jugar con las manos! Lo que me faltaba, pensó Alicia, y casi lo dijo, pero mejor se quedó quieta, sin jugar con las manos, como se lo ordenaban, y respondió con desgana: pues creo que voy para allá... ¿Para allá? ¿Y por

qué...? ¡No lo sé!, porque me da la gana, le devolvió en el mismo tono. Porque el parque es de todos y el mundo también es de todos y porque todos los caminos conducen a donde uno quiere y uno camina por donde le da la gana y llega si quiere y si no quiere, no. Por eso. ¿Ah, sí? Mira que simpática. Bueno, eso es asunto mío, y dio la espalda a la reina Roja, que se quedó con un palmo de narices, diciendo, ¡vaya!, ¡vaya!

¿Al menos sabrás sumar?, le preguntó en tono catedrático la reina Blanca, y restar, y hacer charadas, y sacudirte el polvo, y hacer flexiones sin doblar las rodillas, y... ¡claro que sí!, y también lavarme los dientes, y respirar, y no fumar en los cines, y cantar el himno nacional, ¿algo más? No, por el momento nada más, dijo un poco sorprendida la reina Blanca. Creo que es suficiente.

Menos mal. Champaña Codornú Non Plus Ultra a falta de una Veuve Clicquot. No era el sueño dorado de las champañas, pero peor era nada y nos aprestamos a apurarla hasta el borde, como se dice vulgarmente, y aquello sabía a corcho: estaba *bouchonné*⁴⁵, como lo califican los franceses. Qué más podía esperarse del buenazo, del cretino, de Henry, que lo celebraba con gran risa creyéndose el rey Midas ofreciendo sus dones, mientras se aposentaba eufórico a mi lado, en tanto que el salón se iba impregnando de un perfume almizclado, dulzón, despedido por el dichoso abrigo; es que soy muy friolento, se excusa siempre con su risa atrancada, y el pretexto le sirve para llevarlo día y noche, en verano e invierno; y si así son los rejos, cómo serán las campanas, cómo será el olor a mortecina que usted lleva por dentro, mi estimado señor de las aspiradoras. No quiero ni pensarlo.

.....
⁴⁵ Con sabor a corcho.

¡Salud!, brindó Henry, cuando todos estábamos ya de vuelta del sabor a corcho, ¡salud y pesetas!, y he de añadir que mucho estómago para aguantar el espectáculo. Me encanta el vino español, decía la señora Keller, experta como nadie en bebidas de mesa; el Cune Tercer Año es fantástico, y el Riscal, por supuesto, ¿y qué me dice de un buen Campanas rosé?, me indicó a quemarropa. Pues creo que es uno de los mejores, aseguré con tono de entendida, sin duda alguna es de los mejores rosé que se fabrican, y de allí se siguió al Beaujolais, al Côte du Rhône, porque no se podía dejar de lado a los franceses, el que bebimos hoy estaba espléndido, ¿y el Orvieto?, ¡ahhh!, es una maravilla, casi mejor que los toscanos de la parte alta, y no sé en qué momento la conversación se convirtió en estaciones vinícolas, en viñedos toscanos, en el Demestika blanco de la región de Corinto, el Burgundy rosado de California, el Marqués de Murrieta, el Bolla y el Verdicchio, y hubo quien aseguró que los mejores vinos eran los chilenos, que el Matías no tenía rival en el mercado, ¡qué me dice!, en verdad yo prefiero el Banda Azul, me encontré diciendo y jamás supe si eso existía o si me lo había inventado; a lo mejor era un acierto, pues la señora Wilson se quedó mirándome muy seria, un poco sorprendida de mi saber sobre viticultura, es un buen vino de garrote, añadí, y vamos a ver qué más cosas

se sabe, creo que se quedó pensando, porque cinco minutos después me preguntó directamente qué tal me parecía el problema del mercado común, a lo que contesté que me parecía algo muy complicado. Muy complicado no es el calificativo, adujo Jim, que interfirió en el tema, es más que complicado; y me importa un pimiento, como comprenderán, señoras y señores, su mercado común, sus vinos, y su champaña Non Plus Ultra. Aquí, en realidad, de lo único que se podría hablar sin reticencias sería de su olor a diablo quemado, señor Henry, o ¿qué me cuenta del final en el apartamento de su primogénito, mi estimada señora? ¿En qué quedó la historia aquel día en que usted fue a visitar a Johnathan?, quiso saber a rajatabla la señora Keller, y palabra que me agarró de sorpresa aquella sintonía, me puse roja, creo, como si hubiera sido yo la que lo hubiera dicho, ¿le interesa...?, anotó aquella, despectiva, y en su voz se notaba que la champaña y los *whiskies* habían hecho buena mezcla; a decir verdad, yo recuerdo ese día como si fuera hoy.

Estaba en la cocina preparando un café cuando llegó, desencajada, tartajosa, con el pelo en desorden, ¿le pasa algo, señora Wilson?, pregunté al observar que era la quinta vez que ponía el agua para el té. No, nada..., me dijo, y en vez del té echó azúcar a la tetera verde; ¿sabía que se ha comprobado el cáncer en los animales que aspiran mucho humo...?, dijo de pronto, y añadió, me ha parecido horrible, como si la noticia la tocara de cerca, la muerte de un caballo, pensé, o de un cocodrilo que fumaba tres paquetes de Lucky Strike al día, madre santa, qué burrada más burra, ¿ah, sí... de veras?, fue lo único que pude comentar, y me di cuenta de que estaba como una cabra. ¿Viene del cine...?, tenté, para ver si esa era la causa. A lo mejor un noticiero de esos que a veces pasan servicios sobre los americanos y experimentos. No... vengo de...,

y no siguió, comenzó a tartajear que venía de, que no venía del ciine, que venía de doonde Johnathan... por fin lo dijo, y como si fuera una llave abriendo una cerradura mohosa, algo que desatranca una puerta con esfuerzo, empezó a sollozar; y a medida que contaba lo de su encuentro con Roman recibéndola en el apartamento y vestido con la yukata japonesa, esa represa se iba destapando, las lágrimas corrían en dulce manantial salado, y la puerta cedía, dejaba al descubierto la historia dolorosa, aterradora, la verdadera historia, decía gimoteando, jamás podía haberme imaginado... Punto en el cual tuve que hacer acopio de toda la fantasía posible y le conté lo de una vez, cuando encontré a la cuñada de mi hermana agarrada a una cuerda que pendía del árbol de limón del patio de su casa y gritaba que le ayudaran a matarlo porque era el demonio; no se imagina usted qué terror reflejaba, exageré, para que se le olvidara lo de esa maldita puerta, pero ella permaneció impassible cuando seguí con el momento en que se la llevaron a la pobre envuelta en una camisa de fuerza, creo que fue de fumar la..., y me quedé cortada, porque hubiera sido demasiado cruel. Al fin y al cabo, también había en la familia algo que se relacionaba con lo mismo.

Que mejor nos contara del último trofeo de *sailing*, pidió Henry con vocecita socarrona, ¿es verdad que el general se vio en trance de perder sus bigotes...?, y se reía a hipidos largos, pero ella lo miró muy seria, nos miró a todos como diciendo qué partida de imbéciles y, sin importarle un bledo las preguntas capciosas de la señora Keller y de Henry, ofreció una última copa; ya es muy tarde... casi las tres, dijo, a lo que la Elefanta dio un respingo y repitió, Dios mío, mi baño... Son las tres, y en dos zancadas estaba en la escalera; *merry Christmas*, saludó lanzándonos aquella, su mirada en redondo de Elefanta contenta, *and happy new year...!*,

canturreó el vendedor de aspiradoras con música, esta vez de *happy birthday*, los dioses todos nos protejan: ¡el baño! Si yo creía que ya lo había hecho.

Falta saber si Henry no lo dice por celos del general, se va a hacer de noche, piensa Alicia, pienso, pues lo del trofeo fue cierto, se ganaron un balandro de plata pequeñito, todo rococó, con florecitas en las jarcias, muy cursi pero trofeo, y ella lo colocó en su habitación, como cuña libros de las vidas de mujeres ejemplares, y a lo mejor nieva porque este frío no es normal. Buenas tardes, le dijo el hombre con aire de irlandés.

Se va a hacer de noche, piensa Alicia, y a lo mejor nieva porque este frío no es normal. Buenas tardes, le dice el hombre con aspecto irlandés, barba muy blanca, larguísima, más bien con aire de caballero errante. Buenas tardes, le contesta en tono amable. ¿Hace frío, verdad? Sí, y además creo que se va a hacer de noche de un momento a otro. Bueno, dijo el hombre de la barba larga, la ventaja es que podemos escoger entre todas. ¿Cómo dice...?, preguntó Alicia de nuevo en tono cortés, pues no comprendió qué era lo que se podía escoger. Digo que podremos elegir la que más nos guste, respondió él, con sonrisa bonachona. Y quién sabe si estará hablando de los molinos, pensó, pero él se refería a otra cosa, a la noche, dijo, me refiero a la noche, podemos escoger la que más nos guste porque existe la ventaja de que aquí tenemos más de cinco noches a la vez, y añadió: si queremos. Primera noticia. ¿Si queremos...?, repitió un poco temerosa de ser impertinente. El caballero era un hombre que sabía muy bien lo que decía, eso se comprendía al rompe, mejor hablar con tiento, y prosiguió como si tal cosa, como si la conversación sobre las cinco noches en una fuera algo normal; ¿dice que si queremos podemos tener cinco noches?

Claro. ¿Tú cuál escogerías...? Pues... yo escogería... vamos a ver, yo escogería una noche estrellada, muy cálida... ¡ajá!, la interrumpió, con que una noche estrellada... muy bien, muy bien. ¡Concedido! Y ahora..., añadió el caballero, ahora cierrro los ojos y pido un deseo, dijo Alicia. Ciertro, ¿cómo lo sabes? Porque así es en los cuentos de hadas. No lo sabía..., respondió un poco sorprendido el hombre de la barba blanca, no sabía que lo sabías y, sin darle tiempo a contestar, le preguntó si ella imaginaba para qué era ese cinturón que traía en la cintura. Pues creo que es para sostenerse los... oh, perdón, me imagino que para complementar el atuendo de caballero que tan bien luce, dijo recordando el lenguaje de las damas en los cuentos de aventuras caballerescas. Pues sí y no, respondió el irlandés, pero no le aclaró esta vez el porqué. ¿Ya pediste el deseo? Pero ella no había tenido tiempo. Que no nieve, que la guerra termine, que esta noche sea estrellada y tibia, que mañana haga un lindo día, que hoy no se muera nadie, que tiene como cuña libros el balandro de plata, decía, y que seguramente la alusión de Henry no es otra cosa que envidia, celos negros del general, pues él a lo único que aspira en su vida es a vender aspiradoras, ¡pobre diablo! Qué más se quisiera con sus cachetes sonrosados y su calva deslucida... Ya es muy tarde y habría que sacar los tarros de la basura, Oliver *dear*; antes de que se nos olvide, dijo ella, la señora Wilson, y me quedé pensando que debería de aprovechar el intervalo para colarme y ver el baño de Susan, ¡pero qué!

Y sacar las botellas de leche porque como mañana es día de fiesta..., insinuó, las amarillas... Ah, sí, las de las tapas amarillas, no se te olvide, Oliver; son las mías y las de la señora Keller, proletarias con opción a leche de inferior calidad, porque las azules y las rojas, obvio, son para ellas, la

Elefanta y tu señora madre, que usufructuarán de más calcio, más vitaminas, amén de más prestigio con el vecindario, ¿usted quiere la verde...?, te dice el vendedor mirándote como a un infeliz que no tiene dónde caerse muerto... ¡ahh!, y entonces entras en sospecha, te anotan en la lista de los muertos-de-hambre, ¿y quién tiene la culpa de que la vendan con tapones de colores distintos? Creo que no hay derecho. Creo que es una segregación asquerosa e infame. Creo que usted tiene conciencia de negrero, mi estimada señora, porque eso de permitir y, es más, de aducir delante de sus invitados al color de las tapas de las botellas de mañana es un acto mezquino, pero no vamos a perder saliva con tan poca cosa, de lo contrario tendríamos que remontarnos a historias más antiguas, a su historia de ayer, señora Wilson. Y su historia de ayer ya la sabemos todos.

Me refiero a la comedia de antes de medianoche. A lo del campo de concentración. A sus gritos de apaguen esa luz y demás payasadas, se diría que ya se le olvidó, que muchas cosas se olvidaron, que aquella paz del cementerio que le producía tanto miedo se le borró también. Los cipreses, cedros y castaños cobijando todo ese montón de tumbas, ese sinnúmero de seres descansando bajo la quietud eterna de esa lápida blanca, muy sobria, nos dijo aquella vez, de vuelta de visitar a su marido, el señor lord, ¿no se acuerda? Se diría que todo allí era blanco, nos dijo: blanco y verde. Verdes-ciprés, verde-olivo, verde-cedro, verde-abedul recorriendo al compás del verde prado un terraplén disparejo. Las tumbas sobrias en piedra blanca o mármol. Blanco-monumento, blanco-paloma, casa-blanca, conciencias blancas que deambulan todos los domingos y días de fiesta de aquí para allá, por en medio de lápidas que dicen «Ross», «Smith», «John», «Jimmy» y más abajo

«muerto en Vietnam», o «Camboya» o «Laos» o «Corea» o en cualquier otro sitio por obra y gracia de un mortero, del napalm, de un tiro de fusil, quién sabe, muerto en acción, «en servicio de su querida patria», como dice el escrito.

Un día fui a visitarlo yo también. Al salir me encontré con ese espacio enorme, después del puente, y con el parque que se alargaba desde el templo hasta el obelisco. Este desparramaba su sombra de Ku Klux Klan sobre el lago, donde tres cisnes negros y tres cisnes blancos se paseaban en hilera, blancos, tres, negros, tres, es curioso, me dije, y un policía negro daba de comer a los cisnes oscuros mientras unos niños tomaban fotografías de los cisnes blancos. En el fondo, sereno, estaba el monumento gigantesco; el hombre rodeado de una arenga de mármol, en su silla de mármol, y el templo, todo aquello agrediendo en mármol blanco y por el aire pasaba un avión de propulsión cada minuto. Qué hubiera pensado Fidias, pensé mientras me quitaba los zapatos y zambullía los pies en el agua del lago, para que se me fuera tanto cansancio y tanta suciedad que me dejó el caminar por aquel cementerio. Y qué pensarán todos ellos. Los negros con sus camisas de colores chillones que peregrinan alegremente hacia la tumba del gran héroe, y los blancos, y los hindúes, y qué piensa usted ahora, señora Wilson, ¿sacamos las botellas de leche, o no? ¿Qué le parece?



Primero cayeron copos pequeños, muy finos, que apenas si se quedaron en las ramas, ¡es nieve!, ¡es nieve!, gritó y no sabía si poner entusiasmo o decepción en la voz; nieve, sí..., dijo el caballero de la barba blanca, por qué... ¿no te gusta?, y comenzó a juntar copos y copos, que ya caían abundantes y espesos. Pero es que yo pedí que no nevara..., comenzó, no me gusta la nieve, pero no había que hacerle porque ya todo parecía de algodón hilado, los árboles, las bancas, la figura de Byron, que soportaba impertérrita su nueva capa helada, por su parte, los niños habían iniciado ya la gran batalla y las palomas emigraban. De repente llegó la policía. ¡Alto ahí...!, oyó la orden, y vio cómo los carros blindados maniobraban alrededor del pino y circundaban el parque por todas las esquinas. No se mueva, Roberts..., decía el que traía un megáfono en la mano izquierda, no se mueva o disparo, pero él no se movía, más bien los esperaba con una gran sonrisa, vienen por mí, le indicó, me buscan..., y ella no tuvo tiempo de preguntar por qué, ni siquiera se atrevía a mirarlo, pues todas esas ametralladoras le quitaban el habla. Los coros de los niños empezaron. Noche de paz... noche de amor..., cantaban en algún sitio del parque, y la noche no era tibia, pero ella se imaginó las estrellas enormes y brillantes, muy cerca, casi como en el trópico, todo duerme en derredor... En tanto que la nieve

se espesaba, se aposentaba suavemente. No se mueva o disparo, repetía uno de ellos mientras se colocaba una máscara. No vamos a movernos, pero por qué razón, por cuál motivo no vuelan palomas... y el solo imaginárselo aumentó la sensación de vacío, no hay flores ni aromas, la soledad, un hueco, un agujero muy profundo, o disparo, no se mueva o disparo, claro que no lo harán, no serían capaces mientras el canto de su niño en angélica paz cubre el ámbito, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, en la tierra a los hombres, en la tierra, no te asustes... es por mí, anunció de nuevo el caballero de la barba larga, y el pino estaba lleno de copitos de nieve, faltan los globos de colores y luego haremos una linda fiesta, pensó, una fiesta con velitas romanas y regalos. Todos los policías de la primera fila flexionaron la rodilla izquierda mientras maniobraban el cargador de los fusiles automáticos. ¿Qué van a hacer...?, dijo sin dar crédito a sus ojos, parecía una broma, ¿qué cree que harán?, preguntó a Roberts, que la tranquilizó con un gesto calmado, ¡listos!, ordenó el capitán, y el pelotón formado en tres hileras comprobó cargadores que hicieron clic al mismo tiempo, mientras sonaban las sirenas de los coches blindados y los voladores estallaban con gran ruido y colores sobre todos ellos, José y María en Belén... decían las voces blancas en el alba blanca, la paz, las tumbas de los héroes, una paloma fugitiva, José y María en Belén, yo te saludo rey de los judíos, ¡hosanna en las alturas!, necesitamos mantequilla en lugar de cañones, o, a lo mejor, estoy de acuerdo, cañones en lugar de mantequilla, ¡apunten!, y ellos como robots apuntaron, obedeciendo al hombre del megáfono. ¿Sobre qué?, ¿sobre quién?, ¿por qué?, preguntas sin respuestas, grito inútil, tan solitario como él, que esperaba impávido, mientras el parque se iba durmiendo y los cantos se apagaban lentamente, sin testigos, sin conciencias, sin ruidos,

¡atención...!, sin conciencias, al menos sabrás sumar, se acordó que había dicho la reina Blanca, y reírse, y caminar despacio, y dormir en la arena, y morirse así, de un tiro de miles de ametralladoras, con un canto de paz a las espaldas, hay que estar siempre alerta, dijo, repitió, mientras la saludaba con la mano, y cayó blandamente a la orden de fuego, como si se tratara solo de una broma, de un mal final; de un cuento.

¡Caballero... !, lo único que se le ocurrió, pero el silencio fue la sola respuesta, la policía cargaba de nuevo sus coches blindados con la patrulla armada y desaparecía en la oscuridad del parque. El pino quedó allí. El hombre quedó allí. La noche. Y ella comenzó a caminar sin dirección alguna, sin ruido de pisadas porque la nieve atenuaba el rumor, sin sentir nada dentro, solo frío, todo duerme en derredor, pensó, repitió con una sensación de agrio en la boca, hasta que se vio en la calle y comenzó a andar más aprisa, a mirar las vitrinas llenas de juguetes, la gente que se paseaba agarrada del brazo y uno que otro papá Noel regalando bombones a los niños, ¿has sido bueno...?, preguntaban, ¿le has obedecido a mamá?, qué aburrimiento, la cantinela de siempre, y que tal si uno contesta, ¡no he sido bueno para nada y me importa un carajo...!, menuda cara la de papá Noel, y eso es lo que deberíamos de hacer, sí señor, desde pequeño, decir a la cara de papá Noel, y de quien sea, lo que pensamos, ¿por qué no? Porque no. Porque nos enseñaron a decir: sí he sido bueno, sí le he obedecido a mamá, para que el otro desembolsille un chocolate y nos lo ofrezca en premio, ahora, con este frío, lo mejor que hay que hacer es irse a casa. Dentro de poco la noticia de la muerte de Roberts estará en los periódicos, y la gente se aglomerará como de costumbre en las bocas de metro, que quién lo hubiera creído, dirán las viejas, que esos malvados que andan sueltos por ahí por el mundo;

mejor llegar temprano antes de que los invitados aparezcan y ella se ponga histérica. Hay que ayudarle a la señora Keller a disponer la mesa. Los candelabros de Navidad, el mantel de la abuela, los cubiertos de plata y demás.

¿Usted vive aquí...?, preguntó el policía cuando vio que tenía todas las intenciones de entrar pese a la cadena de seguridad que ellos formaban. Claro que vivo aquí, contesté. ¿Por qué?, ¿han cometido algún asesinato...?, bromeé mientras me habría paso, pues no se sabe... a lo mejor, dijo el agente con cara de zanahoria hervida; ¿a lo mejor qué?, no me digan que la asesinó el primogénito, pero más bien callarse porque quién asegura que fue Johnathan el único con deseos de estrangularla, y quién dice que ha sido ella la víctima, pero ¿quién es...?, ¿puede al menos explicarme...? Claro que sí, la señora Alice Wilson, ¡cáspita!, y entonces me precipité, corrí por la escalera hasta su habitación, en donde había un guardia uniformado y otros señores, que seguramente eran el médico forense y el que toma las huellas digitales. Me quedé esperando una orden, pero nadie me dijo nada, así que me asomé de refilón y vi sus piernas, y los pies calzados con pantuflas celestes. No me atreví a mirar la cara. Mejor pensaba en la caja de malaquita antes de que fuera demasiado tarde.

Al bajar la escalera me tropecé con Oliver, que me dedicó el gruñido de siempre, ¡hola!, le dije, siento mucho lo que..., y no continué, no se me ocurrió más qué decirle, a no ser que inventara, lo siento horrores porque yo la quería mucho, o, qué lástima, realmente una gran pérdida; por lo demás, él ya estaba llegando al altillo y me quedé sin qué añadir. Vaya, consuele a Susan, me pidió la señora Keller, que salía de la cocina con dos tazas de té; está postrada. Ya lo creo. Ahora podrás indagar dónde se encuentra Charles,

voy una apuesta, inconsolable Susan; podrás bañarte hasta las tres de la mañana, entrar en el *sancta sanctorum* y mirarte hasta la saciedad en el espejo de bordes dorados, ¡ahh!, qué desconsuelo... ¿verdad, mi querida Elefanta? Nadie que te critique, que te diga que se te quemó la tarta; aquella vez, no lo perdonas, cuando hiciste la tarta de cumpleaños y ella, tu madre, la malograda señora Wilson, insinuó delante de nosotros que eso era una porquería, que tendrías que esmerarte más si querías llegar a ser una cocinera mediocre. Y eso te fulminó, me di cuenta. Jamás lo perdonaste. ¡Qué dolor, qué congoja! Claro que voy a consolarte, Susan *dear*, para utilizar su cariñoso término, el de la difunta e inapreciable Alice, porque llamarla así, precisamente ahora, parece un irrespeto, ¿no es verdad? Pero es que me pica la lengua. Alice Wilson, la viuda del fallecido señor lord, ella misma difunta, según datos precisos del médico forense, ¿no es una calamidad?, y según tú, vamos a ver, ¿quién podría haber sido...? Yo no me haría muchas ilusiones sobre el acierto de la policía, va a ser difícil encontrar al culpable, al verdadero, digo, solo tú y yo podríamos develar el misterio. Mejor aprovechar el tiempo e ir en busca del sobre lacrado y de la caja.

Y a todas estas, ¿dónde estará la rata encajonada del segundo?, pensé, pero no era el momento de entretenerse en pesquisas inútiles.

Me dirigía al salón cuando vi entrar a Johnathan, muy pálido y con cara de sorprendido, ¿qué pasó...?, dijo, como si, en realidad, fuera la primera noticia, entonces Jennifer, que estaba en la cocina con Jim y los ángeles de Piero della Francesca, le saltó al cuello, ¡oh, Johnathan... qué desgracia...!, lloraba inconsolable, qué desgracia, sí, no lo niego, gacela de los bosques, para ti sobre todo, con esa competencia abyecta que te hacía, ¿me puedes prestar el traje negro con bordados?, te decía tan

fresca y se llevaba tus mejores galas para sus cenas con el general, y tú callada, por supuesto, tragándote las ganas de decirle que el escote era demasiado atrevido porque según ella le sentaba mejor que a ti, qué momentos terribles, qué confusión en la cocina, en el salón, en la escalera. Lo único calmado y en silencio era su habitación, donde el forense y los otros señores cumplían con su oficio.

Johnathan, un poco azorado, devolvió el abrazo de su hermana y desde allí me miró, yo diría que hostil, preguntándome: ¿usted sabe algo...? Yo no tengo ni idea, señor lord, qué más quisiera. Para mí que fue usted. Sin embargo, estamos a la espera de un dictamen legal y yo personalmente le tengo mucha fe al resultado de la caja de malaquita, ahora mismo iba para el salón; no sé nada, le dije, el médico todavía no se ha pronunciado. Ni el médico ni nadie habían declarado mayor cosa, ni siquiera indagué cómo había sido el deceso, por cuál medio, al fin y al cabo, lo que importaba era el resultado neto que el asesino había logrado. ¿Dónde está Oliver?, inquirió Johnathan con voz nerviosa. ¿Dónde quieres que esté? En su guarida, refocilado como siempre, tragándose las tostadas o una historia marciana. A mí se me hace que a tu hermano le ha importado un chorizo lo que sucede en esta casa. Y que si le importa se lo guarda en su bolsillo izquierdo. Estará planeando el próximo, o diciendo: y eso es para que no me vuelva a humillar delante de los viernícolas de mierda... mientras escucha a Purcell en su concierto de trompeta.

Entré en el salón y me encontré al general cabizbajo, sentado en el diván azul de terciopelo y diciendo para sí no es cierto, no puede ser verdad... mientras le daba vueltas al sombrero. *Ahooy!*, mi estimado, qué tal está el balandro. Como puede apreciar, la señora Wilson ya no está en condiciones de salir de *sailing*. Lástima grande, sí. Ya casi había aprendido a levantar la orza y entendía cuando se navegaba a un descuartelar, cosas absurdas de la vida, comprendo; buenas noches, saludé, pero no se enteró. Continuó hablando solo hasta que uno de los policías le ordenó que subiera al cuarto de la señora Wilson.

Era el momento de apoderarse de la misiva celeste.

Johnathan irrumpió en el salón sin darme tiempo a nada. Se dirigió al segundo cajón del escritorio donde estaba la caja, pero en ese momento sonó el timbre de la puerta, será Roman, oí que decía y olvidándose por un momento de su propósito volvió sobre sus pasos y fue a abrir. Y era este, en efecto. ¿Cómo fue...?, preguntó en un susurro, mientras abrazaba estrechamente a Johnathan; no sé... respondió, aquel, no se sabe, a lo mejor ni se sabrá, digo yo, sería tan difícil, ¿no estás de acuerdo, Watson? Porque ha sido el momento para el crimen perfecto. Al menos hoy es un día dedicado a la paz, una noche tranquila para todos los lobos

de buena voluntad, que hoy se creen inmunes y se refugian en su guarida tan campantes, pero nadie les teme, ¿o sí? Yo no creo. Estoy convencida de que el sobre nos dará la clave. Que allí dentro está escrito desde hace largo tiempo el destino de la señora Wilson, su suerte, la que hoy contemplamos consternados, alelados, encantados iba a decir, pero sería como caerle al caído. Demasiado sutil como expresión. Manos pues a la obra. Pero apenas tuve tiempo de acercarme a la meta, agarrar la caja de malaquita, cuando Johnathan se lanzó cual animal en celo y trató de arrebatármela: ¡deja eso ...!, me gritó como antes, como cuando luchamos cuerpo a cuerpo; solo que ahora no sucedía en una barca, sino que era el diván de terciopelo y él clavándome contra el respaldo, que lo dejes..., no lo voy a soltar, amenacé; Roman también se puso en guardia, dispuesto a rescatar la presa, y el diván, además, se corría hacia la lámpara, lo que les daba gran ventaja; Johnathan me retorció la muñeca como si fuera de trapo: ¿vas a soltarla o no...? No contesté. A menos que... se me ocurrió, pero era un albur sin sentido, quién sabe si funciona, ahora o nunca, a veces de esas cosas dependen las batallas. Y era un golpe de audacia, por supuesto. Veremos quién se ríe de quién. Porque esto no es el Nilo, ni Nefertiti en juego, ni mucho menos se trata de descifrar tus cábalas, ¿a que no sabes cuál va a ser mi propuesta?

Cesó de forcejear. Se enderezó, se arregló la corbata y sin soltar mi brazo, a menos que... repitió, a ver si ahora me hablas de una cita en el Wimpy, pensé, le dije, a lo mejor mañana dan *Blanca Nieves y los siete enanitos*, ¿de qué hablas...?, se sorprendió como si habláramos en persa y él no contara con mi conocimiento del idioma, pues hablo de lo que pudo haber sido y no fue; de la cita en el Wimpy aquella tarde que llovió hasta ladrillos y yo me ensopé siguiéndoles en el

paseo por el parquecito, no se lo dije, claro, hablo de lo que muy bien sabe, ¿o es que le ha dado amnesia...?

No dijo nada. Se quedó silencioso por un rato, me soltó luego del brazo y, mirando a Roman, le propuso que se tomaran algo.

La Elefanta bajó al oír las voces en la sala, ¡pobre Elefanta! Estaba hecha polvo, realmente. El pelo agarrado en una moña mal peinada y síntomas de haber llorado mucho, ¡hola, Roman!, balbuceó y se le echó en los brazos consternada, ¡querida...!, dijo aquel, y la abrazó a su vez conmocionado, formando un cuadro en realidad patético, gótico, plañidero, digno de un buen pincel, la Elefanta y su amigo el de los mazapanes; no llores... no derrames tus lágrimas ahora, economiza, porque quién sabe si más tarde...

Entró un agente uniformado con Charles, a quien traía agarrado por el codo de muy mala manera.

Este se defendía del maltrato y al ver a Susan, que continuaba deshecha en lágrimas sobre el hombro de Roman, empezó a gritar que si creían que él iba a replegarse simplemente porque ella era una falsa puritana, entonces lo mejor que podían hacer era meterlo a la cárcel de una vez, ¿quién habla de cárcel?, comentó Roman amable, mi querido Charles, que nada de querido ni que pan caliente, contestó aquel en el colmo de la ira; que él estaba tranquilo tomando su cerveza en un bar cuando llegó aquel sujeto, le preguntó si él era Charles Robertson y sin dejar tan siquiera que terminara de beber lo agarró por las malas y lo metió en un coche de la policía, como si fuera un asesino, dijo, quería saber la explicación, el porqué. Porque mamá está muerta..., musitó Susan desprendiéndose del abrazo de Roman y dirigiéndose hacia Charles con los brazos en actitud conciliadora, pero este no se inmutó, ¡ahh...!, con que

eso era... dijo entre dientes, y sacó un cigarrillo y lo encendió tan tranquilo.

Ya lo ves, infortunado Charles. Aquí hoy se armó la conga y la única que falta por comparecer es la señorita del segundo. Continúa encerrada en su madriguera, y menos mal que los anuncios no han empezado todavía.

A mí van a explicarme por qué me condujeron hasta aquí con sujetos armados y amenazándome como si yo fuera no sé qué...

Los invitados no demoran en llegar

Los invitados no demoran

Los invitados

La señorita del segundo bajará dentro de poco, anunció la señora Keller, entrando en el salón y mirando a Charles como si fuera un fantasma, ¡ahhh!, pero sí es usted, Charles... celebró, sí, soy Charles..., contestó este con igual tono, mientras se dirigía a la mesilla y se servía un *whisky* con gran desenvoltura, ¡salud!, e hizo el gesto del brindis, ¡salud!, desfachatado Charles, cómo me alegra volver a verte en forma. La señorita del segundo se llevará una sorpresa, de seguro, cuando te vea ahí, sentado en el diván azul de terciopelo. Quién sabe cómo nos habrá imaginado a todos los habitantes de la casa.

Yo soy la señorita del segundo, dirá con vocecita de ratón; mucho gusto.

Yo soy Alicia.

Estoy tratando de escribir una historia y el personaje más difícil es usted, para decirle la verdad.

¿Qué tal los programas?

Mucho gusto, dirá mirando en torno como un ratoncito encajonado, yo soy la señorita del segundo.

Yo soy la señorita del segundo.

Yo.

La señora Wilson murió de muerte natural, anunciará el forense.

Conque de muerte natural, dirá Charles, apurándose un *whisky*.

El doctor, sí señores..., con el certificado listo, y quién iba a decirlo, a usted qué le parece, señorita, llegar a una muerte así, tan natural, tan irrisoriamente natural, después de todo no sé qué más decirle, no tardará en bajar y regañarnos porque no hemos dispuesto bien los globos de colores, o alegará sobre el desorden del salón, ya es muy tarde, los invitados van a estar muy curiosos también por conocerla. Sobre todo, la señora Brice. Esa es una fisionomía de primera. Me he dado cuenta de que usted es alérgica a las aceitunas sin hueso, me dijo un día, y me dejó patitiesa, por supuesto. Ni manera de preguntarle cómo lo había adivinado. Las costumbres aquí son así. Más bien simples. ¿No ha visto todavía a las niñas? Ya las verá. Tan buenas, calladitas, se parecen más bien a dos ángeles renacentistas, como salidas de un cuadro de Piero della Francesca, digo yo, siempre jugando a las muñecas. A la señora Wilson le gusta que todo esté ordenado, en su sitio, en horario y, sobre todo, lo de *clean*, me imagino que usted lo habrá notado, lo sabe de memoria, ¿en sus recorridos nocturnos por la cocina, tal vez...? Creo que lo de Johnathan la tiene afectadísima. Y con razón. Una vez le dio un ataque por menos, un viernes, cuando Johnathan se negó a brindar por un motivo fútil, para qué entrar en detalles, es que es muy apegada, ¿comprende? No haga caso. Todo aquí es un desorden, sucede cada vez. ¿La oye? Ya está gritando que si Oliver ya vino, que si el Mini Morris, son cosas de los nervios. Nos los pone de punta. Pero nadie se inmuta, ya estamos vacunados,

Dos veces Alicia

a lo mejor a usted le apetece una copita mientras decidimos lo de los candelabros. ¿Qué tal si me ayudara?, son las cosas de siempre, que no pueden faltar, a propósito, alguien me comentó que usted no iba a venir...

Londres, 1967

Roma, 1971



*Este libro de la escritora
Albalucía Ángel
se terminó de imprimir
en noviembre de 2021.*

Bogotá, Colombia